

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



«SI NO OS HICIEREIS COMO NIÑOS
NO ENTRARÉIS EN EL REINO
DE LOS CIELOS» (Mt 18,3)

El siglo de los
mártires

Octubre, mes del
Rosario

El Magisterio y la
devoción al Sagrado
Corazón

La infancia espiritual

Los últimos cinco
meses de la vida
de Jesús



«¿Existe acaso un alma más pequeña y más impotente que la mía...? Sin embargo, Señor, precisamente a causa de mi debilidad, tú has querido colmar mis pequeños deseos infantiles, y hoy quieres colmar otros deseos míos más grandes que el universo...» (santa Teresa del Niño Jesús).

Sumario

Mensaje de la CEE con motivo de la beatificación de 498 mártires del siglo xx en España	3
El siglo de los mártires <i>José M^a Alsina Roca</i>	6
In odium fidei <i>Nicolás Echave</i>	15
Enseñanzas del magisterio de la Iglesia sobre el culto y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús <i>Juan Antonio Mateo García, pbro.</i>	17
Icár, un alma de «aquella legión de almas pequeñas» <i>Santiago Arellano Librada, hnssc</i>	22
Ha muerto Itziar Ganuza Canals <i>Francisco Canals Vidal</i>	28
La «infancia espiritual» en el centro de la espiritualidad del Sagrado Corazón <i>Gerardo Manresa Presas</i>	30
Contemplando la vida de Cristo. Los últimos cinco meses de la vida de Jesús <i>Ramón Gelpí</i>	34
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	37
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	38
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	40
Hemos leído <i>Aldobrando Vals</i>	42
Hace 60 años	44

RAZÓN DEL NÚMERO

ESTE mes de octubre, que se iniciaba con la fiesta de santa Teresa del Niño Jesús, se cierra con la solemne y extraordinaria beatificación de 498 mártires españoles; dos acontecimientos espirituales a los cuales se refieren, de una forma u otra, la mayoría de los artículos que componen este número de CRISTIANDAD y que podemos contemplar como una unidad, si atendemos a lo fundamental. Y lo fundamental es que el camino de la infancia espiritual, el «si no os hicieréis como niños» es la esencia del mensaje de Cristo, porque, sino, «no entraréis en el Reino de los Cielos»; y lo fundamental es que el martirio es un don de Dios y, a través de este don, la manifestación del amor a Dios. Lo erróneo es confundir la infancia con el infantilismo y el anhelo de martirio con el estoicismo o la «valentía». Por eso santa Teresa, anhelando serlo todo –apóstol, profeta, doctor y, sobre todo, mártir– pero «inquieta» por su pequeñez, halla la solución en el amor: «La respuesta estaba clara, pero no colmaba mis deseos ni me daba la paz... La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos ellos. Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba ardiendo de amor. Comprendí que sólo el amor podía hacer actuar a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegaba a apagarse, los apóstoles ya no anunciarían el Evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre...». El martirio es un acto de amor y su protagonista es el mártir, para gloria de Dios y de la Iglesia. Todo lo demás, las circunstancias, pertenece a la historia humana, que Dios conduce por caminos misteriosos.

Este anhelo de amor y de entrega movió a Icár, miembro juvenil de Schola Cordis Iesu, a hacer de su enfermedad, en un sentido plenamente teresiano, un acto de amor. La gracia de Dios es fecunda y se manifiesta de muchas maneras y en las diversas contingencias de la vida; también –y de manera especial– en el lecho del dolor. Las salas de los hospitales, los asilos de ancianos, los domicilios, albergan infinidad de almas dolientes que hacen de su enfermedad un holocausto, un sacrificio ofrecido por el bien de los demás, en la espera ansiosa del encuentro con Jesús. La inmensa mayoría permanecerán para siempre en el anonimato, «en lo escondido» que sólo Dios conoce. Pero, cuando por alguna razón –en este caso por pertenecer Icár a un grupo de apostolado seglar, la gran familia de Schola Cordis Iesu, por ser joven y porque la gracia de Dios se ha manifestado de forma extraordinaria– su donación jubilosa se hace pública, y es bueno que así sea: para que por ello demos gracias a Dios, para consuelo de sus allegados y para ejemplo y estímulo para todos, los jóvenes y quienes ya no lo somos. Ella asumió plenamente que por la muerte pasa el camino del cielo.

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2^a
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Gràfiques Ossó, S.L. - D.L.: B-15860-58

«La beatificación que vamos a celebrar es una hora de gracia para la Iglesia que peregrina en España y para toda la sociedad»

Mensaje de la LXXXIX asamblea plenaria de la Conferencia Episcopal Española con motivo de la beatificación de 498 mártires del siglo xx en España (27 de abril de 2007)

«ATRAÍDOS POR EL EJEMPLO DE JESÚS Y SOSTENIDOS POR SU AMOR, MUCHOS CRISTIANOS, YA EN LOS ORÍGENES DE LA IGLESIA, TESTIMONIARON SU FE CON EL DERRAMAMIENTO DE SU SANGRE. TRAS LOS PRIMEROS MÁRTIRES HAN SEGUIDO OTROS A LO LARGO DE LOS SIGLOS HASTA NUESTROS DÍAS» (Benedicto XVI).¹

Queridos hermanos:

Os anunciamos con profunda alegría que, en el próximo otoño, Dios mediante, tendrá lugar en Roma la beatificación de 498 hermanos nuestros en la fe, de los muchos miles que dieron su vida por amor a Jesucristo en España durante la persecución religiosa de los años treinta del pasado siglo xx. La Iglesia reconoce ahora solemnemente que murieron como mártires, como testigos heroicos del Evangelio.

1. Los mártires, signo de esperanza

EN 1999, esta Asamblea plenaria de los obispos daba gracias a Dios por los logros del siglo xx y pedía perdón por los pecados de aquella centuria que llegaba a su fin. Entre los pecados recordábamos las «violencias inauditas» a las que el mundo, Europa y España se vieron arrastradas por «ideologías totalitarias, que pretendían hacer realidad por la fuerza las utopías terrenas». Y dábamos gracias a Dios, recordando, con Juan Pablo II, que «al término del segundo milenio, la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires» y que «el testimonio de miles de mártires y santos ha sido más fuerte que las insidias y violencias de los falsos profetas de la irreligiosidad y del ateísmo».²

1. Alocución del Ángelus en la fiesta de san Esteban, 26 de diciembre de 2005.

2. LXXIII Asamblea plenaria de la Conferencia Episcopal Española, *La fidelidad de Dios dura siempre. Mirada de fe al siglo xx*, 26 de noviembre de 1999, números 14 y 4.

Los mártires están por encima de las trágicas circunstancias que los han llevado a la muerte. Con su beatificación se trata, ante todo, de glorificar a Dios por la fe que vence al mundo (cf. 1Jn 5,4) y que trasciende las oscuridades de la historia y las culpas de los hombres. Los mártires «vencieron en virtud de la sangre del Cordero, y por la palabra del testimonio que dieron, y no amaron tanto su vida que temieran la muerte» (Ap 12, 11). Ellos han dado gloria a Dios con su vida y con su muerte y se convierten para todos nosotros en signos de amor, de perdón y de paz. Los mártires, al unir su sangre a la de Cristo, son profecía de redención y de un futuro divino, verdaderamente mejor, para cada persona y para la humanidad.

Por eso escribía Juan Pablo II: «quiero proponer a todos, para que nunca se olvide, el gran signo de esperanza constituido por los numerosos testigos de la fe cristiana que ha habido en el último siglo, tanto en el Este como en el Oeste. Ellos han sabido vivir el Evangelio en situaciones de hostilidad y persecución, frecuentemente hasta el testimonio supremo de la sangre. Estos testigos, especialmente los que han afrontado el martirio, son un signo elocuente y grandioso que se nos pide contemplar e imitar. Ellos muestran la vitalidad de la Iglesia; son para ella y para la humanidad como una luz, porque han hecho resplandecer en las tinieblas la luz de Cristo [...]. Más radicalmente aún, demuestran que el martirio es la encarnación suprema del Evangelio de la esperanza».³

3. Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Europa*, 13.

2. Los nuevos mártires de España

LA beatificación que vamos a celebrar contribuirá a que no se olvide el «gran signo de esperanza» que constituye el testimonio de los mártires. De los del siglo xx en España, 479 han sido beatificados en once ceremonias a partir de 1987, y 11 de ellos son ya santos.

Casi quinientos han sido reunidos, esta vez, en una única celebración. Y, como en las anteriores ocasiones, cada caso ha sido estudiado por sí mismo con todo cuidado a lo largo de años. Estos mártires dieron su vida, en diversos lugares de España, en 1934, 1936 y 1937. Son los obispos de Cuenca y de Ciudad Real, varios sacerdotes seculares, numerosos religiosos –agustinos, dominicos y dominicas, salesianos, hermanos de las escuelas cristianas, maristas, distintos grupos de carmelitas, franciscanos y franciscanas, adoratrices, trinitarios y trinitarias, marianistas, misioneros de los Sagrados Corazones, misioneras hijas del Corazón de María–, seminaristas y laicos, jóvenes, casados, hombres y mujeres. Las biografías y fotografías de todos, y su relación con las diócesis actuales, se encuentran en el libro titulado *Quiénes son y de dónde vienen. 498 mártires del siglo xx en España*.⁴

Podemos destacar como rasgos comunes de estos nuevos mártires los siguientes: fueron hombres y mujeres de fe y oración, particularmente centrados en la Eucaristía y en la devoción a la Santísima Virgen; por ello, mientras les fue posible, incluso en el cautiverio, participaban en la Santa Misa, comulgaban e invocaban a María con el rezo del rosario; eran apóstoles y fueron valientes cuando tuvieron que confesar su condición de creyentes; disponibles para confortar y sostener a sus compañeros de prisión; rechazaron las propuestas que significaban minusvalorar o renunciar a su identidad cristiana; fueron fuertes cuando eran maltratados y torturados; perdonaron a sus verdugos y rezaron por ellos; a la hora del sacrificio, mostraron serenidad y profunda paz, alabaron a Dios y proclamaron a Cristo como el único Señor.

3. Testigos de Dios y de la humanidad nueva

EL martirio es el signo más auténtico de la Iglesia de Jesucristo: una Iglesia formada por hombres, frágiles y pecadores, pero que saben dar testimonio de su fe vigorosa y de su amor incondicional a Jesucristo, anteponiéndolo incluso a la propia vida. Dado que los mártires son personas

de todos los ámbitos sociales, que han pasado su existencia haciendo el bien y que han sufrido y han muerto renunciando a salvar su vida y perdonando a quienes los maltratan, nos sitúan ante una realidad que supera lo humano y que nos invita a reconocer la fuerza y la gracia de Dios actuando en la debilidad de la historia humana.

El misterio del martirio es inseparable de la misión que Dios da a cada persona y en él se realiza el designio de la Providencia (cf. Is 53,10). En Jesús culmina toda la serie de perseguidos por aquellos a los que habían sido enviados (cf. Mt 23,31ss), y de Jesús arranca todo un creciente discipulado que no puede correr una suerte distinta a la de su Maestro (cf. Jn 15,20; 16,1 ss). En los discípulos revive Jesús su martirio (cf. Hch 9,4ss; Col 1,24) y para ellos la muerte es ganancia (cf. Flp 1,29). En la Iglesia, las persecuciones son signo y condición de la victoria definitiva de Cristo y de los suyos: poseen un significado escatológico, aparecen como un adelanto del juicio y de la instauración completa del Reino (cf. 1 Pe 4,17-19), y preludian el triunfo de la vida sobre la muerte y el nacimiento de unos cielos nuevos y una tierra nueva (cf. Ap 6,9ss; 7,13-17; 11,11s; 20,4ss).

4. Una hora de gracia

LA beatificación que vamos a celebrar es una hora de gracia para la Iglesia que peregrina en España y para toda la sociedad. Os invitamos a prepararos bien para esta fiesta y a participar en ella de modo que se convierta para todos en un nuevo estímulo para la renovación de la vida cristiana. Lo necesitamos de modo especial en estos momentos en los que, al tiempo que se difunde la mentalidad laicista, la reconciliación parece amenazada en nuestra sociedad.⁵ Los mártires, que murieron perdonando, son el mejor aliento para que todos fomentemos el espíritu de reconciliación.

Que por el testimonio y la intercesión de los mártires se avive y fortalezca nuestra condición de creyentes, de discípulos y amigos del Señor, que vino al mundo para dar testimonio de la verdad (cf. Jn 18,37; cf. Ap 1,5; 3,14); que perdonó a sus perseguidores (cf. Lc 22,51.81; 23,34); que ofreció su sangre como precio de la redención salvífica (cf. Heb 9,22), y que, elevado en la cruz, atrae a todos hacia Él (Jn 12,32).

5. Cf. LXXXVIII Asamblea plenaria de la Conferencia Episcopal Española, Instrucción pastoral *Orientaciones morales ante la situación actual de España*, 23 de noviembre de 2006, números 5-13.

4. Edice, Madrid 2007.



Que por el testimonio y la intercesión de los mártires se vigore nuestra esperanza y se encienda nuestra caridad. Ellos, movidos por la esperanza de la Vida eterna, supieron anteponer a su propia vida el amor y la obediencia a la ley evangélica, la ley nueva del amor más grande y promotora de la dignidad y la libertad de cada persona. Los mártires son testigos supremos de la Verdad que nos hace libres.

5. Peregrinación a Roma y preparación

INVITAMOS y animamos a todos los que puedan acudir a Roma para la fiesta de la beatificación. Allí, junto a los sepulcros de los mártires Pedro y Pablo, y los de tantos otros de la primera hora del cristianismo, daremos gloria a Dios por los nuevos mártires de España.

Informaos en vuestras parroquias, centros religiosos o en vuestras diócesis sobre el modo en que podáis incorporaros a la peregrinación a Roma. No dejéis de participar en las actividades que se organicen para prepararse espiritualmente a la beatificación y en los actos de acción de gracias, tanto si vais a ir a Roma como si no podéis hacerlo.

Oremos ya desde ahora por los frutos de esta beatificación que, con la gracia de Dios y la intercesión de la Virgen María, auguramos abundantes para todos:

*Oh Dios, que enviaste a tu Hijo,
para que muriendo y resucitando
nos diese su Espíritu de amor.
Nuestros hermanos,
mártires del siglo xx en España,
mantuvieron su adhesión a Jesucristo
de manera tan radical y plena
que les permitiste derramar su sangre por Él.
Danos la gracia y la alegría de la conversión
para asumir las exigencias de la fe;
ayúdanos, por su intercesión,
y por la de María, Reina de los mártires,
a ser siempre artífices de reconciliación en la sociedad
y a promover una viva comunión
entre los miembros de tu Iglesia en España;
enséñanos a comprometernos, con nuestros pastores,
en la nueva evangelización
haciendo de nuestras vidas
testimonios eficaces del amor a Ti y a los hermanos.
Te lo pedimos por Jesucristo,
el Testigo fiel y veraz,
que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.*

El siglo de los mártires*

JOSÉ M^a ALSINA ROCA

EL siglo xx, siglo de los mártires. Juan Pablo II hizo referencia repetidamente a esta realidad dramática y al mismo tiempo misteriosa y grandiosa: la condición martirial del siglo xx. Se ha podido afirmar que la Iglesia ha vivido de nuevo, circunstancias que recuerdan los primeros tiempos de la Iglesia. Es más, dos terceras partes del total de mártires que ha habido a lo largo de toda la historia de la Iglesia pertenecen al siglo xx. Andrea Riccardi, en su libro *El siglo de los mártires*, fruto del estudio histórico que realizó por encargo de la Comisión de nuevos mártires creada por el papa Juan Pablo II en el ámbito preliminar del Jubileo del 2000, con el fin de renovar en la Iglesia la memoria de los mártires del último siglo, afirma:

«Desde principios de siglo hasta la actualidad, millones de creyentes fueron asesinados por el hecho de ser cristianos. Esto no es un aspecto secundario, aunque quizá no se pueda cuantificar con exactitud. ¿Cuántos cristianos en el siglo xx murieron por su fe, no sólo católicos sino de todas las confesiones? ¿Tres millones, quizá? Si se tiene en cuenta que en Rusia fueron asesinados al menos quinientos mil, quizá se puede aceptar esta hipótesis. Si se piensa en los cristianos asesinados en el Imperio otomano durante la primera guerra mundial, en los misioneros, en las víctimas de los conflictos étnicos... El siglo xx fue, en general, difícil para los cristianos que se hallaban en condiciones de minoría en países dominados por otra religión mayoritaria, particularmente en aquellos de mayoría musulmana. Argelia, en los últimos años, ha conocido muchos asesinatos de cristianos, como los siete monjes trapenses de Notre Dame del Atlas, asesinados por terroristas islámicos. También países de secular tradición católica conocen el asesinato en masa de cristianos. El capítulo de los mártires españoles durante la guerra civil, desde obispos hasta simples religiosos. Y también México, en los años veinte, conoció el martirio de muchos cristianos en una sangrienta guerra civil. Detrás de muchas persecuciones había ideologías ateas, anticlericales, formas de idolatría del Estado, aunque no siempre, pues muchas veces la violencia iba dirigida contra los cristianos de un modo brutal tan sólo por motivos materiales y contingentes. Cuanto más leía –afirma Riccardi–, los textos de los nuevos mártires y más avanzaba de una década a otra del siglo xx, más me daba cuenta de que no

fue una época apacible para la Iglesia. El martirio forma parte de la historia del cristianismo del siglo xx mucho más de lo que podemos imaginar».

Con este mismo propósito de mantener viva en la comunidad cristiana la memoria de los mártires como en la primitiva Iglesia, Juan Pablo II exhortaba en la *Tertio millennio adveniente*:

«La Iglesia del primer milenio nació de la sangre de los mártires: “*Sanguis martyrum, semen christianorum*”. Los hechos históricos ligados a la figura de Constantino el Grande nunca habrían podido garantizar un desarrollo de la Iglesia como el verificado en el primer milenio, si no hubiera sido por aquella siembra de mártires y por aquel patrimonio de santidad que caracterizaron a las primeras generaciones cristianas. Al término del segundo milenio, la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires. Las persecuciones de creyentes –sacerdotes, religiosos y laicos– han supuesto una gran siembra de mártires en varias partes del mundo. El testimonio ofrecido a Cristo hasta el derramamiento de la sangre se ha hecho patrimonio común de católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes, como subrayaba Pablo VI en la homilía de la canonización de los mártires ugandeses. Es un testimonio que no hay que olvidar. La Iglesia de los primeros siglos, aun encontrando notables dificultades organizativas, se dedicó a fijar en martirologios el testimonio de los mártires. Tales martirologios han sido constantemente actualizados a través de los siglos, y en el libro de santos y beatos de la Iglesia han entrado no sólo aquellos que vertieron la sangre por Cristo, sino también maestros de la fe, misioneros, confesores, obispos, presbíteros, vírgenes, cónyuges, viudas, niños. En nuestro siglo han vuelto los mártires, con frecuencia desconocidos, casi “*militi ignoti*” de la gran causa de Dios. En la medida de lo posible no deben perderse en la Iglesia sus testimonios. Como se ha sugerido en el Consistorio, es preciso que las Iglesias locales hagan todo lo posible por no perder el recuerdo de quienes han sufrido el martirio, recogiendo para ello la documentación necesaria. Esto ha de tener un sentido y una elocuencia ecuménica. El ecumenismo de los santos, de los mártires, es tal vez el más convincente. La *communio sanctorum* habla con una voz más fuerte que los elementos de división. El *martyrologium* de los primeros siglos constituyó la base del culto de los santos. Proclamando y venerando la santidad de sus hijos e hijas, la Iglesia rendía máximo honor a Dios mismo; en los mártires veneraba a Cristo, que estaba en el origen de su martirio y de su santidad. El mayor homenaje que todas las Iglesias tributarán a Cristo en el umbral del tercer milenio, será la demostración de la omnipotente presencia del Redentor mediante frutos de fe, esperanza y caridad en hombres y mujeres de tantas lenguas y razas, que

* Texto de la conferencia que nuestro colaborador pronunció en el acto de inicio de curso del Institut de Teologia Espiritual de la Facultat de Teologia de Barcelona, el 10 de octubre de 2007.

han seguido a Cristo en las distintas formas de la vocación cristiana».

Esta realidad tan admirable y esperanzadora de la Iglesia, que abarca también a las otras Iglesias, especialmente a las Iglesias orientales, tiene un especial significado para la Iglesia en España...

La Conferencia Episcopal Española en su mensaje del pasado 27 de abril con motivo de la próxima beatificación de 498 mártires del siglo xx en España afirmaba:

«La beatificación que vamos a celebrar contribuirá a que no se olvide el “gran signo de esperanza” que constituye el testimonio de los mártires. De

los del siglo xx en España, 479 han sido beatificados en once ceremonias a partir de 1987, y 11 de ellos son ya santos. Casi quinientos han sido reunidos, esta vez, en una única celebración. Y, como en las anteriores ocasiones, cada caso ha sido estudiado por sí mismo con todo cuidado a lo largo de años. Estos mártires dieron su vida, en diversos lugares de España, en 1934, 1936 y 1937. Son los obispos de Cuenca y de Ciudad Real, varios sacerdotes seculares, numerosos religiosos –agustinos, dominicos y dominicas, salesianos, hermanos de las Escuelas Cristianas, maristas, distintos grupos de carmelitas, franciscanos y franciscanas, adoratrices, trinitarios y trinitarias, marianistas, misioneros de los Sagrados Corazones, misioneras hijas del Corazón de María–, seminaristas y laicos, jóvenes, casados, hombres y mujeres.»

Los mártires, testigos de la fe

El próximo domingo serán beatificados en Roma 498 mártires españoles de los años 30 del siglo pasado, 146 de los cuales sufrieron el martirio en la diócesis de Barcelona. Todos murieron de forma cruenta por su fe cristiana. Mártires, en la Iglesia, los ha habido en todos los siglos, no es patrimonio del Imperio Romano. Porque el martirio pertenece a la esencia de la Iglesia. Por ello, Juan Pablo II afirmó que «conviene que las Iglesias diocesanas hagan todo lo posible para no perder el recuerdo de los que sufrieron el martirio».

Jesús es el mártir por excelencia. Entre los títulos que recibe Jesús en el Nuevo Testamento encontramos el de testigo fiel y veraz. El relato de la pasión que sufrió el Señor es la narración de su martirio. Y por esto se coloca a veces este texto evangélico introduciendo las actas de los mártires. San Esteban, san Policarpo, santa Perpetua y santa Felicidad, san Cipriano, etc. Porque la pasión de Jesús es también el modelo y el fundamento del martirio de los cristianos.

Los mártires que el próximo domingo serán beatificados dieron testimonio de Jesús entregando su vida. El martirio es la manifestación más alta del amor a Dios y del poder otorgado al hombre por el Espíritu Santo. El martirio muestra que el valor de la vida –que pertenece a Dios y que se debe cuidar con responsabilidad– no es el valor supremo.

Así, puesto el cristiano ante la disyuntiva de apostatar de la fe y así salvar la vida o confesar la fe y por ello morir, está llamado a poner confiadamente en las manos de Dios su vida, sufriendo el martirio. También Jesús hubiera deseado que hubiera sido retirado el cáliz de la pasión, pero su amor y obediencia al Padre fueron más fuertes que su resistencia natural humanamente comprensible ante la muerte.

El mártir cristiano no es un desesperado que renuncia a continuar viviendo, ni tampoco es un hastiado de la vida que ve en la muerte la liberación. El mártir cristiano ama la existencia, muere perdonando y espera intensamente la vida definitiva de la resurrección gloriosa como Cristo. El emperador filósofo Marco Aurelio, molesto por el heroísmo de los cristianos, trató de interpretarlo como fanatismo y gusto por lo trágico; pero se equivocó. Le faltaba el secreto del cristianismo: la resurrección de Jesús crucificado como fundamento de la esperanza de los cristianos.

El amor a la vida en Cristo vence los suplicios de la muerte: de aquí brotaba una libertad incomprensible para los no creyentes. Sin esta esperanza en la resurrección queda desnaturalizada la Iglesia y el martirio cristiano sería incomprensible.

El testimonio valiente y confiado de los mártires contrasta hoy, en nuestra sociedad, con una especie de retraimiento vergonzoso por parte de los cristianos de manifestarse con sencillez como tales. Las causas son diversas, pero incide también en la cultura moderna, que ha escindido la vida de los hombres entre privada y pública. Con esta separación, la fe queda recluida en la vida privada, en la conciencia, en las sacristías. Esta situación no es sana. La tolerancia civil no puede reclamar silencio sobre lo esencial, indiferencia a los valores más profundos y ocultación de la propia identidad.

Hoy, Jornada del DOMUND, el recuerdo de los mártires pone de relieve su dimensión misionera y evangelizadora, ya que «la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos».

† Lluís Martínez Sistach
Arzobispo metropolitano de Barcelona

Entre estos seminaristas tenemos que hacer especial mención de Josep Casas Ros, de este seminario, que dio su vida en testimonio de su fe; y de igual modo hay que recordar al beato Josep M^a Peris, rector de este seminario, así como a diversos formadores y seminaristas que sufrieron el martirio durante la persecución religiosa. Por todo ello este seminario de Barcelona ha podido denominarse un seminario mártir. Estos hechos dan razón de que la espiritualidad martirial sea el tema elegido para esta lección inaugural del Instituto de Espiritualidad. Los tiempos que vivimos manifiestan una especial providencia de Dios sobre la humanidad y sobre su Iglesia. Tres hechos que en un primer momento podrían parecer desconectados tienen a mi modo de ver una íntima relación expresiva de esta singular Providencia. Durante el siglo xx ha culminado la expansión misionera que la Iglesia había intensificado de un modo especialísimo desde el pontificado del beato Pío IX: creación de nuevas diócesis, numerosísimas nuevas parroquias, millares de misioneros han dejado su países de origen, especialmente europeos, para dedicar su vida al anuncio del Evangelio en países de misión. Hasta tal punto la Iglesia del siglo xx es eminentemente misionera que el mismo papa Juan Pablo II dedicó una parte importante de su actividad ministerial a anunciar personalmente el Evangelio en los cinco continentes. Han sido pocos los países no visitados, incluso llevó el anuncio del Evangelio a países de presencia minoritaria de católicos, dando lugar a que podamos decir que la predicación de la fe cristiana ha llegado a los confines del mundo. El mandato evangélico de «Id y predicad a todas las gentes» es una realidad justamente en nuestros días.

Una segunda característica, en muchos casos íntimamente unida a la anterior, hace referencia al tema que estamos tratando: el siglo xx es el siglo de los mártires. Frecuentemente los mismos misioneros predicaron la fe en Cristo con su palabra y con su sangre. De este modo dieron testimonio con sus vidas de la fe que predicaban. Pensemos especialmente en África, desde los mártires ugandeses, hasta tantos misioneros que en situaciones de terribles matanzas genocidas no dudaron en quedarse con la comunidad que habían evangelizado, derramando su sangre en manifestación de su fidelidad misionera.

Finalmente, el último gran acontecimiento del siglo xx es la celebración del Concilio Vaticano II. El beato Juan XXIII, al inaugurar el concilio, se refirió al objetivo central que motivaba su convocatoria y el fruto que se esperaba de su celebración: «Venerables hermanos, esto es lo que se propone el Concilio ecuménico Vaticano II, el cual, mientras agrupa las mejores energías de la Iglesia y se esfuerza en hacer que los hombres acojan con mayor solicitud el anuncio de la salvación, prepara y consolida ese camino

hacia la unidad del género humano que constituye el fundamento necesario para que la ciudad terrenal se organice a semejanza de la ciudad celeste en la que, según san Agustín, reina la verdad, dicta la Ley la caridad y cuyas fronteras son la eternidad».

Este objetivo tan radicalmente sobrenatural sólo se puede proponer contemplando el mundo desde los designios de Dios. El Papa presenta como objetivo que la ciudad terrenal se organice a semejanza de la celeste y esto sólo será posible cuando el mundo acoja el anuncio de salvación y se realice de este modo la ansiada unidad del género humano. No son palabras dictadas por la ingenuidad de un papa bondadoso. Sólo se comprenden desde la consideración de la fuerza de la gracia que penetra y transforma la vida de los hombres.

Esta misma confianza en la gracia de Dios también está reflejada en los documentos del Concilio cuando manifiesta a toda la Iglesia el deber de proponer y buscar la santidad universal de todos los fieles, recordando el precepto evangélico: «Sed, pues, vosotros perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto» (Mt 5, 48). A la luz de esta propuesta dirigida a un mundo que está tan alejado de Dios ¿no podemos pensar que el Papa junto con toda la Iglesia, inspirada por el Espíritu Santo, tiene la firme esperanza puesta en la fecundidad de tanta sangre derramada, de tanta santidad manifestada en los mártires? ¿No será esta llamada a la santidad, movida por la esperanza que brota de comprobar el triunfo de la gracia de Dios sobre la debilidad humana? El mismo Concilio Vaticano II en su constitución dogmática *Lumen gentium* al tratar de la llamada universal a la santidad hace referencia a esta realidad martirial como un don que Dios reparte libremente a algunos, pero todos deben prepararse y estar dispuestos a recibirlo, todos debemos estar dispuestos a dar la vida como testimonio de la fe que profesamos:

«Así como Jesús, el Hijo de Dios, manifestó su caridad ofreciendo su vida por nosotros, nadie tiene un mayor amor que el que ofrece la vida por Él y por sus hermanos (cf. 1 Jn 3,16; Jn 15,13). Pues bien, ya desde los primeros tiempos algunos cristianos se vieron llamados, y siempre se encontrarán otros llamados a dar este máximo testimonio de amor delante de todos, principalmente delante de los perseguidores. El martirio, por consiguiente, con el que el discípulo llega a hacerse semejante al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, asemejándose a Él en el derramamiento de su sangre, es considerado por la Iglesia como un supremo don y la prueba mayor de la caridad. Y si ese don se da a pocos, conviene que todos vivan preparados para confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle por el camino de la cruz en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia».

A la luz de este texto hagamos algunas conside-

raciones sobre el martirio. En primer lugar, hay que afirmar, siguiendo a santo Tomás, que el martirio es fruto de la caridad. Es verdad que el mártir hace un acto propio de la virtud de la fortaleza, es decir, un acto de heroísmo al aceptar entregar su vida en testimonio de su fe. Esta entrega, en muchos casos, ha

estado precedida por haber sido capaces de afrontar todo tipo de falsas promesas, coacciones y terribles torturas y, sin embargo, el mártir ha sido capaz de resistir y mantener de forma inquebrantable su fidelidad a Cristo. Así lo vemos en toda la historia martirial desde los primeros mártires de la época

«Los mártires se nos ofrecen como modelo y estímulo de entrega apostólica»

A los salesianos de España
Queridos hermanos:

Con profunda gratitud para con Dios y gozo fraterno nos disponemos a celebrar la beatificación –tan largamente esperada– de los mártires salesianos de las antiguas inspectorías españolas Bética y Céltica. Sus compañeros de la Tarraconense se les adelantaron seis años. Estos 63 hermanos nos recuerdan que la fidelidad a Dios puede llegar a pedir un supremo acto de amor, el de entregar la vida por el Amigo, y nos aseguran que incluso en ese trance Dios es fiel a quien lo ama hasta el extremo.

Con la firma del «Acta de Martirio» el año pasado y con la pública declaración de beatificación que celebraremos el próximo 28 de octubre, la Iglesia reconoce a estos nuestros hermanos como mártires; esto es lo que son y esto es lo que nosotros queremos celebrar. No fueron ni héroes ni víctimas de ninguno de los bandos de la guerra civil española; son testigos de Cristo Jesús y sólo por Él entregaron la vida hasta el derramamiento de su sangre.

Morir mártir es, ante todo, gracia que el Señor otorga a quienes quiere en modo muy especial. La concesión de este don, expresión del amor preferencial de Dios para con cada uno de nuestros hermanos, es cuanto, agradecidos, queremos y debemos celebrar. El próximo 28 de octubre será, sin duda, un gran día para la Congregación, para España y para la España salesiana. En nombre de Don Bosco y de todos los salesianos me uno a vosotros en el agradecimiento a Dios por el amor que nos ha tenido y felicito a la España salesiana por este inapreciable regalo que hace a la Congregación y a toda la Familia salesiana, el testimonio del amor más grande posible que 63 de los nuestros han sellado con sus vidas.

El martirio es prueba que garantiza la fiel implantación del carisma salesiano en España. Y estimo que su reconocimiento oficial por parte de la Iglesia Universal viene en un momento importante para la España Salesiana, que ha celebrado el 125 aniversario de la llegada de los salesianos a Utrera y que está esperando

la inauguración del próximo Capítulo General; ambos acontecimientos nos invitan a renovar nuestra pasión apostólica a favor de los jóvenes. ¿Y qué mayor demostración de pasión que entregar la propia vida?

Los mártires se nos ofrecen como modelo y estímulo de entrega apostólica en este momento histórico. La beatificación de unos hermanos que fueron martirizados en una etapa triste de vuestra historia, es una invitación a vivir con coherencia nuestros compromisos como creyentes y como salesianos, en la actual coyuntura histórica, que se presenta, sin duda, como una gran oportunidad para dar valiente testimonio de fe y de fidelidad a Dios y a los jóvenes.

Como la Pasión de Cristo fue y, sigue siendo, la mejor noticia para la humanidad (su salvación), así también la beatificación de los mártires es proclamación de una buena noticia, una palabra de esperanza y un motivo de serena alegría. Dios sigue empeñado en salvar y sigue precisando de hombres que, entregados a Él totalmente, puedan entregarse a sus hermanos totalmente. Un mundo sin Dios es un mundo sin porvenir; nosotros creemos y esperamos un mundo nuevo más humano y mejor, y nos implicamos fuertemente en su construcción. La sangre de los mártires es semilla de ese futuro que esperamos: el fin de un mundo de odios y de muerte, de la ausencia de Dios y de irresponsabilidad humana. ¡Que la sangre de los mártires salesianos ya beatificados, sea semilla de nuevas vocaciones y el renacer con vitalidad del carisma salesiano en vuestro bendito suelo patrio!

A nuestros hermanos mártires Dios les pidió la extrema generosidad de una opción radical pero puntual; de nosotros esperan Dios y los jóvenes la valentía de una opción clara y perseverante y la alegría de vivir sirviéndoles. María, Reina de los Mártires, nos conceda honrar la memoria de nuestros hermanos con la entrega cotidiana de nuestras vidas.

Con mi afecto en Don Bosco

P. Pascual Chávez, Rector Mayor

romana hasta nuestros días. Esta fidelidad y resistencia a la solicitud de apostasía de su fe es un acto propio de la virtud de la fortaleza, pero no entenderíamos el martirio contemplándolo sólo como un acto de la virtud de la fortaleza porque, como afirma el Aquinate, la virtud productora del martirio es la fortaleza pero la virtud imperante del martirio es la caridad. Es muy importante subrayar esta característica específica del martirio. Se puede morir, incluso dejarse quitar la vida odiando, movido por el resentimiento o por despecho, pero en la actitud de los mártires no hay nada de esto. Es ordinario en los mártires de la persecución del 36 morir perdonando a aquellos que les iban a ejecutar.

Tampoco lo tenemos que ver como algo propio de los «fuertes». El mártir no es un ser impenetrable ante el peligro ni un estoico indiferente ante el dolor; en el mártir brilla la fuerza de Dios que vence la fragilidad y la debilidad humana con el poder omnipotente de su gracia.

En la vida de los mártires también podemos encontrar manifiesta la fragilidad humana, fragilidad de la que quiso revestirse el mismo Hijo de Dios en Getsemaní cuando confesaba a sus discípulos «mi alma está triste hasta la muerte» y rezaba angustiado a su Padre: «Si es posible aparta de mi este cáliz». Cuanto más ostensible es la fragilidad humana más patente es que sólo el amor puede mover al mártir a entregar su vida. Así nos lo manifiesta santa Teresita del Niño Jesús cuando habla del martirio en sus escritos:

«Pero, sobre todo y por encima de todo, amado Salvador mío, quisiera derramar por ti hasta la última gota de mi sangre... ¡El martirio! ¡El sueño de mi juventud! Un sueño que ha ido creciendo conmigo en los claustros del Carmelo... Pero siento que también este sueño mío es una locura, pues no puedo limitarme a desear una sola clase de martirio... Para quedar satisfecha, tendría que sufrirlos todos... Como tú, adorado Esposo mío, quisiera ser flagelada y crucificada... Quisiera morir desollada, como san Bartolomé... Quisiera ser sumergida, como san Juan, en aceite hirviendo... Quisiera sufrir todos los suplicios infligidos a los mártires... Con santa Inés y santa Cecilia, quisiera presentar mi cuello a la espada, y como Juana de Arco, mi hermana querida, quisiera susurrar tu nombre en la hoguera, Jesús... Al pensar en los tormentos que serán el lote de los cristianos en tiempos del Anticristo, siento que mi corazón se estremece de alegría y quisiera que esos tormentos estuviesen reservados para mí... Jesús, si quisiera poner por escrito todos mis deseos, necesitaría que me prestaras tu libro de la vida, donde están consignadas las hazañas de todos los santos, y todas esas hazañas quisiera realizarlas yo por ti... Jesús mío, ¿y tú qué responderás a todas mis locuras...? ¿Existe acaso un alma pequeña y más impotente que la mía...? Sin embargo, Señor, precisamente a causa de mi debilidad, tú has querido colmar mis

pequeños deseos infantiles, y hoy quieres colmar otros deseos míos más grandes que el universo... Como estos mis deseos me hacían sufrir durante la oración un verdadero martirio, abrí las cartas de san Pablo con el fin de buscar una respuesta. Y mis ojos se encontraron con los capítulos 12 y 13 de la primera carta a los Corintios... Leí en el primero que no todos pueden ser apóstoles, o profetas, o doctores, etc...; que la Iglesia está compuesta de diferentes miembros, y que el ojo no puede ser al mismo tiempo mano. (...) La respuesta estaba clara, pero no colmaba mis deseos ni me daba la paz... La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos ellos. Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba ardiendo de amor. Comprendí que sólo el amor podía hacer actuar a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegara a apagarse, los apóstoles ya no anunciarían el Evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre...».

Esta relación entre la caridad y el martirio también sale a relucir en una cuestión planteada en la primitiva Iglesia durante las primeras persecuciones. Es verdad que el martirio es un don de Dios que corona la vida de muchos santos, hasta tal punto que muchos de ellos si no hubieran sido mártires también la Iglesia los hubiera podido canonizar. Sin embargo, no siempre fue así. Desde los primeros mártires hasta nuestros días no fue algo insólito comprobar que algunos de los que ofrecieron heroicamente sus vidas en testimonio de su fe, no se habían distinguido anteriormente por una vida ejemplar. Este hecho dio lugar a las críticas de los gnósticos. Si no habían sido fieles a los mandatos de Dios, afirmaban los gnósticos, no podía ser sincera su actitud martirial, era en todo caso una actitud hipócrita y nada ejemplar. Como si, por haber sido pecadores, ya no tuvieran derecho a recibir el perdón como don misericordioso de Dios y en este caso unido al don del martirio. En estas acusaciones se dejaba traslucir una visión de la vida cristiana, no como fruto de la gracia de Dios sino como resultado del esfuerzo humano. El martirio sería como un premio que corona una vida ejemplar, o dicho de otra manera, el mártir se habría ganado el martirio con su vida. Por ello mismo los que no habían tenido una vida ejemplar no tenían derecho a serlo.

Ante estas acusaciones profundamente deformadoras de la fe cristiana los padres apostólicos salieron en su defensa. «Aun cuando algunos —escribe Clemente Alejandrino— no hayan confesado a Cristo de por vida y en la práctica ordinaria delante de los hombres, el hecho, sin embargo, de confesarle oralmente en las cárceles y no renegar de Él a pesar de ser torturados hasta morir, descubre que han creído (no hipócritamente) sino confesado

en público y, sobre todo, el hecho de no volverse atrás ni siquiera ante la muerte, rescinde de una vez todas las pasiones (los pecados), nacidas desde luego de la concupiscencia carnal. Es que en el testimonio oral –hay que decirlo así al fin de la vida– hay una penitencia plenaria de obra y una verdadera confesión en Cristo».

Dos visiones distintas: para el gnóstico es la bondad del individuo manifestada a lo largo de su vida la que explica el martirio; para la Iglesia es la fuerza de Dios que triunfa sobre la debilidad de los hombres. En general, a los mártires les precedió a su muerte una vida de amor a Dios y a su Iglesia ejemplar. El martirio no es fruto de una exigencia de coherencia con la fe que se profesa, sino de fidelidad y abandono confiado a la bondad de Dios que hace incluso posible entregar la vida no sólo heroicamente sino también con una alegría humanamente inexplicable. Así lo podemos comprobar, por ejemplo, en las cartas que escribe el mártir beato Francisco Castelló la noche anterior a su ejecución: «Me esta sucediendo algo extraño –le escribía a su novia– no puedo sentir pena alguna por mi suerte. Una alegría intensa y fuerte me invade por completo: quería hacerme una carta triste pero no puedo. Estoy envuelto de ideas alegres como un presentimiento de gloria».

Otra idea muy importante por su actualidad es la causa del martirio según declaran sus verdugos. Desde la primitiva Iglesia, la persecución se justifica o por lo menos se la confunde con una actitud movida por el desprecio y desobediencia al poder civil. Recordemos que los fariseos, al acusar a Jesús ante Pilatos, tendrán que confesar hipócritamente que no tienen otro rey que al Ceésar y en tiempos de las persecuciones romanas repetidas veces se acusó a los cristianos de ser causantes de su propia muerte como consecuencia de su actitud de desobediencia al Emperador y a las leyes del Imperio. No se trataba de violentar su conciencia ni se le exigía dejar sus creencias religiosas, únicamente se les exigía que cumplieran con los mandatos imperiales. Pero en el corazón de aquellos mártires resonaban las enseñanzas apostólicas que habían recibido por boca de Pedro: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres». San Pedro, que había recomendado en su cartas la obediencia a las autoridades civiles también les requería que cuando el poder político mandara algo contrario a la fe recibida, y de este modo el poder político exigía actitudes y gestos públicos que manifestaran la aceptación del carácter divino del poder imperial, tenían que perseverar en su fidelidad al mandato divino: «Solo a Dios adorarás», y por esto mismo señala que hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. A lo largo de la historia reiteradamente el poder se ha revestido de un carácter sagrado exigiendo un culto idolátrico. Ante ello

los mártires repiten el «non possumus» que les llevará a la muerte. Así ocurrió con Tomás Moro, con los mártires de la Revolución francesa, en México durante el periodo cristero y en España durante la época de la segunda república y en tantas otras situaciones martiriales. Todos ellos siguieron el ejemplo bíblico de los macabeos que ante la exigencia del poder helenístico de dar culto a los dioses paganos en el mismo templo de Yavhé no dudaron en dar sus vidas en prenda de su fidelidad.

Finalmente hay que destacar la íntima unión que ha existido entre la expansión evangelizadora y el martirio. Afirma monseñor Romero Pose: «No hay misión sin santidad, ni santidad sin martirio». La primera predicación apostólica vino acompañada del testimonio martirial y el anuncio evangélico se hace universal con la sangre de los mártires. «El martirio es la prueba más elocuente de la verdad de la fe, que sabe conferir rostro humano incluso a la más violenta de las muertes y poner de manifiesto su belleza hasta en las persecuciones más atroces», ha dicho Juan Pablo II. Por ello mismo es necesario, como hizo la primera Iglesia, tener una memoria viva de los mártires, de sus vidas y de sus muertes. Esta memoria es una de las razones de la fecundidad de aquella primitiva Iglesia. Esta belleza es la que descubrimos de un modo especial en la Iglesia mártir como la belleza propia de la que es santa e inmaculada por ser la esposa de Cristo. Belleza de la que nos habla el Apocalipsis cuando se refiere a los mártires: «“Esos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde vienen?”. Yo contesté: “Señor, tú lo sabes”. El Anciano me replicó: “Esos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado y blanqueado sus vestiduras con la sangre del Cordero. Por eso están ante el trono de Dios y le sirven día y noche en su templo; el que está sentado en el trono extenderá su tienda sobre ellos; ya no sufrirán más hambre ni sed ni se verán agobiados por el sol ni por viento abrasador alguno, porque el Cordero que está junto al trono será su pastor y los guiará a los manantiales de las aguas de la vida, y Dios enjugará las lágrimas de sus ojos”» (Ap 9,13-17).

Este texto del Apocalipsis nos invita a una última reflexión sugerida también por monseñor Romero Pose: «El libro profético del Nuevo Testamento, el Apocalipsis, es el libro del martirio y de los santos mártires; y uno de los libros más socorridos para exponer el martirio como el referente por antonomasia de los santos en la historia. En él se expone la teología de la historia a la luz de la teología martirial».

Quisiera quedarme en esta última afirmación para realizar unas consideraciones finales. El siglo xx, siglo de los mártires. El hecho martirial de este último siglo ha tenido esta presencia que en su intensi-



dad es única y sin precedentes. Como se ha comentado en repetidas ocasiones, estamos en una situación tan sólo comparable a la Iglesia de los primeros siglos. Nos preguntamos: ¿son situaciones realmente comparables? Desde una perspectiva meramente histórico-social se ha comparado, así lo hace el historiador inglés Toynbee, la época del Imperio romano con nuestra época. Dos civilizaciones, la helénica (grecorromana) y la occidental, han tenido una gran capacidad de expansión territorial, hasta tal punto de crear un mundo «unido». En el primer caso el «orbe romano» y en nuestros días, a una escala ya planetaria, el mundo globalizado. Esta expansión territorial ha estado acompañada de realizaciones y avances científico-tecnológicos sin precedentes. Sin embargo, no podemos decir que necesariamente sean signos de plenitud sino, por el contrario —así lo señala Toynbee—, anuncio de decaden-

cia y desintegración. Los mismos éxitos realizados gracias a la unificación política («Estado universal») tienen unas consecuencias contradictorias e inesperadas. Por un lado, estas estructuras hacen posible que el anuncio evangélico llegue a lugares antes inaccesibles. Recordemos lo que significaron, por ejemplo, las calzadas romanas y lo que en nuestros días han supuesto todos los medios de comunicación y transporte. Pero al mismo tiempo las instituciones políticas movidas por el orgullo de lo realizado y el deseo de poner estas realizaciones al servicio de sus principios culturales exigen de forma creciente su mas radical, su absoluta primacía y dominio. En este momento se hace manifiesta la incompatibilidad entre la fe religiosa que se ha ido extendiendo y las pretensiones políticas de un Estado que preside una cultura declinante. Por ello mismo, el poder político no se contenta con exigir aca-

tamiento externo, sino que también pretende dominar las conciencias de sus ciudadanos. El resultado final es la persecución. Así fue en la Roma pagana con el cristianismo y durante el siglo xx con las ideologías totalitarias de distinto carácter político, comunista, nazi o democrático, que por caminos diversos exigen la lealtad y referencia última en la vida de los ciudadanos hacia lo que determina el Estado. Llegados a este punto y ya desde una perspectiva de teología de la historia nos tendríamos que preguntar si también estamos asistiendo a una expansión de la Iglesia semejante a la que acompañó la persecución martirial de los primeros siglos .

La situación de la Iglesia en nuestros días no es fácil de caracterizar. Desde un punto de vista de la cultura dominante, en el mundo occidental, se han ido sucediendo desde el siglo xviii los intentos por borrar las raíces cristianas de esta cultura y sustituirlos por principios y filosofías de índole claramente incompatibles con la fe cristiana. Estos principios son los han estado presentes en las más variadas circunstancias de la vida política desde la Revolución francesa hasta la actualidad. El resultado ha sido la creciente descristianización de la sociedad. En la medida en que el Occidente ha llegado a ser una civilización planetaria su influencia ideológica secularizadora ha sido también universal. No obstante, hay que señalar que la difusión de la cultura occidental se ha realizado gracias a unas circunstancias sociales que han posibilitado a su vez la expansión misionera de la Iglesia durante los dos últimos siglos. Junto a estos hechos hay que contemplar la realidad martirial tan importante en esta misma época. Parece como si el enfrentamiento entre la Ciudad de Dios y la Ciudad terrena, en el sentido a que se refiere san Agustín, tomara unas dimensiones e intensidad sin precedentes: la lucha contra toda idea de Dios se ha instalado en este mundo y al mismo tiempo la presencia providencial de Dios en medio de la Iglesia se manifiesta de forma más clara y por caminos también cada vez más patentes. Son muchas las circunstancias que nos pueden hacer pensar que los acontecimientos presentes son signos que Dios dispone o permite para la realización de sus planes providenciales. Estamos en unos momentos decisivos de la historia de la humanidad. Refiriéndose a ellos Karol Wojtyła terminaba los Ejercicios Espirituales dados al papa Pablo VI del año 1975 con estas palabras, recogidas en el libro *Signo de contradicción*:

«Hemos entrado en los últimos veinticinco años del segundo milenio después de Cristo, nuevo Adviento de la Iglesia y de la humanidad. Tiempo de espera y, juntamente, de una decisiva tentación; de alguna forma, siempre la misma que conocemos por el capítulo tercero del Génesis, pero en un sentido

cada vez más radical. Tiempo de grandes pruebas, pero también de gran esperanza. Precisamente para este tiempo se nos ha dado la señal: Cristo, “signo de contradicción” (Lc 2,34). Y la Mujer revestida del sol: “Señal grande en el cielo” (Ap 12,1)».

Cristo como signo de contradicción también se nos muestra actualmente en sus mártires y por ello mismo podemos decir que vivimos en la Iglesia tiempos de una gran esperanza. Como afirma Juan Pablo II en la exhortación apostólica *Ecclesia in Europa*: «El martirio es la encarnación suprema del Evangelio de la esperanza. En efecto, los mártires anuncian este Evangelio y lo testimonian con su vida hasta la efusión de su sangre, porque están seguros de no poder vivir sin Cristo y están dispuestos a morir por Él, convencidos de que Jesús es el Dios y el Salvador del hombre y que, por tanto, sólo en Él encuentra el hombre la plenitud verdadera de la vida». Podemos pensar en el mundo actual a la luz del Apocalipsis, que ha sido llamado el libro de los mártires, y de un modo singular cuando nos habla del triunfo de los mártires y de los últimos esfuerzos del diablo que se manifiesta con gran furor contra los hombres: «Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche. Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte. Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos. ¡Ay de los moradores de la tierra y del mar!, porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo» (Ap 12,10-12).

Estamos ante un mundo enfermo que necesita ser sanado y sólo la gracia redentora de Cristo puede hacerlo. En la debilidad de los mártires se manifiesta el triunfo de la gracia de Dios y su sacrificio martirial es también un anuncio profético de este triunfo de Cristo sobre el mundo; anuncian lo que será el mundo cuando sea transformado por el poder divino. Cuando los mártires en México y también en España morían pronunciando en sus labios el grito de «viva Cristo Rey», no sólo confesaban la razón última de su ofrenda martirial sino que también anunciaban con su muerte el triunfo de la gracia de Dios sobre el mundo. Como nos recuerdan los obispos de España en su mensaje con ocasión de las próximas beatificaciones: «En la Iglesia, las persecuciones son signo y condición de la victoria definitiva de Cristo y de los suyos: poseen un significado escatológico, aparecen como un adelanto del juicio y de la instauración completa del Reino (cf. 1 Pe 4,17-19), y preludian el triunfo de la vida sobre la muerte y el nacimiento de unos cielos nuevos y una tierra nueva (cf. Ap 6,9ss; 7,13-17; 11,11s; 20,4ss)».

«Que el testimonio de nuestros mártires aliente nuestra fe»

«Ellos vencieron en virtud de la sangre del Cordero, y por la palabra del testimonio que dieron, y no amaron tanto su vida que temieran la muerte» (Ap 12, 11)

Queridos Hermanos y miembros de la Familia Lasaliana:

Con gran alegría la Iglesia universal se prepara a celebrar el día 28 de octubre del presente año la beatificación de 498 mártires. De ellos, 58 son Hermanos de las Escuelas Cristianas. Todos entregaron la vida en defensa de su fe y de su identidad religiosa durante la persecución religiosa que tuvo lugar en España entre los años 1934 y 1939. El lugar elegido será Roma, la ciudad que tanto sabe y nos recuerda el martirio de los primeros cristianos.

Entre los nuevos beatos hay dos obispos, 24 sacerdotes diocesanos, 462 miembros de Institutos de Vida Consagrada masculinos y femeninos, un diácono, un subdiácono, un seminarista y siete laicos, distribuidos en 23 causas diferentes. Aunque la gran mayoría de estos mártires son españoles, hay cinco que nacieron fuera de España, de los cuales dos son hermanos de las Escuelas Cristianas nacidos en Francia.

Sin duda, se trata de una de las beatificaciones más numerosas en la historia de la Iglesia, a la que el Instituto de La Salle aporta el cuarto grupo más numeroso. Los primeros mártires de esta persecución religiosa en ser beatificados y más tarde canonizados fueron nuestros ocho hermanos de Turón y el hermano Jaime Hilario. Después vinieron los mártires de Almería y de Valencia y ahora, de nuevo, recibimos la gracia de la beatificación de 58 hermanos más.

En todos los países y en todos los tiempos, el hecho del martirio ofrece siempre lecturas e interpretaciones diferentes, pero sólo las persecuciones religiosas tienen mártires. Quienes conocieron a estas personas de cerca y, en concreto a nuestros hermanos, fueron testigos de las razones auténticas por las que entregaron su vida. Todos ellos afirman y reconocen la fortaleza de su fe, confesando su condición de creyentes y de religiosos. Antes de su muerte fueron encarcelados, torturados y condenados sin juicio ni culpa alguna. Algunos rechazaron propuestas de renunciar a su identidad de religiosos o de abandonar la escuela o la comunidad en la que se encontraban para salvar su vida, pero no lo hicieron. Todos murieron heroicamente, perdonando a sus asesinos y proclamando a Cristo como el único Rey y Señor de su vida.

Con su beatificación, nuestros 44 hermanos de las comunidades de Barcelona del distrito de Cataluña, los 4 de Consuegra (Toledo), 5 de Santa Cruz de Mudela (Ciudad Real) y 5 de Lorca (Murcia), del Distrito de Madrid, se convierten para nosotros en verdaderos signos de fe y caridad, a la vez que nos anuncian su esperanza en un mundo más justo y fraterno donde la vida sea siempre defendida y donde la libertad de expresión religiosa sea respetada.

El derramamiento de la sangre de los mártires por Cristo, es considerado por la Iglesia como un supremo don y la prueba mayor de la caridad. Como discípulos de Jesús, ninguno de ellos amó tanto su vida que temiera la muerte; todos rubricaron con su sangre las palabras del Maestro: «nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos».

Como seguidores de Juan Bautista de la Salle, cada uno de ellos supo además responder al compromiso de estar dispuestos a dar la vida por los niños a quienes enseñaban (Md. 198,2).

Hermanos y demás miembros de la Familia lasaliana, que el testimonio de nuestros mártires aliente nuestra fe como seguidores de Jesús –Cordero Pascual que aceptó libremente su muerte por nuestra salvación– y fortalezca también nuestro celo por la educación de las nuevas generaciones, para que todos los hombres podamos vivir como hijos e hijas de Dios, y como hermanos y hermanas, respetándonos y conviviendo en paz unos con otros.

Agradecemos el trabajo de todos aquellos que a lo largo de muchos años han llevado la responsabilidad de los diversos procesos de beatificación, tanto en España como en Roma y que ahora ven también reconocida su labor.

Preparémonos lo mejor posible a vivir y participar en esta gran fiesta de la Iglesia y del Instituto de La Salle. Unámonos todos para dar gracias a Dios por el don de los nuevos mártires. Que por su intercesión, Dios nos conceda, como fruto de su beatificación, la gracia de la fidelidad a nuestra vocación como hermanos y seglares lasalianos. Que santa María, Reina de los Mártires, nos dé fuerza en los momentos difíciles de la vida y bendiga la Misión que, juntos, estamos desarrollando por todo el mundo, para la mayor gloria de su Hijo Jesús.

Estaremos encantados de saludar y acoger a cuantos peregrinos se acerquen a Roma y a nuestra Casa Generalicia en esta ocasión.

Hermano Álvaro Rodríguez Echeverría,
Superior General de los Hermanos
de las Escuelas Cristianas



In odium fidei

NICOLÁS ECHAVE

Ante las nuevas beatificaciones de los 498 mártires de la persecución religiosa en España el domingo 28 de octubre, la Iglesia celebra la comunión de los santos y la fuerza del Espíritu Santo que actúa en todo bautizado.

La beatificación más numerosa de la historia

La beatificación que se ha previsto para el último domingo del mes de octubre va a ser la más numerosa de la historia, más del doble de la de 233 mártires españoles, el 11 de marzo del 2001, los primeros mártires beatificados del siglo XXI y primer fruto del Gran Jubileo del 2000.

Hasta aquel momento la más numerosa había sido la de Pío IX en 1867, con la beatificación de los 205 mártires del Japón en los siglos XVI y XVII.

Si la de finales de octubre va a ser la ceremonia más nutrida de la historia, no es menos significativo el reconocimiento de que la persecución religiosa que la causó ha sido considerada asimismo como la más cruel, violenta y sanguinaria de la historia de la Iglesia.

Una república anticatólica

PARA reconocer el abismo de iniquidad de aquellos tremendos años de persecución, es necesario remontarse a la etapa de los años que la precedieron, los cinco años previos de vida republicana en la sociedad española.

Con la proclamación de la Segunda República, el 14 de abril de 1931, la Iglesia católica fue colocada enseguida en un estado de latente persecución en el plano legislativo.

Aquella nueva Constitución recogía leyes como la disolución de las órdenes que, «estatutariamente, impongan, además de los tres votos canónicos, otro especial de obediencia a autoridad distinta de la legítima del Estado» en clara alusión a los jesuitas, con su cuarto voto de obediencia al Papa, la extinción del «presupuesto del clero», la disolución de aquellas órdenes religiosas que, por sus activida-

des, constituyan un «peligro para la seguridad del Estado», y prohibía, por ejemplo, ejercer la enseñanza a las órdenes religiosas, los cementerios católicos, o las manifestaciones públicas del culto (para llevarlas a cabo, tendría que autorizarlas el Gobierno). Era una Constitución claramente anticristiana de la que el primer presidente del Gobierno republicano diría que «invitaba a la guerra civil».

Las primeras víctimas

Las primeras víctimas se remontan al mes de octubre de 1934, durante la llamada «revolución de Asturias». En ella fueron asesinados 37 entre sacerdotes, seminaristas y religiosos. Nueve de ellos han sido canonizados en 1999, son los llamados Mártires de Turón, fueron asimismo incendiadas 58 iglesias. Se iniciaba así el largo martirologio eclesial en nuestra patria. Faltaban aún dos años para el estallido de la Guerra Civil. La Iglesia aún no había podido pronunciarse a favor de ningún tipo de militares o «rebeldes». Más aún, desde el primer momento los obispos reconocieron al legítimo gobierno republicano.

Dos años después

Dos años después, en el verano de 1936, iba a desencadenarse la mayor persecución religiosa de la historia de España. Durante los primeros seis meses del conflicto armado creado por el «Movimiento Nacional» del 18 de julio de 1936, el asesinato de sacerdotes, seminaristas, religiosas y simples laicos, llegó a ser normal. La gravedad de aquella acción persecutoria lo demuestra la cifra de víctimas eclesiásticas, más de seis mil quinientas, con la destrucción de toda presencia religiosa en la llamada «zona roja».

La carta colectiva del episcopado español tardó, no obstante, casi un año en aparecer, el 1 de julio de 1937, denunciado la persecución de forma explícita. Es más, el Vaticano no reconoció al Estado español de Franco hasta dos años después de comenzada la guerra, en el mes de julio del 38: en aquellos momentos ya se veía que la República no podía tener continuidad y que tenía perdida la guerra.

LA mortandad culmina en el mes de agosto con una media de setenta sacerdotes asesinados al día. Un testigo poco sospechoso de parcialidad, Hugo Thomas, especialista en nuestra guerra civil, pudo escribir: «Nunca en la historia de España, y, tal vez, en la del mundo, se vio un odio tan implacable contra el catolicismo, sus hombres (vivos y muertos: se llegó a ensañarse contra cadáveres desenterrados), sus edificios, sus pertenencias».

Hasta personas favorables al régimen republicano, como Salvador de Madariaga, llegaron a afirmar: «Nadie que tenga buena fe y buena información puede negar los horrores de aquella persecución: durante años, bastó únicamente el hecho de ser católico para merecer la pena de muerte, infligida a menudo en las formas más atroces».

Las cifras reales

Los estudios han dado como resultado que la diócesis con más mártires fue Barbastro (donde fue eliminado el 88% del clero), seguida de otras como Lérida, donde se llegó al 70%. En otras diócesis más grandes, como Madrid o Valencia, se asesinó, en cifras absolutas, a un mayor número de sacerdotes y religiosos que en las anterior-

res diócesis mencionadas, aunque el porcentaje fuera menor, entre el 30 y el 35%. Monseñor Antonio Montero, arzobispo de Mérida-Badajoz, en su libro *Historia de la persecución religiosa en España* (ed. BAC), hoy por hoy el estudio más completo sobre el tema, afirma que existen alrededor de siete mil casos de mártires conocidos.

Historias de otro mundo

FRENTE al odio profundo y episodios de una violencia inhumana, no se advierte en las biografías de estos mártires ni el mínimo trazo de resentimiento. Ninguno de los mártires renegó del Evangelio, ninguno opuso resistencia, todos murieron perdonando a sus verdugos.

Los últimos instantes de las vidas de estos hombres y mujeres son historias de otro mundo en el verdadero sentido de la palabra, son el testimonio de un milagro de amor.

El 11 de marzo del 2001 estaba en la plaza de San Pedro, entre tantos, José María Torres, hijo de uno de los nuevos beatos. Cuando su padre fue sacado de casa y fusilado, tenía nueve años. La escena sigue presente en su recuerdo. Así se expresó aquel día: «Me gustaría, al llegar al cielo, encontrarme allí a los asesinos de mi padre, para perdonarles también como hizo él».

OCTUBRE, MES DEL ROSARIO

Comprender a Cristo desde María

Cristo es el Maestro por excelencia, el revelador y la revelación. No se trata sólo de comprender las cosas que Él ha enseñado, sino de «comprenderle a Él». Pero en esto, ¿qué maestra más experta que María? Si en el ámbito divino el Espíritu es el Maestro interior que nos lleva a la plena verdad de Cristo (cf. Jn 14,26; 15,26; 16,13), entre las criaturas nadie mejor que ella conoce a Cristo, nadie como su Madre puede introducirnos en un conocimiento profundo de su misterio.

El primero de los «signos» llevado a cabo por Jesús –la transformación del agua en vino en las bodas de Caná– nos muestra a María precisamente como maestra, mientras exhorta a los criados a ejecutar las disposiciones de Cristo (cf. Jn 2,5). Y podemos imaginar que ha desempeñado esta función con los discípulos después de la Ascensión de Jesús, cuando se quedó con ellos espe-

rando el Espíritu Santo y los confortó en la primera misión. Recorrer con María las escenas del Rosario es como ir a la «escuela» de María para leer a Cristo, para penetrar sus secretos, para entender su mensaje.

Una escuela, la de María, mucho más eficaz, si se piensa que ella la ejerce consiguiéndonos abundantes dones del Espíritu Santo y proponiéndonos, al mismo tiempo, el ejemplo de aquella «peregrinación de la fe», en la cual es maestra incomparable. Ante cada misterio del Hijo, ella nos invita, como en su Anunciación, a presentar con humildad los interrogantes que conducen a la luz, para concluir siempre con la obediencia de la fe: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38).

JUAN PABLO II:
Rosarium Virginis Mariae

Enseñanzas del magisterio de la Iglesia sobre el culto y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús

(de la *Haurietis aquas* a la *Deus caritas est*)

JUAN ANTONIO MATEO GARCÍA, pbro.

LEEMOS en la constitución *Dei Verbum* del Concilio Vaticano II unas preciosas enseñanzas sobre el magisterio de la Iglesia: «La misión de interpretar auténticamente la Palabra de Dios, escrita o transmitida, sólo corresponde al magisterio vivo de la Iglesia» (*DV*, 11).

Muchos de los males provenientes de serias desviaciones teológicas tienen su origen en un desconocimiento o desprecio del magisterio de la Iglesia y de la vital misión que se le ha confiado: actualizar, interpretar con autoridad divina la Revelación.

Desde Pío IX hasta Benedicto XVI, el magisterio de la Iglesia, particularmente el pontificio, ha presentado unas enseñanzas de incalculable valor para comprender adecuadamente el culto y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. En este breve trabajo pretendemos presentar algunos elementos de este Magisterio que todo católico debe aceptar con el obsequio de su mente y corazón sin reserva alguna.

En una primera parte de mi exposición quiero presentar y comentar brevemente una pequeña antología de textos magisteriales. En una segunda, sintetizar el conjunto de esta enseñanza prestando particular atención a la *Haurietis aquas*.

1. Una devoción «mayor» o constitutiva en la vida cristiana y una devoción particularmente apropiada para los tiempos modernos.

Una devoción esencial o constitutiva en la vida cristiana

Un primer texto de la *Haurietis aquas* recuerda con claridad meridiana que la devoción al Sagrado Corazón es devoción a Cristo, a su humanidad santísima cuyo centro supremo es su corazón. La revelación privada ratifica esta verdad y pone en evidencia su centralidad y urgencia:

«...Basta esta rápida evocación de los orígenes y gradual desarrollo del culto del Corazón de Jesús para convencernos plenamente de que su admirable crecimiento se debe principalmente al hecho de haberse comprobado que era en todo conforme con la

indole de la religión cristiana, que es la religión del amor... No puede decirse, por consiguiente, ni que este culto deba su origen a revelaciones privadas, ni cabe pensar que apareció de improviso en la Iglesia; brotó espontáneamente, en almas selectas, de su fe viva y de su piedad ferviente hacia la persona adorable del Redentor y hacia aquellas sus gloriosas heridas, testimonio el más elocuente de su amor inmenso para el espíritu contemplativo de los fieles. Es evidente, por lo tanto, cómo las revelaciones de que fue favorecida santa Margarita María ninguna nueva verdad añadieron a la doctrina católica. Su importancia consiste en que, al mostrar el Señor su Corazón Sacratísimo de modo extraordinario y singular, quiso atraer la consideración de los hombres a la contemplación y a la veneración del amor tan misericordioso de Dios al género humano. De hecho, mediante una manifestación tan excepcional, Jesucristo expresamente y en repetidas veces mostró su Corazón como el símbolo más apto para estimular a los hombres al conocimiento y a la estima de su amor; y al mismo tiempo lo constituyó como señal y prenda de su misericordia y de su gracia para las necesidades espirituales de la Iglesia en los tiempos modernos». (Pío XII, *Haurietis aquas*)

Otro texto de la misma encíclica expresa el nexo indisoluble entre el amor de Dios y el Corazón de Jesucristo:

«El culto al Sacratísimo Corazón de Jesús es sustancialmente el mismo culto al amor con que Dios nos ha amado por medio de Jesucristo, al mismo tiempo que el ejercicio de nuestro amor a Dios y a los hombres». (Pío XII, *Haurietis aquas*, 19)

Dos textos del magisterio del papa Benedicto XVI ratifican lapidariamente la misma idea:

«Las raíces de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús se hunden en el misterio de la Encarnación: precisamente a través del Corazón de Jesús se manifestó de manera sublime el Amor de Dios hacia la humanidad. Por este motivo el auténtico culto al Sagrado Corazón mantiene toda su validez...». (Benedicto XVI, 25 de junio de 2006).

«Dirigir la mirada hacia el costado traspasado de Cristo, del que habla Juan (19, 37) ayuda a com-

prender el que ha sido el punto de partida de esta carta encíclica *Dios es amor* (1 Jn 4,8)». (Benedicto XVI, *Deus caritas est*).

Una devoción oportuna y conveniente para los tiempos modernos

Pío XII, en un texto anteriormente visto, aludía al nexo entre la propagación de la devoción al Sagrado Corazón y «las necesidades actuales de la Iglesia en los tiempos modernos». Ya anteriormente, dos grandes pontífices, León XIII y Pío XI, se expresaban en esta perspectiva:

«Cuando la Iglesia, en los tiempos cercanos a su origen, sufría la opresión del yugo de los Césares, la Cruz, aparecida en la altura a un joven emperador, fue simultáneamente signo y causa de la amplísima victoria lograda inmediatamente. Otro signo se ofrece hoy a nuestros ojos, faustísimo y divinísimo: el Sacratísimo Corazón de Jesús con la Cruz superpuesta, resplandeciendo entre llamas, con espléndido candor. En Él han de colocarse todas las esperanzas; en Él han de buscar y esperar la salvación de los hombres». (León XIII, *Annum Sacrum*)

«Pero “no se encogió la mano del Señor” en los tiempos más cercanos; especialmente cuando se introdujo y se difundió ampliamente aquel error del cual era de temer que en cierto modo secara las fuentes de la vida cristiana para los hombres, alejándolos del amor y del trato con Dios... así en los turbulentísimos tiempos de la moderna edad, serpeando la herejía jansenista, la más astuta de todas, enemiga del amor de Dios y de la piedad, que predicaba que no tanto ha de amarse a Dios como padre cuanto temérsele como implacable juez, el benignísimo Jesús mostró su corazón como bandera de paz y caridad desplegada sobre las gentes, asegurando cierta la victoria en el combate... pues en este faustísimo signo y en esta forma de devoción consiguiente, ¿no es verdad que se contiene la suma de toda la religión y aun la norma de vida más perfecta, como que más expeditamente conduce los ánimos a conocer íntimamente a Cristo Señor Nuestro, y los impulsa a amarlo más vehementemente, y a imitarlo con más eficacia?». (Pío XI, *Miserentissimus Redemptor*)

La recuperación de la humanidad de Jesucristo y de su Corazón como centro de la misma y sacramento del amor de Dios constituye el paso necesario para responder a la perversión de la revelación cristiana llevada a cabo en el interior de la Iglesia por el jansenismo y en el exterior de la misma por el iluminismo con su teísmo que degenera en ateísmo, panteísmo e idolatría.

En esta misma dirección apunta alguna intervención de Juan Pablo II como la que sigue:

«Es importante que en los fieles siga viva la sensibilidad ante el mensaje que brota de la fiesta litúrgica de la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús. En el Corazón de Cristo el amor de Dios salió al encuentro de la humanidad entera... Se trata de un mensaje que, en nuestros días, cobra una actualidad extraordinaria... Al final del siglo xx, parece ya superada la incredulidad de corte iluminista, que dominó durante mucho tiempo... El Corazón de Cristo es la sede universal de la comunión con Dios Padre, es la sede del Espíritu Santo. Para conocer a Dios es preciso conocer a Jesús y vivir en sintonía con su Corazón amando a Dios y al prójimo... La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, tal como se desarrolló en la Europa de hace siglos, fue la respuesta al rigorismo jansenista, que había acabado por desconocer la infinita misericordia de Dios. Hoy, a la humanidad reducida a una sola dimensión o, incluso, tentada de ceder a formas de nihilismo, si no teórico, por lo menos práctico, la devoción al Corazón de Jesús le ofrece una propuesta de auténtica y armoniosa plenitud en la perspectiva de la esperanza que no defrauda...». (Juan Pablo II, *Catequesis* 8 de junio de 1994).

2. Intento de recapitulación de las enseñanzas de «Haurietis aquas» y del conjunto del magisterio pontificio sobre el Sagrado Corazón de Jesús

EL culto y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús han generado en la Iglesia y en la vida de los fieles un movimiento de profunda renovación en la vida cristiana que siempre ha de hallar su centro en la persona de Jesucristo.

El culto y devoción al Sagrado Corazón de Jesús constituyen una auténtica recuperación del Cristo real, presente en su humanidad santísima, completa, con la cual nos alcanza concretamente su inmenso amor para cada uno de los hombres. Nos encontramos pues en el centro y plenitud de la vida cristiana.

Esta perspectiva de amor personal de correspondencia dentro del contexto de una religión de amor es imprescindible para entender con sentido católico el culto y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

El amor personal de Jesucristo por todos los hombres en general y por cada uno en particular no se llega a alcanzar sin el contacto con la mediación necesaria de su humanidad santísima que se condensa eminentemente en su corazón. Pío XII insiste oportunamente en estos fundamentos a lo largo de toda la *Haurietis aquas*.

En relación directa con la fundamentación de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús en el misterio del ser de Jesucristo, el papa Benedicto XVI enseñaba recientemente:

«Las raíces de esta devoción se hunden en el misterio de la Encarnación: precisamente a través del Corazón de Jesús se manifestó de manera sublime el Amor de Dios hacia la humanidad. Por este motivo, el auténtico culto al Sagrado Corazón mantiene toda su validez y atrae especialmente a las almas sedientas de la misericordia de Dios...».¹

La devoción al Sagrado Corazón se fundamenta igualmente en la doctrina católica sobre la redención, expresión suprema del amor de Cristo

EL Corazón de Jesús que veneramos es un corazón herido. Siempre tiene su herida, aunque ahora sea gloriosa y luminosa. El papa Pío XII, hablando de la herida del Corazón, como imagen al vivo de la caridad de Dios y de Cristo, nos ofrece una doctrina preciosa:

«...la herida del Sacratísimo Corazón de Jesús, pasado ya de esta vida mortal, constituye a través de los siglos la imagen al vivo de aquella caridad, con que de propia iniciativa dio Dios a su Unigénito para redimir a los hombres, y Cristo nos amó a todos tan ardientemente, que se inmoló a sí mismo en el Calvario...».

Pío XII, ya al final de la encíclica *Haurietis aquas*, se regocija con los frutos que para la Iglesia espera del culto al Sagrado Corazón siempre que este culto se entienda rectamente tal como lo ha propuesto y sea llevado a la práctica con diligente actuación.

Esta consideración final enlaza, a nuestro parecer, con unas consideraciones al inicio de la encíclica donde el Papa aborda la «desestima de algunos» por el culto al Sagrado Corazón. No hay ninguna duda que el Papa Pacelli se propuso revitalizar un movimiento fecundo a los cien años de que Pío IX extendiera la celebración de la fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús a toda la Iglesia universal. En este largo período de un siglo, junto a copiosos frutos había señales de crisis que convenía superar.

Uno de los peligros, denuncia el Papa, consiste en confundir o equiparar la naturaleza íntima del culto al Sagrado Corazón con las variadas y particulares prácticas de piedad que siempre son optativas, revisables y convenientes de renovación según las circunstancias.

Entendidos correctamente, la devoción y culto al Sagrado Corazón no sólo no resultan innecesarios para los militantes cristianos que se esfuerzan en trabajar con sus energías, recursos y tiempo en la defensa, enseñanza y propagación de la verdad católica e inculcar la doctrina social de la Iglesia, sino

que constituyen su más serio e imprescindible fundamento: la experiencia del amor personal y salvador de Dios que brota del Corazón de Cristo y que se convierte en fuente de agua viva para toda actividad cristiana personal o comunitaria.

Podemos pues y debemos hablar de una auténtica y de una falsa devoción al Sagrado Corazón, de manera semejante a como san Luis María Grignion de Montfort escribía con claridad sobre la verdadera y la falsa devoción a la Santísima Virgen María en su célebre *Tratado*.

De las enseñanzas de la encíclica se desprende que la verdadera devoción al Sagrado Corazón de Jesús debe estar totalmente centrada en Jesucristo, en el conocimiento cabal de su Persona y Evangelio y en la decisión de aceptar su amor y salvación personalmente. La devoción siempre es un movimiento de correspondencia, una respuesta a la iniciativa salvadora de Dios. *Nil volitum quin praecognitum*: no se puede ser verdaderamente devoto del Sagrado Corazón sin conocer Aquel a quien nos queremos entregar en un movimiento de amor de correspondencia. Así, la verdadera devoción y culto sólo resultan inteligibles en el conjunto de la totalidad de la vida cristiana, de su centro y fundamento que es Jesucristo. Pío XII habla particularmente de la cruz y la Eucaristía. El verdadero devoto del Sagrado Corazón conoce y estima la Santa Cruz, pues es el lugar donde se manifiesta por excelencia el Sagrado Corazón. La lanza del soldado abre aquel santuario de amor sobre el cual había reposado poco antes el discípulo amado y muestra su fuente íntima: su Corazón Sacratísimo. En una historia marcada por el mal y en una humanidad herida por el pecado, la cruz es la medida inimaginable del amor de Dios por los hombres significado en el costado abierto del Señor, ostensorio de su Sagrado Corazón. De él fluye agua y sangre, signos de la redención y los sacramentos. Y nuestra participación en la cruz es igualmente medida de nuestro verdadero amor.

El verdadero devoto del Sagrado Corazón es amante de la Eucaristía. El Corazón de Cristo es corazón de donde mana la Sagrada Eucaristía fruto del amor sin límites de Jesucristo y la Eucaristía, en su augusto misterio, contiene a Cristo en su totalidad, cuerpo, sangre, alma y divinidad y por, supuesto, su augusto corazón. De facto, el Corazón de Cristo, sólo está glorificado en el cielo y oculto pero presente en las especies eucarísticas en la tierra. No es casual que en las revelaciones a santa Margarita, que acontecen siempre en un contexto eucarístico, se incida poderosamente en la Eucaristía como recepción efectiva del Sagrado Corazón. La Santa escuchó de Nuestro Señor: «He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres y que de la mayor parte no recibe sino ingratitud, irreverencia y des-

1. Benedicto XVI, *Ángelus* 25-06-2006.

precio en este Sacramento de Amor». Palabras dignas de ser meditadas y que nos hacen ver que no podemos ser devotos del Sagrado Corazón ni corresponder al amor de Jesucristo sin una vida centrada en la Eucaristía. El Concilio Vaticano II lo dirá con estas palabras: la Eucaristía es la fuente y la cima (*fons et culmen*) de toda la vida cristiana. Advertimos así la poderosa capacidad de la devoción al Sagrado Corazón para revitalizar la vida eucarística de los fieles.

Pablo VI apuntaba a esta dimensión esencial de la devoción al Sagrado Corazón cuando decía:

«... en primer lugar deseamos que por medio de una más intensa participación en el Sacramento del Altar sea honrado el Corazón de Cristo, pues su mayor regalo es la Eucaristía. Porque en el Sacrificio eucarístico se inmola y se recibe a nuestro Salvador, *siempre vivo para interceder por nosotros* (Hebr 7,25), cuyo Corazón fue abierto por la lanza del soldado y derramó sobre el género humano el flujo de su Sangre preciosa, mezclada con agua; además, en este excelso Sacramento, vértice y centro de los demás sacramentos, *es gustada la dulzura espiritual en su misma fuente, y es recordada esa insigne caridad que Cristo demostró en su Pasión* (Santo Tomás, *Opusculum* 57)... Esta razón nos parece muy idónea para actuar de forma que el culto al Sagrado Corazón, que, lo decimos con dolor, se ha debilitado en algunos, florezca cada día más y sea considerado y reconocido por todos como una forma noble y digna de esa verdadera piedad hacia Cristo, que en nuestro tiempo, por obra del Concilio Vaticano II especialmente, se viene insistentemente pidiendo...». (Pablo VI, *Investigabiles divitias*, 6-7).

El verdadero devoto del Sagrado Corazón ama con el mismo amor de Jesucristo que el Espíritu Santo infunde en su corazón y, como su Señor, tiene entrañas de misericordia que le impulsan a amar a su prójimo sin excepción y con particular predilección a cuantos viven en la miseria sea material o espiritual. En esta misma perspectiva cabría ver la rica enseñanza contenida en toda la segunda parte de la encíclica *Deus caritas est* de Benedicto XVI. El amor del cristiano para con Dios y con su prójimo, la caridad infundida por el Espíritu Santo en nuestro corazón, ha de ser el atractivo más poderoso para conducir a los hombres al conocimiento del amor de Dios que mana del Corazón de Cristo.

Nos hallamos, pues, ante una «devoción» inclusiva de toda la vida cristiana, ante una devoción mayor por excelencia. Un reto importante para el Congreso Internacional recientemente celebrado es, sin duda, no sólo reflexionar sobre la riqueza insondable del Sagrado Corazón, sino también saber reproponerla de manera vigorosa y atractiva a nues-

tros tiempos. Las enseñanzas del magisterio pontificio a cuya riqueza nos hemos asomado pueden contribuir poderosamente a fecundar esta renovación que todos esperamos. Retomando unas palabras de Benedicto XVI hablando del auténtico culto al Sagrado Corazón tenemos la íntima convicción de que «el auténtico culto al Sagrado Corazón mantiene toda su validez y atrae especialmente a las almas sedientas de la misericordia de Dios, que en él encuentran la fuente inagotable, en la que pueden sacar el agua de la Vida, capaz de regar los desiertos del alma y de hacer que vuelva a florecer la esperanza» (Ángelus, 25 de junio de 2006).

Efectivamente, según estas enseñanzas magisteriales, proponer auténticamente la devoción y culto al Sagrado Corazón no es otra cosa que proponer el amor inconmensurable de Dios, rico en misericordia, que en Jesucristo nos ha demostrado cómo nos ha amado y nos sigue amando. Así por ejemplo, a nuestro parecer, y sobre todo en el magisterio de Juan Pablo II, toda la devoción a la Divina Misericordia no es más que una renovada presentación del contenido fundamental de la devoción al Sagrado Corazón. Sin percibir y vivir esta profunda verdad la fe cristiana resultaría tremendamente empobrecida, no llegaría a tocar y transformar el corazón del hombre y nos encontraríamos tristemente en una religión sin corazón, árida y difícil, por no decir imposible, de vivir.

Jesús puede pedirnos el corazón, toda nuestra vida y amor, porque Él nos lo ha dado previamente. Ante la petición del Señor sólo cabe la respuesta confiada del amor. Esta respuesta se llama «consagración» y es la expresión suprema de nuestra devoción y adoración. ¿Qué otra cosa puede ser la consagración si no la donación generosa en amor y adoración de la totalidad de nuestro ser con una pretensión clara de irrevocabilidad?

Respuesta generosa y decidida que nace de la experiencia personal del amor de Jesucristo, respuesta llena de adoración y de un amor sobreabundante que llamamos reparación, unión íntima y personal desde la oración y la vida a la Redención operada por Cristo.²

Tal vez la devoción y culto al Sagrado Corazón, en cuanto respuesta por nuestra parte, no consiste en otra cosa que en ofrecer generosamente a Jesucristo nuestro corazón, el centro mismo de nuestros afectos y de toda la vida, sabiéndonos agraciados, tocados personalmente y sensiblemente por el Amor de Dios que brota del Corazón de Cristo, fuente de

2. Sobre la consagración y reparación como elementos constitutivos de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús conviene recordar las siguientes palabras de Pío XI: «Mas, entre todo cuanto propiamente atañe al culto del Sacratísimo

la única agua viva que puede saciar la sed de infinitud y felicidad del corazón del hombre.

De *Haurietis aquas* a *Deus caritas est* se desprenden de un Magisterio admirablemente armónico cuyo hilo conductor es la necesidad de acoger el amor de Dios que brota del Corazón de Cristo e intentar corresponderlo y comunicarlo en el amor a Dios y al prójimo. En este sentido interpretamos las siguientes palabras de la carta de Benedicto XVI al preposición general de la Compañía de Jesús en el quincuagésimo aniversario de la encíclica *Haurietis aquas*:

«Al promover el culto al Corazón de Jesús, la encíclica *Haurietis aquas* exhortaba a los creyentes a abrirse al misterio de Dios y de su amor, dejándose transformar por él. Cincuenta años después, sigue en pie la tarea siempre actual de los cristianos de continuar profundizando en su relación con el corazón de Jesús para reavivar en sí mismos la fe en el amor salvífico de Dios, acogiéndolo cada vez mejor en su propia vida». (15 de mayo de 2006).

Un último aspecto que debemos apuntar y considerar brevemente. Toda esta experiencia, como el conjunto de la vida cristiana, tiene una dimensión netamente mariana. María, que ha recibido de Cristo la misión de la maternidad para con todos sus fieles, con su ejemplo, intercesión y mediación nos capacita para asimilar y vivir el significado de la verdadera devoción y culto al Sagrado Corazón. ¿Ha habido acaso un corazón como el de Ella que se haya consagrado y configurado al Corazón Sacratísimo de Jesús de manera tan eminente? Sólo el Corazón Inmaculado de María puede enseñarnos qué es ser devotos del Sagrado Corazón y vivir el espíritu de adoración, consagración y reparación que requiere. María misma es fruto del amor que late en el

Corazón, descuella la piadosa y memorable consagración con que nos ofrecemos al Corazón divino de Jesús, con todas nuestras cosas, reconociéndolas como recibidas de la eterna bondad de Dios. Después que nuestro Salvador, movido más que por su propio derecho, por su inmensa caridad para nosotros, enseñó a la inocentísima discípula de su Corazón, santa Margarita María, cuánto deseaba que los hombres le rindiesen este tributo de devoción, ella fue, con su maestro espiritual, el P. Claudio la Colombière, la primera en rendirlo. Siguiéron, andando el tiempo, los individuos particulares, después las familias privadas y las asociaciones y, finalmente, los magistrados, las ciudades y los reinos. Si lo primero y principal de la consagración es que al amor del Creador responda el amor de la criatura, síguese espontáneamente otro deber: el de compensar las injurias de algún modo inferidas al Amor increado, si fue desdeñado con el olvido o ultrajado con la ofensa. A este deber llamamos vulgarmente reparación...». (Pío XI, *Miserentissimus Redemptor*).

Sacratísimo Corazón de Jesús cuando permitió que Ella se asociara maternalmente a nuestra redención y nos la dio como Madre desde la cruz. En nuestros tiempos, cuando ha madurado extraordinariamente la reflexión de la Iglesia sobre la presencia y participación de María en la economía de la salvación, estamos llamados a seguir reflexionando y sacar ricas consecuencias de las palabras que la *Haurietis aquas* dedica a María:

«Y a fin de que el culto al augustísimo Corazón de Jesús rinda más copiosos provechos en la familia cristiana y aun en todo el género humano, procuren también los fieles unir a él estrechamente el culto del Corazón Inmaculado de la Madre de Dios. Porque habiendo Dios querido que, en la realización de la redención humana, la Santísima Virgen María estuviese inseparablemente unida a Cristo; tanto, que nuestra salvación es fruto de la caridad de Jesucristo y de sus padecimientos asociados íntimamente al amor y a los dolores de su Madre: por ello es cosa enteramente razonable que el pueblo cristiano, que ha recibido de Jesús la vida divina por medio de María, después de los debidos homenajes al Sacratísimo Corazón de Jesús, demuestre también al Corazón amantísimo de la Madre celestial los correspondientes sentimientos de piedad, amor, acción de gracias y reparación...».

Finalizo citando un párrafo de un excelente artículo de Ignacio M^a Azcoaga sobre la encíclica de Pío XII y el magisterio de la Iglesia:³ «A la vista de la profusión de doctrina de un papa tras otro, José María Petit Sullá⁴ decía que se pone de manifiesto que no se trata de la devoción de un determinado papa, o de una determinada época y concluía el artículo diciendo que no puede darse esta unanimidad sin la reiterada asistencia del Espíritu Santo... La clara e insistente enseñanza de los romanos pontífices, cuyo magisterio concuerda plenamente con las expresiones más vivas y auténticas de la verdad de la fe cristiana, católica, no consiente a nadie dudar sea desde el punto de vista dogmático, o del ascético-místico, del simbolismo del corazón físico de Jesucristo, respecto del amor increado, común a las tres divinas Personas, manifestándose en la creación y, sobre todo, en la redención del género humano».

3. Cf. «La encíclica *Haurietis aquas* y el magisterio de la Iglesia»: *Cristiandad* LXIII, 899-900 (2006) 5-6. Para el desarrollo del magisterio pontificio sobre el tema véase en el mismo número el artículo de Echave-Sustaeta, «El Corazón de Jesús quiso que fuera el beato Pío IX quien dispusiera que su fiesta se celebrara en toda la Iglesia»: *ibid.*, 14-18).

4. Sea esta cita también un homenaje a un gran devoto y estudioso del Sagrado Corazón, el doctor José María Petit Sullá, recientemente fallecido.

Icár, un alma de «aquella legión de almas pequeñas»

SANTIAGO ARELLANO LIBRADA, HNSSC

«... ¡Te suplico que escojas una legión de pequeñas víctimas dignas de tu AMOR...!»

(Santa Teresita)

Icár Ganuza era un alma de «aquella legión de almas pequeñas, instrumentos y víctimas del Amor Misericordioso de Dios, objeto de los deseos y las esperanzas de santa Teresita del Niño Jesús». Como se le presentaba al padre Orlandis, fundador de Schola Cordis Iesu, así a Icár, «conocedora de la realidad, profundamente desengañada de sus propias fuerzas y valer», Dios le fue dando «una comprensión íntima de la devoción genuina al Corazón de Jesús», le hizo estar llena de celo «de la salvación de las almas», y fue haciendo que pusiera «para su apostolado toda la confianza en la... devoción al Sagrado Corazón de Jesús».

Todo esto por misericordia del Corazón de Cristo que se enamora de quien quiere y hace maravillas con las almas que se saben débiles y confían en su Amor. Por eso hablar de Icár es cantar las Misericordias del Señor.

Icár nace el 18 de enero de 1983, en el seno de una familia de Schola Cordis Iesu, deseosa de transmitir a los hijos el tesoro recibido del padre Orlandis, a través de don Francisco Canals, abuelo materno de Icár. Ella misma se presentaba así en una carta que escribió al Santo Padre Benedicto XVI el día 26 de junio de 2006:

«Santo Padre. Me llamo Icár, soy una joven española de 23 años... Pertenezco a una familia numerosa, soy la sexta de doce hermanos. Mi familia es el mejor regalo que me ha dado Dios porque en ella me han transmitido la fe, el amor a María, al Sagrado Corazón y a la Iglesia. Pertenezco al grupo Schola Cordis Iesu, del Apostolado de la Oración... Santo Padre... Yo cada día en el ofrecimiento diario del Apostolado de la Oración y en el Rosario pido por Ud. y por la Iglesia. Muchísimas gracias, afectuosamente, Icár Ganuza Canals».

Icár muere santamente el día 4 de octubre de 2007, después de luchar durante año y medio con un cáncer.

Sus últimos días

«Sí, yo quiero pasar mi cielo haciendo el bien en la tierra» (santa Teresita).

Los últimos días de la vida de Icár en este mundo fueron muestra de la acción de Dios en ella, se mostraba muy palpablemente la caridad:

Una semana antes de morir, el 25 de septiembre, ella estaba ya muy débil, hablaba muy despacio, tenía continuos temblores, acababan de decirle que le quedaban pocos días de vida, y al preguntarle: ¿Quieres que les diga algo a la gente que está rezando por ti?, respondió: «No, creo que tengo todos los deberes hechos. Mi hermano Antonio agradeció de mi parte las oraciones de todos en JRC. Más adelante, tú les dices así: Icár se ha marchado, quería despedirse de cada uno y agradecer las oraciones a cada uno pero no era posible, así que me dijo que os dijera a todos que gracias por todo, y que desde el cielo pedirá por vosotros».

La última novena que habíamos hecho pidiendo su fortaleza y curación era al beato Pío IX. Ese mismo día bromeando decía: «Pío IX tenía muchos boletos para curarme, pero no ha sido así... lo mío está muy claro». Después con aire serio preguntó: «¿Cómo me preparo para esto?» Al escuchar la respuesta de que todos estos meses con la oración y los sacramentos ya le habían servido de preparación y que ahora tenía que pensar qué les iba a decir a Jesús y a María cuando se encontrase con ellos en el cielo, ella contestó sonriendo: «Claro, claro». ¿Estas tranquila interiormente?: «Sí, muy tranquila. Lo ofrezco todo. Hago varios ofrecimientos al día, la oración de las tres [de la divina Misericordia] y el rosario. Me gustaría ser más cariñosa con el Señor, con la Virgen, con mi familia, con los médicos y enfermeras, con la gente que viene a verme...». En ese momento se echó a llorar, viendo que no podía, pues estaba físicamente agotada. Eran los deseos del Amor de Dios que ya estaba viviendo y del amor del prójimo que era palpable. Cuando venía alguien intentaba sonreírle, quitarse importancia y preguntar qué tal él. Si venía una novia preguntaba por su no-

vio, si una mamá embarazada por su embarazo... «¿Qué tal tu trabajo?», «¿cómo estás?»... Olvidada de sí misma, decía: «*Lo mío va a ser rápido, pienso en esos pobres enfermos que están 20 años así como estoy yo... ¡pobrecillos!*»...

El día 1 de octubre, día de santa Teresita, le pregunté: «¿Estás bien? «*Sí, si no es por la fatiga, estoy bien, tengo paz*». Ese mismo día se confesó, con mucho fervor, totalmente consciente y con mucha paz y recibió la comunión que cada día le administraban en la clínica.

No quería hacer sufrir a nadie, días antes había dicho: «*Yo me quiero ir al cielo, si no fuera por Julen [su novio] y por mi familia, lo que más me hace sufrir es verles sufrir a ellos. Cuando ellos están delante intento no llorar para que no sufran más... De todas formas, sigo pidiéndole a Dios que me cure, aunque estoy convencida de que Él me quiere allí*». Ella notaba el dolor de su familia por la despedida. Por eso se entiende su alegría cuando ese lunes día 1 de octubre dijo: «*¡Qué bien! Miguel [su hermano] me ha dicho que se alegra de que me vaya al cielo. Me lo dijo ayer en una conversación*».

Al día siguiente, día de los Santos Ángeles le pregunté: «¿Quieres confesarte?». Respondió tranquila y sonriente: «*Siempre va bien ¿no?... Ahora ya cada día...*». Se confesó consciente y al final se quedó mirando al crucifijo, lo señaló y dijo: «*Mira, qué piadoso*». ¿Lo miras mucho? «*Sí*», dijo. ¿Te ayuda? «*Sí, mucho*». Te vamos a administrar la unción. Ella dijo: «*Es la tercera vez*». Como diciendo: a la tercera va la vencida. Y después dijo: «*No sé cuánto tiempo me queda*». No te preocupes, lo que Dios quiera y Él está contigo. Rodeada de la familia recibió la unción, después rezamos juntos el Padrenuestro, el Avemaría. Tras esto recibió la comunión, consciente de que era anticipo del cielo y ella iba repitiendo: «*Te quiero, Jesús*», «*Gracias, Jesús*», «*Ayúdame, Jesús*», «*Te ofrezco mi vida, Jesús*». En ese momento se despistó, se le fue un momento la cabeza, luego vio a su hermano Pello y se acordó de Teresa, su esposa (embarazada de gemelas), y de Lucía (sobrina de Icíar) y preguntó por las niñas. Pello le enseñó una foto de Lucía y sonrió. Después, al preguntar por Teresa, ella se acercó y puso la mano para sentir a las niñas en el vientre materno y también sonrió.

Recibió la bendición papal con indulgencia plenaria con el crucifijo grande de su cuarto que ella tanto había mirado. Antes ella besó el crucifijo, primero en los pies, después en el rostro. Tras la bendición volvió a darle un beso en el rostro. Este sería de los últimos gestos conscientes que se le vio hacer; poco a poco fue perdiendo la cabeza. Esa tarde Icíar, inquieta físicamente, ya no respondía ni con la palabra ni con gestos, aunque parece que sí se enteraba. Con los ojos entreabiertos pero sin fijar la

mirada, fue escuchando los cantos al Corazón de Jesús y a la Virgen, las letanías, jaculatorias y las oraciones que su familia y amigos le dirigían. Así pasó todo el día 3 de octubre hasta las cuatro de la madrugada del día 4 en que su alma fue al encuentro de Cristo Misericordia.

Una chica normal

«*Soy demasiado pequeña para subir la dura escalera de la perfección*» (santa Teresita).

Los que la habéis conocido sabéis que Icíar era una chica muy normal, simpática, buena, alegre, bromista, inteligente, seria en sus estudios de historia y con una gran fe recibida de la familia que poco a poco iba creciendo en ella. Pero, a la vez, no estaba exenta de las tentaciones y vanidades de este mundo nuestro, con defectos y miserias. Ella misma ha sido siempre consciente de su debilidad. Decía: «*No soy una santa, he hecho tonterías en mi vida*». Al principio de la enfermedad, les decía a los médicos que si podían pincharle una vez en lugar de dos que lo hicieran y se quejaba cuando tardaban los resultados de las pruebas... vamos, algo normal. En los últimos meses, en una conversación con una amiga, a través del Messenger, hablaba Icíar de la santidad.

—Amiga: Lo se... la santidad es lo primero, Icíar, pero es que tu puedes enseñarnos tanto de la Misericordia divina si el Señor te mantiene con nosotros... pienso si te hace o no daño que te diga estas cosas.

—«*Igual es mejor que no hablemos de esto porque te vas a pensar que soy buena y soy una petarda cualquiera, sólo que me toca pensar más, pues muchas veces las conversaciones de este tipo te llevan a vanidad. De esto se habla con el director espiritual*».

Cuando el 28 de mayo pasado le dieron la mala noticia de que no había arreglo, porque crecía el tumor en los pulmones y se extendía en el cráneo, dijo: «*Tengo paz, acepto lo que Dios quiera... me viene muchas veces a la cabeza la canción que se ha hecho con la frase de santa Teresita: Lo que agrada a Dios de mi pequeña alma es que ame mi pequeñez y mi pobreza, es la confianza ciega que tengo en su misericordia*». Pedía muchas veces que le pusieran esta canción y era descanso para su alma.

Al contarle la eficacia de su ofrenda en muchas personas que se estaban ofreciendo, y muchas personas que estaban rezando las novenas, personas que antes no rezaban nunca, se alegraba mucho pero también decía: «*¡Qué vergüenza!, todos rezando por mí. Como si yo fuera protagonista*». Al responderle que el que quedaba bien en todo esto era Dios, ella se alegró y dijo: «*Ah, entonces sí*».

Al hablarle del milagro de Juan Pablo II al padre de un amigo sacerdote dijo bromeando: «Como yo soy muy amiga de la Madre Teresa de Calcuta, de Juan Pablo II y de santa Teresita, a mí se me van a aparecer los tres. Esta noche me iré a acostar pronto y ya os contaré si aparecen», y se reía. Luego dijo ya en serio: «Yo no me considero de la clase de personas a las que le puede suceder un milagro, porque yo tuve miedo de ofrecerme al Señor, cuando en Lisieux sentí aquel abrazo tan fuerte de Dios».

Dios fue haciendo su obra en Iciar

«Sentí un gran deseo de trabajar por la conversión de los pecadores» (santa Teresita, 25-XII-1886).

Iciar, ya con 19 años empezó a sentir un gran deseo de que los que le rodeaban conociesen y amasen más al Señor, y le pedía al Señor por ellos, y se ofrecía. Con esta preocupación de la salvación de los que Dios le había dado, fue hace dos años a la peregrinación a Colonia, al encuentro con el Papa. Al regresar de allí, la peregrinación pasó por Lisieux, lugar donde vivió y murió santa Teresita. Iciar, muy vinculada a esta santa, a su doctrina y a su vida (providencialmente muere en la octava de santa Teresita, habiendo vivido como ella 24 años), entra en la basílica y se ofrece muy especialmente a Dios rezando el acto de ofrenda al Amor Misericordioso.

«Para vivir en un acto de perfecto amor, me ofrezco como víctima de holocausto a vuestro Amor Misericordioso, suplicándoos que me consumáis sin cesar, dejando desbordar, en mi alma, las olas de ternura infinita que tenéis encerradas en Vos y que, de ese modo, me convierta en mártir de vuestro amor, ¡oh, Dios mío!» (santa Teresita, 9 de junio de 1895).

Tras esto ella recibió una consolación muy fuerte que dio sentido sobrenatural a toda su ofrenda. La semana antes de morir, a la pregunta de si se acordaba de lo que ocurrió en Lisieux respondió: «Sí, perfectamente: el Señor me hizo arder por dentro, con un fuego muy intenso, dándome mucha paz. Recuerdo que cuando lo sentí pensé que Dios me iba a pedir algo muy grande, me dio mucha alegría y le dije que sí. Después me dio miedo y le pedí que me diera tiempo. Ya me ha dado tiempo, dos años... No me arrepiento de haberme ofrecido».

«Llamo consolación cuando en el alma se causa alguna moción interior, con la cual viene el alma a inflamarse en amor de su Criador y Señor... Asimismo cuando lanza lágrimas motivadas a amor de su

Señor... derechamente ordenadas en su servicio y alabanza; finalmente, llamo consolación todo aumento de esperanza, fe y caridad y toda alegría interna que llama y atrae a las cosas celestiales y a la propia salud de su ánima, quietándola y pacificándola en su Criador y Señor» (san Ignacio de Loyola-Ejercicios Espirituales 316).

«No, yo no me arrepiento de haberme entregado al Amor» (santa Teresita, Últimas conversaciones).

Al poco de recibir esta gracia ella sintió miedo, y aunque le repetía: «No soy mía, soy tuya y haz con lo tuyo lo que quieras», se moría de miedo y se agobiaba pensando en la entrega de su vida, que tendría que dejar a su novio, a su familia y hacerse religiosa... y así estuvo mucho tiempo sin tener paz, hasta que en mayo de 2006 le diagnosticaron el cáncer y entonces dijo: «Antes de esto no tenía paz y ahora tengo una paz y una alegría interior inmensa porque estoy segura de que estoy haciendo lo que Dios quiere». Dios le pedía desprenderse de su novio y de su familia, pero de otra manera. Cuando entendió la voluntad de Dios, la aceptó con la fuerza que venía del mismo Dios.

DIOS LE FUE DANDO SU FORTALEZA

«A mi me hizo fuerte y valerosa, me revistió de sus armas» (santa Teresita, 25 - XII-1886).

Estando ya avanzada la enfermedad, decía: «Dicen que Dios te lleva en brazos en los momentos difíciles, pero a mi me parece que me lleva en coche y contándome chistes de lo feliz que soy... Vaya tontería te acabo de decir, ya me perdonarás, pero es que ya no son horas...» (Correo electrónico del día 16 de junio 2007 a las 12:56 de la noche; no podía dormir). El don de Fortaleza se manifestó mucho, especialmente en los últimos días, por la paz que ella tenía ante todo lo que iba ocurriendo. Esa fortaleza y paz la transmitía ella a todo el que se acercaba.

DIOS LE LLENÓ DE CONFIANZA EN ÉL

«La confianza, y nada más que la confianza, puede conducirnos al amor» (santa Teresita).

Estuvo hablando de su tumor y su metástasis en los pulmones. Decía: «Antes de saber lo de la metástasis aún confiaba en la solución médica, pero ahora ya sólo me queda confiar en Dios. Por otra parte, es Dios el que me ha concedido tener una vida tan feliz... por eso tiene que comprender que ahora me cueste tanto dejarla y que le pida que no

sea así, que quiero seguir con mi familia, realizar un futuro con mi novio Julen... Pero estoy ofrecida a lo que Dios quiera» (16 de junio de 2006 a las 4 de la tarde).

DIOS LE HIZO ACEPTAR SU VOLUNTAD

«Procuro no preocuparme ya de mi misma en nada y dejar en sus manos lo que Él quiera obrar en mi alma».

(Santa Teresita, carta 244 al abate Bellière -21-VI-1897).

Poco a poco, su voluntad se iba uniendo cada vez más a la del Señor. En agosto del año pasado decía en el encuentro nacional de Juventud en Pamplona: «Lo normal es que yo hubiese estado con vosotros de voluntaria... pero Dios me ha pedido otra cosa: [...] un tumor, un cáncer». En febrero de este año a los jóvenes que iban de peregrinación a Fátima les mandó una carta diciendo: «Por favor, pedid también por mí a nuestra madre, nuestra Señora de Fátima, para que me cure y otro año vuelva con vosotros a verla o para que me ayude a ser fuerte y me reciba en el cielo».

A los amigos más cercanos les iba comunicando el estado de su enfermedad. Así el 1 de junio de 2007, a los que rezaban por ella les decía: «Como veis, seguiremos luchando con todos los medios que el Señor nos ponga en nuestras manos, pero más que nada seguiremos confiando en su Misericordia. Cielo, enfermedad larga o curación, lo que Él disponga será lo mejor y ahora más que nunca nos sentimos totalmente abandonados en su Corazón». Y el 30 de agosto en una conversación decía: «Si Dios me cura quiero ser santa y hacer cosas por Él y por los demás, y si no me cura y me toca ir al cielo desde allí seguiré pidiendo por todos vosotros».

QUERER LO QUE DIOS QUIERA

Este querer lo que Dios quiera se muestra en una conversación que tuvo el pasado 15 de marzo (2007) con una amiga suya a través del chat. Hablaban:

–Icár: [*¿qué tal*] tu novio?

–Amiga: Mi novio muy bien, pero... Icár... hemos pasado una temporada muy mala.

–Icár: *¿Y ya mejor?*

–Amiga: Bueno... se supone... pero no sé, Icár... lo he rezado mucho... y es que es muy largo... pero tenemos que ver si Dios nos quiere juntos o no...

–Icár: *Yo también he tenido que rezar mucho lo de Julen.*

–Amiga: Te entiendo mucho. ¿Y cómo has conseguido verlo? ¿Con el tiempo o por una gracia del

Señor?

–Icár: «Rezando mucho, ofreciendo muchos sacrificios por él y sobre todo poniéndolo en manos del Señor. Dile: lo que Tú quieras, y si no quieres esto ayúdame».

–Amiga: Vale... seguiré ese modo. Ya se lo digo, sólo quiero hacer lo que Él quiera. Me está dando muchos comederos de cabeza.

–Icár: *Es difícil porque yo ahora tengo que querer estar enferma. Pero sólo eso te da paz.*

–Amiga: ya... tu situación es muy difícil. ¿Cómo es eso de que tienes que querer estar enferma?

–Icár: *Si Dios me quiere enferma pues tengo que querer lo que Él quiera. Pero tiene truco: le pido que me quiera sana.*

–Amiga: ¡Ja, ja!! ¡Qué graciosa eres!... Es muy difícil lo que vives, pero tienes la suerte de vivirlo a Su lado. Me encantaría que sigas siendo tan fuerte como eres.

–Icár: *Espero que Dios me siga ayudando.*

–Amiga: Sí... claro que va a seguir... ¿Sientes mucho Su ayuda, Icár? ¿Le sientes cerca o te cuesta?

–Icár: *Pues sí, y no es de broma, soy súper feliz.*

–Amiga: ¡Qué suerte!... ¡Cómo me alegra leer eso! Eso es envidiable... y, ¿qué sientes?

–Icár: *No sé, es que toda la vida me ha bendecido, tengo de todo lo importante: mucho amor y fe, no me da miedo morir.*

–Amiga: ¿No te da miedo?

–Icár: *No, me da pena dejarle a Julen solito. Cuando pensé en dejarlo, Dios me dio fuerzas y me recordó: «¿qué tienes tú que no hayas recibido?». Sentía que Dios me quería con él y que tenía que aprender a confiar. Sí, ahora me toca confiar en que si me muero Dios le puede hacer feliz sin mí... la vida son continuas pruebas de confianza.*

–Amiga: Ya... eso es difícil... ¿Tu piensas que sanarás, Icár?

–Icár: *Si Dios quiere mañana estoy curada. Si no, será para bien. Aunque me da una pena [enorme]. Quiero vivir, pero prefiero irme al cielo ahora con 24 que luego apartarme de Dios. No me vale de nada la salud si no me vale para crecer en santidad.*

[...]

–Icár: *Tú mucho ánimo. Irás viendo en la oración. Tú, si ves que Dios te da paz con lo de tu novio, confía... sino, confía en que dejarlo es lo mejor aunque sufráis. Soy fría porque no le conozco, lo siento, se que lo estarás pasando mal...*

DIOS LE ENSEÑÓ A OFRECERSE CON ÉL

«Sí, me doy cuenta, más que nunca, de que Jesús está sediento. Entre los discípulos del mundo, sólo encuentra ingratos e indiferentes, y entre sus

propios discípulos, ¡qué pocos corazones encuentran que se entreguen a Él sin reservas, que comprendan toda la ternura de su amor infinito!» (santa Teresita)

Jesús le fue uniendo a sí: «*Me quedo muchos ratos mirando a la cruz que hay en mi habitación y esto me ayuda*». Ante esa cruz, que señalaba en cada cambio de habitación, es ante la que recobraba sentido todo. De ella recibía la fuerza para decir: «*Cada pinchazo, cada momento en que se me pinzaban nervios en la pierna... lo ofrezco por una persona, o por una intención*» (Icía, 16 de junio de 2006).

El 5 de agosto del 2006, ya con la metástasis en los pulmones, decía en la catedral de Pamplona ante cientos de jóvenes: «*Hemos de darnos cuenta de que tenemos mucha suerte de tener fe, pues ésta nos hace tener la esperanza en el cielo, entender que estamos aquí de paso y que tenemos que vivir mirando al cielo y eso te ayuda a llevar la enfermedad (como cualquier cruz que toca sufrir). Doy gracias a Dios que me ha dado la fe y a mi familia que me la ha transmitido [...]*

El sentido de esto: Como Jesús nos salvó por medio de la Cruz así nosotros podemos ofrecer los sufrimientos, yo los ofrezco por un montón de cosas. La gente me dice: reza por tal, o por cual, y yo los ofrezco por eso y Dios te escucha, es muy grande que Dios, que lo puede todo, se valga de nosotros que somos tan poca cosa, tan inútiles, para ofrecer cualquier cosa: las amas de casa, su trabajo; los estudiantes, el suyo; yo que estoy enferma, lo mío...» [aquí se emocionó] «*y de verdad se ve que da resultado. Dios coge esas cosas y hace pequeños milagros. Gente por la que yo rezo, amigos ateos de la universidad que han ido a poner una vela a la Virgen, o gente que no sabía rezar y que está rezando, hay tantas cosas por las que rezar: por la paz, por los pecadores, por la Iglesia, por los sacerdotes... y saber que con el día a día a Dios ya le vale, tenemos mucha suerte*».

«*Yo le pido al Señor que me cure, no quiero que parezca que me quiero morir, quiero curarme y se lo pido con lágrimas, y a la Virgen, pero que también son momentos de prueba en los que uno dice: ¿pero Dios me quiere y me hace esto?... , pero hay que entender que los momentos duros son cosas que Dios nos manda por nuestro bien y que aunque no lo entendamos... ¡que confiéis en Dios! Yo nunca había dudado de Su Amor, siempre había tenido todo lo que había querido. He tenido amigos buenísimos, una familia buena, un novio bueno, nunca me había faltado de nada... y no vale estar seguro del Amor de Dios en las cosas buenas, y en las malas no. Supongo que Él entiende*

que dudemos en las cosas malas, pero tenemos que confiar, la Virgen nos ayuda y Él nos va dando fuerzas cada día, Él nos ayuda» (5 de agosto del 2006).

Icía tenía tan asumido el sentido del sufrimiento, que hasta bromeaba sobre ello. Le decía a su hermano seminarista, riéndose: «*Vamos a hacer prácticas... Yo soy una chica que me estoy muriendo de cáncer y te pregunto: ¿cómo puede ser que Dios sea bueno y me quiera si me trata así?... A ver, contesta*».

Antonio, su hermano seminarista, le decía: «*Vamos, Icía, no hagas eso...*», como diciendo: «*no juegues con eso...*». Ella, riéndose, respondía: «*Tienes que estudiar más... je, je, je*». Ella tenía resuelto este tema uniéndose a Cristo en la Cruz.

Un día me envió por correo electrónico un poemilla que había encontrado y que desde entonces rezaba. Lo introducía así: «*Te mando la oración que me ha gustado tanto y que suelo hacer, y el nombre de la autora no es conocido, pero no me la he inventado, ¿eh?*».

«Si para que yo te alcance
y me concedas tu AMOR
tienes que entrarme en tu Noche,
aquí me tienes, Señor.
Si para que el mundo sepa
que Tú estás en el dolor
tienes que inmolar mi cuerpo,
aquí me tienes, Señor.
Si para que el hombre vea
tu paternal protección
tienes que dejarme sola:
aquí me tienes, Señor.
Siempre me has hecho dichosa
me has dado tu comprensión
has enjugado mis lágrimas,
concedido tu perdón.
Hoy, después de tantos años
sólo tengo esta ambición:
decirte sinceramente
«aquí me tienes, Señor». Amén.

Mercedes Fernández del Pino

LE HIZO APÓSTOL DE LA PALABRA Y DEL SUFRIMIENTO

«*Tengo la vocación de apóstol... quisiera ser misionero... mártir...*» (santa Teresita).

En aquella carta que escribió a los jóvenes camino a Fátima les decía: «*Estaré estos días ofreciendo mi enfermedad por cada uno de vosotros, para que descubráis el Amor que Cristo y María nos tienen, que es lo que a mí me da la fuerza cada día para seguir*

luchando y es lo que a vosotros os mantendrá en pie cuando lleguen momentos de sufrimiento».

Icár tenía gran cariño a la Virgen María, rezaba siempre el rosario en familia, llevaba siempre el escapulario de la Virgen del Carmen y le gustaba mucho peregrinar a sus santuarios: Icár, Lourdes, Fátima... Con pena de no poder ir con ellos esta vez les exhortaba: *«No dejéis de mirar a María, aprovechar bien estos días para descubrirla por primera vez o de nuevo, ella os llevará a Jesús y cuando volváis a casa intentad mantener lo que habéis vivido aquí rezando cada día un ratito e intentando evitar aquellas cosas que os alejen de Dios y que os quitarán la paz y la alegría que solo Dios te da»* (febrero de 2007).

Olvidada totalmente de sí, se preocupaba por la fe de los que rezaban por ella: *«Me preocupa la gente que no teniendo mucha fe, está pidiendo por mí y haciendo las novenas pidiendo para mi fortaleza y curación. Me alegro que las hagan pero pienso que si no me curo, igual es contraproducente y dejan de rezar. No se dan cuenta de que aunque no me cure Dios me está dando mucha fuerza para llevar todo esto, y eso también lo están pidiendo, y es un gran milagro que Dios me conceda».* (28 de mayo de 2007).

«Os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca» (Jn 15, 16).

«Después de mi muerte, haré caer una lluvia de rosas» (santa Teresita).

Son muchos los frutos que hemos ido viendo a lo largo de estos meses de ofrenda de Icár, y los seguimos viendo ahora. Muy especialmente frutos de santidad y de crecimiento interior. Son muchos los que viendo la entrega de Icár han recibido gracia interior y han perdido el miedo a entregarse de verdad.

Lo que hemos visto de Icár nos habla a todos de la acción de Dios en un alma pequeña, que se olvida de sí misma para confiar totalmente en Él y es capaz de vivir con paz y convirtiendo en ofrenda de amor lo que a los ojos del mundo es una tragedia.

Icár es fruto de la gracia misericordiosa del Corazón de Cristo y nos habla de que haciéndonos pequeños, humildes y confiando en Dios, todos podemos llegar a la santidad, al amor pleno de caridad.

Ojalá que hoy todos pasemos a ser, ante Dios, una de esas *«almas pequeñas, instrumentos y víctimas del amor misericordioso de Dios»* que conscientes de nuestra *«pobreza»* y con *«una esperanza ciega en su misericordia»* le digamos, llenos de Amor al Señor, como tantas veces le decía Icár: *«no soy mío, soy tuyo y haz con lo tuyo lo que quieras».*

Él estará con nosotros todos los días dándonos su fuerza y su paz, y podremos cantar llenos de alegría aquí y en el cielo: *«Dad gracias al Señor porque es bueno, por que es eterna su Misericordia».*



Santa Teresa del Niño Jesús

Ha muerto Itziar Ganuza Canals

FRANCISCO CANALS VIDAL

A una edad muy juvenil, casi idéntica a aquella con que murió santa Teresita del Niño Jesús, ha terminado su vida una joven rodeada, en su familia y en sus ambientes escolares, por un espíritu carmelitano descalzo, muy conscientemente análogo al de santa Teresita de Lisieux. Su abuelo materno, Francisco Canals Vidal, siente la necesidad de expresar algunos sentimientos que han acompañado a esta joven en su vida y en su muerte.

Muy naturalmente, como algo que formaba parte de su vida, esta jovencita estaba integrada, casi como en una familia, en el grupo que soñó el jesuita Ramón Orlandis que surgiría en torno al espíritu y al modo de ser familiar y cultural de Santa Teresita, y que él llamó Schola Cordis Iesu.

Esta nieta nuestra, con la que, por razones geográficas, he tenido pocas ocasiones de hablar, pero con la que me he sentido siempre en íntima unión, era una chica de gran talento y muy «divertida».

La normalidad alegre era su rasgo personal; una normalidad y alegría vividas en un noviazgo que iba a frustrarse con la quiebra de su salud. Itziar, no obstante, para todos los que la conocimos y quisimos, colmó una vida alegre y graciosa: la de una pareja optimista y que superaba una enfermedad que acabaría cortando su vida en plena juventud, aunque sin perder nunca las dimensiones de ilusión y alegría que la habían caracterizado siempre.

Sugiero a los lectores que oren a la Santísima

Virgen bajo la advocación de Nuestra Señora de Itziar, y pidan a Dios por todo aquello que nuestra nieta deseó con fervor.

Itziar fue caracterizada por su padre por su «normalidad». Intelectualmente de mucho talento, y espiritualmente muy fervorosa, vivió una vida de normal entusiasmo y habitual diligencia. Alegre y feliz, supo sufrir con tranquila normalidad las difíciles circunstancias de su salud, que fue empeorando hasta su muerte, la cual ha afligido a todos los que la queríamos, a la vez que nos ha dado a todos un verdadero ejemplo de paz y de alegría.

Yo, como abuelo, siento que no la podré olvidar nunca, y que su recuerdo es una de las dimensiones de mi vida enriquecida por los dones hechos a tantas personas por la jovencita Teresita de Lisieux, la doctora de la Iglesia Teresa del Niño Jesús. Itziar, desde su «normalidad» cotidiana y alegre, habrá enriquecido también a sus hermanos y a todos sus amigos.

Y como no creo que se pueda decir más acerca de una vida muy femenina y muy filial, termino estas palabras dando gracias a Dios por haberla enriquecido con dones de gracia y de naturaleza, hasta hacer de ella alguien inolvidable para cuantos sentimos por ella un amor profundo que ha llenado nuestra vida y nos ha dejado el recuerdo imborrable que estamos seguros de compartir con cuantos tuvieron la dicha de sentirse partícipes de su familia de espíritu y «de casa».

La infancia espiritual y el patrocinio de la normalidad

El espíritu de infancia espiritual tiene que ser por definición entendido desde la pequeñez de lo normal y desde la normalidad de lo humano. No es una singularidad, ni pertenece a una dimensión de lo extraordinario o de lo grandioso. Cualquier intelección que quisiese captar la infancia espiritual desde la genialidad de algo infrecuente y extraordinario erraría el camino evangélico para hallarla, que es el de la sencillez y cotidianidad de lo pequeño y sencillo.

La doctora de la Iglesia Teresita del Niño Jesús nunca pretendió enseñar un camino de infancia que viniese a mostrar algo «nuevo» u «original» en la vida cristiana. El camino de infancia es el camino sencillo y ordinario de que el Evangelio habla como propio de los cristianos en cuanto que sólo podremos acertar en las vías del Señor por los caminos

que él nos ha señalado, los caminos de la pequeñez y de la infancia.

Sólo si tomamos con seriedad la advertencia evangélica «si no os hicieseis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos» entraremos por los caminos que no son ni los de la singularidad genial ni los de una «infantilización» que fuese un esfuerzo psicológico originario y romántico. Lo que evangélicamente se nos sugiere por Cristo con el lenguaje del «hacerse como niños» no puede ser más sencillo, ni puede ser más vecino ni más cercano a la infancia verdadera y humana.

El camino de santa Teresita no es una excepcionalidad, una especial profundidad del mensaje espiritual de la Santa. La Santita de Lisieux mucho menos es una opcionalidad o un modo particu-

lar de entrar por los caminos de la infancia espiritual. Todo lo evangélico es simplicísimo y es insustituible. No es algo optativo, que se nos proponga como un camino de sutil profundidad o de esfuerzo psicológico especial. Se trata de entender lo indispensable: «Si no os hicieris como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos».

El padre Orlandis no cultivaba la espiritualidad de Lisieux como un especial camino de profundidad o de sutileza. Se sentía llamado a invitar a cuantos se ponían a su alcance para ser por él dirigidos a hacer caer en la cuenta de esta pequeñez e infancia que es camino único de la santidad a que todos somos llamados.

Esta joven que ha muerto ahora, si ha brillado excepcionalmente ha sido porque comprendió y ayudó a comprender a sus familiares y amigos



Nuestra Señora de Itziar

la normalidad de lo pequeño e infantil, que define el camino evangélico de la infancia espiritual. No es una excepción heroica, es el camino evangélico único que se nos propone para entrar por él en el Reino de los Cielos. Por esto Itziar ha sido ejemplo de normalidad, de alegría sencilla, de esperanza en Dios, que pudo haberles llevado, por un noviazgo feliz, a la plenitud matrimonial, pero que quiso llevarles a los dos a una inmolación abnegada en que tuviesen que renunciar a aquello a lo que parecían destinados, para ofrecerse ante Dios a un misterioso y heroico cumplimiento de su divina voluntad en la renuncia. Dios así lo dispuso. Pero Itziar y cuantos la queríamos hemos sido llamados a vivir en la felicidad de la conformidad con la voluntad divina. Para todos nosotros, Itziar será inolvidable y llenará de felicidad nuestro corazón.

OCTUBRE. MES DEL ROSARIO

María, modelo de contemplación

La contemplación de Cristo tiene en María su *modelo insuperable*. El rostro del Hijo le pertenece de un modo especial. Ha sido en su vientre donde se ha formado, tomando también de Ella una semejanza humana que evoca una intimidad espiritual ciertamente más grande aún. Nadie se ha dedicado con la asiduidad de María a la contemplación del rostro de Cristo. Los ojos de su corazón se concentran de algún modo en Él ya en la Anunciación, cuando lo concibe por obra del Espíritu Santo; en los meses sucesivos empieza a sentir su presencia y a imaginar sus rasgos. Cuando por fin lo da a luz en Belén, sus ojos se vuelven también tiernamente sobre el rostro del Hijo, cuando lo «envolvió en pañales y le acostó en un pesebre» (Lc 2, 7).

Desde entonces su mirada, siempre llena de adoración y asombro, no se apartará jamás de Él. Será a veces *una mirada interrogadora*, como en

el episodio de su extravío en el templo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?» (Lc 2,48); será en todo caso *una mirada penetrante*, capaz de leer en lo íntimo de Jesús, hasta percibir sus sentimientos escondidos y presentir sus decisiones, como en Caná (cf. Jn 2,5); otras veces será *una mirada dolorida*, sobre todo bajo la cruz, donde todavía será, en cierto sentido, la mirada de la «parturienta», ya que María no se limitará a compartir la pasión y la muerte del Unigénito, sino que acogerá al nuevo hijo en el discípulo predilecto confiado a ella (cf. Jn 19,26-27); en la mañana de Pascua será *una mirada radiante* por la alegría de la resurrección y, por fin, *una mirada ardorosa* por la efusión del Espíritu en el día de Pentecostés (cf. Hch 1, 14).

JUAN PABLO II:
Rosarium Virginis Mariae

La «infancia espiritual» en el centro de la espiritualidad del Sagrado Corazón

GERARDO MANRESA PRESAS

La esencia de la vida cristiana

Dice santa Margarita M^a de Alacoque en la 3^a carta de Avignon, al padre Croiset:¹

«[Jesús] me hizo ver esta devoción como uno de los últimos esfuerzos de su amor para con los hombres, a fin de que, poniéndolos a plena luz en un cuadro particular su Divino Corazón, traspasado de amor por su salvación, pueda asegurar su salud eterna y no dejar perecer a ninguno de aquellos que le estén consagrados.»

El amor misericordioso del Corazón de Jesús, expresado en esta devoción, que los romanos pontífices han llamado *la esencia de la vida cristiana*, es una devoción que no puede acabar nunca, puesto que este Amor es y será eterno y yerran aquellos que dicen que esta devoción ya no es de nuestro tiempo. Lo que sí puede ocurrir es que a través del tiempo se vaya conociendo mejor y se vayan descubriendo cosas que al principio no quedaban tan patentes y luego se van haciendo más claras.

En esta comunicación se pretende poner de manifiesto que esto es así y que el camino de infancia espiritual que santa Teresita hizo florecer en la Iglesia estaba ya oculto en la devoción al Sagrado Corazón que el mismo Jesús dio a conocer en las revelaciones de Paray-le-Monial. Para ello tomaremos las afirmaciones de dos personas que conocían muy bien tanto la devoción del Sagrado Corazón como el camino de infancia espiritual de la santa de Lisieux. Dichas personas son sor Inés de Jesús y el P. Ramón Orlandis, S.J.

La declaración de la Madre Inés de Jesús, su hermana Paulina

Sor Inés de Jesús, la confidente más íntima e importante de la santa, declara en su proceso de beatificación:

«Deseo la beatificación de sor Teresa del Niño

1. J. M. Sáenz de Tejada, *Vida y obras de Santa Margarita María de Alacoque*, Bilbao, Mensajero, 1958. Carta 132, pag . 443.

Jesús porque estoy cada vez más persuadida de que fue escogida por Dios para dar a conocer en la tierra el amor paternal que Él tiene a sus criaturas y su deseo de ser pagado en cambio con un amor tierno y filial de parte de éstos. Los santos canonizados por la Iglesia no fueron, en su mayoría, grandes lumbreras ni grandes ejemplares sino para algunos; no recibieron la misión de arrastrar a todos los hombres a su imitación: se ha presentado su vida demasiado sobrehumana. Son almas grandes, a quienes solo las almas grandes pueden imitar. Pero las almas grandes son raras; mientras que el número de las pequeñas almas, de las que han de caminar por un camino común y enteramente de fe, es inmenso; también ellos son llamados a la perfección por Nuestro Señor: «Sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto.».

Por lo tanto a pesar de todo lo grande que es, el Padre celestial es imitable. Lo hemos visto en la sencillez de vida de Jesús.

¿Porqué, pues, ha sido tan poco comprendido? Creo que la causa es el orgullo de los hombres. Quieren hacer grandes cosas o no quieren hacer nada.

Nuestra Teresita lo comprendió bien. Y, para emplear su lenguaje, «se introdujo con maña» en las profundidades del Corazón de Dios para arrancarle sus secretos de perfección y de amor, y revelarlos luego a la tierra. Vio allí lo que esperaba ver: un abismo de sencillez y de amor despreciado.

Entonces su corazón se abrió ampliamente, y pidió al Señor muchos otros corazones para que recibiesen estas luces y estas divinas llamas destinadas al mundo y rechazadas por él.

Su petición va a ser escuchada

Hay aquí abajo pequeñas almas, pero aisladas en la Iglesia. Ellas presienten estas cosas pero no se atreven a creerlas bastante. Las vidas de Jesús y María les atraen, pero estos divinos resplandores las deslumbran también. Esperan, por decirlo así, a la «pequeña Teresa», a este guía puesto a su alcance, a este nuevo esfuerzo de la bondad de Dios para atraerlas al amor a través de la humildad y del más confiado abandono.

Los pecadores también se aprovecharán de estos sublimes descubrimientos y encontrarán en ellos su salvación.

Un alma, víctima de amor, que se llamó «el he-

raldo de la *Reinécita*», una de las más esclarecidas que yo he conocido, escribía: «Sí, la doctrina de Teresa es una misericordia que completa la de las revelaciones del Sagrado Corazón. Teresa es el ángel que viene a consolar al mundo frío y envejecido».²

Estas declaraciones de sor Inés de Jesús en el proceso apostólico de beatificación de la Santita de Lisieux, en 1915, nos muestran que, a su parecer, el camino de la infancia espiritual aparece a consecuencia de las revelaciones del Sagrado Corazón.

El escrito del padre Orlandis «Pensamientos y ocurrencias»

El P. Ramón Orlandis, S. J., fundador de Schola Cordis Iesu de Barcelona, sección del Apostolado de la Oración, y director diocesano de la misma, escribió en 1934 un artículo titulado «Pensamientos y ocurrencias»,³ decía que desde «hace cosa de diez años», es decir en 1924, un año antes de la canonización de la santa de Lisieux, tenía la convicción de que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús tenía como tres etapas.

La primera etapa es la de Paray; es la manifestación al mundo del Sagrado Corazón, de sus íntimos pensamientos, afectos y designios y de los tesoros de gracias, de santificación y salvación que encierra y quiere derramar sobre los hombres; es la petición de parte de Jesús de un especial culto y devoción, que se tenga y se tribute a su corazón de hombre y a su corazón de Dios.

Esta primera manifestación es por cierto muy atractiva, alentadora y llena de amor, pero en los escritos de santa Margarita María aparece como sobre un fondo de austeridad y aparente dureza; es una revelación de Dios en su *Santidad de Amor* y *Santidad de Justicia*, que mal entendida puede dar ocasión a que las almas débiles y enfermizas de nuestros días se arredren y queden dudosas y perplejas (...)

La segunda etapa considero yo que la marcan los escritos y las empresas del P. Enrique Ramière. Los escritos: *Apostolado de la Oración*, *Esperanzas de la Iglesia*, *Reinado social de Jesucristo*, *Divinización del cristiano*, etc; las empresas: *Apostolado de la Oración* y *Liga del Corazón de Jesús*, *Mensajeros del Sagrado Corazón* y *Consagración individual y social al Corazón de Jesús*. (...) Todos los escritos y todas las obras del P. Ramière no son sino un desarrollo de lo que ya en germen se contenía en los es-

critos de santa Margarita María. (...) El sistema (de ciencia espiritual del P. Ramière) puede reducirse a pocas verdades fundamentales, que son el primero, el Corazón de Jesús es el centro de la vida cristiana y espiritual, por ser fuente y origen de todas las gracias y dones que Dios hace al hombre, de todos los beneficios que le otorga en orden a su santificación y divinización; el segundo, el Corazón de Jesús es principio único y verdaderamente eficaz de toda restauración y renovación social en el reinado de su Amor.»

(...)

En la forma que tiene santa Margarita María de proponer la devoción al Corazón de Jesús y aún en su mismo estilo, hay un no se qué de heroísmo y austeridad, que bien podría ser que arredrara a no pocas almas enfermizas y pusilánimes de nuestros días.

En los libros del P. Ramière se encierra una tal luz y profundidad de doctrina, que bien pudiera no estar al alcance de no pocas inteligencias débiles, de no pocos espíritus anémicos y apocados.»

A estas almas pobres y débiles, miopes y enfermizas, quiere que llegue también su llamamiento misericordioso el bondadoso Corazón de Jesús, que invita a su banquete a los ciegos, cojos, etc., y les sana como Médico divino. Como mensajera de sus misericordias inefables con estas almas débiles y pequeñas envía el misericordioso Jesús a santa Teresita, para que reciban aliento, luz y confianza los pobres enfermos de espíritu, tal vez menospreciados o desahuciados de sus maestros y médicos.»

Todo el fondo de santa austeridad y severidad de santa Margarita María, toda la elevación y profundidad de doctrina de anhelos y esperanzas del P. Ramière, podrá descubrir en los breves y fragmentarios escritos de la santita de Lisieux quien lea una y otra vez sus palabras humilde y amorosamente. Mas, reparte ella sus enseñanzas y exhortaciones como envueltas y empapadas en su sonrisa angelical, que es de tal sencillez y agrado, que parece un reflejo viviente sensible de la ternura del Corazón de Jesús para con los pequeñuelos. Por otra parte sus enseñanzas van propuestas con tan sencilla llaneza y claridad transparente, que no hay espíritu, por poca cosa que sea que no pueda hallar allí su alimento acomodado, luz que le guíe y no le ciegue. Y así son incontables las almas, antes decaídas y acobardadas, que atraídas y alentadas por el atractivo celestial de la santa y lo consolador de su doctrina, han cobrado alientos increíbles para subir por el *ascensor* de la humilde y suave confianza hasta la más elevada cumbre del amor de sacrificio; desde el humilde y sencillo sentimiento de su nada y de su impotencia, por el camino de la *infancia espiritual*, sembrado de rosas con espinas, hasta la entrega eficaz, perfecta y absoluta de sí al Amor Misericordioso del Corazón de Jesús.

La determinación con que estas dos personas, ya incluso antes de la canonización de santa

2. Las carmelitas de Lisieux, *La «Madrecita» de santa Teresa de Lisieux, Madre Inés de Jesús*. Burgos, Monte Carmelo, 1954, pág. 122-124.

3. *Cristiandad*, núm. 269, junio 1955, pág. 200.

Teresita, vieron la íntima relación entre la doctrina de la santa, la infancia espiritual, y la devoción al Corazón de Jesús presentada por santa Margarita María de Alacoque nos ha movido a buscar en los escritos de esta última el fundamento de dichas afirmaciones.

Las diferencias en los escritos de santa Margarita y santa Teresita

Hemos de afirmar que tanto en los escritos de santa Margarita María como en los de la santa de Lisieux, las iniciativas son siempre del Señor, pero así como en el caso de santa Teresita ella habla de estas iniciativas como inspiraciones de su corazón, pues el Señor así se lo hacía sentir, en santa Margarita María estas iniciativas son expresadas siempre por boca de Jesús mismo en sus contactos místicos, por lo tanto nuestra misión será buscar en los escritos de santa Margarita lo que nos conduzca a encontrar los fundamentos de la *infancia espiritual* de santa Teresita.

Aunque no soy teólogo, creo tener razón al decir que la aparente austeridad y dureza en los escritos de santa Margarita son debidas a su situación mística. En una de sus apariciones Jesús toma el corazón de Margarita María y lo introduce en el suyo volviéndolo a introducirlo en ella y desde entonces la santa tiene un profundo dolor en su corazón. Podemos decir que desde entonces la santa conoce lo que es el pecado, en cuanto un hombre lo puede conocer, y siente la maldad del mismo en su máximo grado, y se recrimina a sí misma, a pesar de que hace todo lo que le pide el Señor, de que su colaboración es poca y, aún, de su actitud «negativa», dice ella, con Jesús para su reparación. Se puede afirmar que lo que siente la santa es, en realidad, el dolor que causa el pecado y que Jesús se lo quiso hacer sentir para que todos conociéramos lo que es propiamente el pecado. Sin embargo Jesús se apareció a santa Margarita María, principalmente, no para eso sino para que conociéramos lo que es el Amor Misericordioso de su Corazón y para ello pidió la institución de una fiesta y prometió las promesas y que reinaría sobre sus enemigos.

Quiero con ello afirmar, que la dureza y austeridad que aparecen en los escritos de santa Margarita María, es el reflejo de lo que la santa siente y piensa cuando el Sagrado Corazón la quiere a ella para aplacar su *santidad de justicia*, herida por los pecadores que no corresponden a su amor y lo que «le hacía precipitarse e inmolarse para sufrir las penas de los condenados».

Los consejos de san Claudio y santa Margarita María a sus dirigidos

Cuando la discípula del Corazón de Jesús distribuye las enseñanzas recibidas de su Maestro a otras almas, dichos consejos están exentos de toda la dureza y austeridad, que ella se reserva para sí misma y en ningún caso las transmite a otras personas.

Como ejemplo primero y fundamental están los escritos del discípulo amado de su Corazón, siervo fiel y perfecto amigo, san Claudio la Colombière, el cual, según palabras de Jesús a santa Margarita «te enseñaré a conocerme y abandonarte a mí». En primer lugar tomamos como ejemplo de los que decimos al santo jesuita, pues como el mismo Jesús le dijo, los dos corazones están unidos en el Sagrado Corazón y así sus enseñanzas han de ser consideradas iguales.

Quisiéramos aportar dos textos, el primero de ellos, muy conocido, es su Acto de Confianza, que no lo transcribiremos, pero del que quisiera resaltar que no es casi ni una oración, que sí lo es, sino es recordar a Dios, como Padre, que estamos dormidos en sus brazos y que estamos seguros que nunca nos dejará, aunque seamos grandes pecadores, pues tenemos toda nuestra confianza depositada en Él.

El segundo texto es una carta escrita a una religiosa de Paray, desde Londres, en 1677:

¿Sabe lo que me serviría para despertar mi confianza si estuviera tan cerca de dar cuenta a Dios como lo está usted, según me dicen? Sería precisamente el número y magnitud de mis pecados. He aquí una confianza verdaderamente digna de Dios, que lejos de dejarse abatir a la vista de sus faltas se fortalece, al contrario, con la infinita que tiene la bondad de su Creador. La confianza que inspira la inocencia y la pureza de vida no da, según me parece, muy grande gloria a Dios, porque salvar un alma santa que nunca lo ha ofendido, ¿es acaso todo lo que puede hacer la misericordia de nuestro Dios?

Lo cierto es que, de todas las confianzas, la que más honra al Señor es la de un pecador insigne que está tan persuadido de la misericordia infinita de Dios, que todos sus pecados le parecen como un átomo en presencia de esa misericordia.

(...) He aquí la disposición con que deseo que entregue su alma en manos de Jesucristo; que aunque supiera usted infaliblemente que viviendo un día por su propia voluntad iría derecha al cielo y estaría colocada muy por encima de los serafines, preferiría morir por voluntad de Dios e ir a satisfacer a su justicia en el purgatorio hasta el fin del mundo. Sí, Dios mío, es necesario que se cumpla tu voluntad, es lo único que importa. Que muera tarde o temprano, de una enfermedad u otra, enteramente purificada o no, me importa poco, con tal que muera en el momento, de la enfermedad y en el estado de perfección que quiera Nuestro Señor. Trate, hija mía,

de morir con ese espíritu de verdadera víctima; arrójese a ciegas en el seno de Dios y espero que no ha de perder a un alma que no confía sino en Él y que se entrega a Él sin reserva.»⁴

Santa Margarita María guía y aconseja a las personas que le piden consejo en su forma de vivir esta espiritualidad con toda dulzura y caridad.

En una nota a una novicia le dice:

Mucho me alegro de que Nuestro Señor os invite a abandonaros toda a Él, como un niño en los brazos de su buen Padre, que es todopoderoso, para estorbar que se pierda. Aplíquese, pues, estas palabras: «Si no os hacéis como niños pequeñitos, no entraréis en el reino de los cielos.» Y creo que para vos el hacer os pequeña consiste en la humildad de corazón y en la sencillez de espíritu. Me parece que por estas dos virtudes llegaréis a la perfección que Dios pide de vos.

La primera os tendrá toda anonadada en un perfecto olvido y desprecio de vos misma, recibiendo de buena gana y como venidas de la mano de vuestro buen Padre las humillaciones y contradicciones que encontréis, sin entrometeros a mirar causas segundas. Mirad a su Corazón amoroso, que no permitirá jamás a su mano adorable que ejecute nada respecto de vos, sino para su gloria y vuestra santificación. Por lo mismo que os ama, os proporcionará a menudo modo de crucificaros, sea por las criaturas, sea por vos misma. Pero de cualquier manera que sea, no opongáis más que vuestro silencio y sumisión, diciendo: «Es mi Padre celestial quien lo ha hecho, ¡esto me basta!»

Y para esto hay que hacer un completo y perfecto sacrificio a Dios de vuestra propia voluntad, el jueves, después de la Sagrada Comunión, por un verdadero abandono de todo lo que sois, sin reservaros

ya ningún goce, pidiéndole perdón por el mal uso que habéis hecho de vuestro libre albedrío.⁵

No se puede dudar que estas recomendaciones tanto del san Claudio como de la santa discípula del Sagrado Corazón, parecen escritos por la santa de Lisieux, pues nada falta en él que no permita a las almas que los lean tomar el «ascensor» que los pueda conducir rápidamente al más alto grado de santidad.

Consideración final

No es extraño que ello sea así, pues tanto Margarita María de Alacoque como Teresa de Lisieux, tuvieron únicamente a Jesús como Maestro y Director Espiritual y, no es de extrañar, que, aunque en situaciones de espíritu claramente diferentes, pues mientras Margarita María gozaba siempre de la presencia del Señor, Teresita tuvo que soportar densas nieblas de espíritu, en el fondo el Señor quería llevarlas a las dos como un padre lleva al más pequeño e indefenso de sus hijos en sus brazos.

El Sagrado Corazón quiso que durante doscientos años se instituyese la fiesta que había pedido, se desarrollase esta devoción cuyo nombre han tomado tantas congregaciones religiosas, se crease el Apostolado de la Oración, que permitió que por todo el mundo se conociera el Amor de su Corazón, pero nadie más que la pequeña Teresa fue lo suficiente audaz para, como dice su hermana Paulina, «introducirse con maña en las intimidades del Corazón de Dios» y sacar a relucir este maravilloso camino de la *infancia espiritual*.

4. Juan Manuel Igartua, *Escritos espirituales del beato Claudio de la Colombière, S. J.*, Bilbao, Mensajero, 1958, Carta 72, pág. 293-294.

5. J. M. Sáenz de Tejada, *Vida y obras de santa Margarita María de Alacoque*, Bilbao, Mensajero, 1958. Avisos particulares, pág. 508-509.

OCTUBRE, MES DEL ROSARIO

«¡Mujer, ahí tienes a tu hijo!»

Numerosos signos muestran cómo la Santísima Virgen ejerce también hoy, precisamente a través de esta oración, aquella solicitud materna para con todos los hijos de la Iglesia que el Redentor, poco antes de morir, le confió en la persona del discípulo predilecto: «¡Mujer, ahí tienes a tu hijo!» (Jn 19,26). Son conocidas las distintas circunstancias en las que la Madre de Cristo, entre el siglo XIX y XX, ha hecho de algún modo notar su presencia y su voz para exhortar al Pue-

blo de Dios a recurrir a esta forma de oración contemplativa. Deseo en particular recordar, por la incisiva influencia que conservan en la vida de los cristianos y por el acreditado reconocimiento recibido de la Iglesia, las apariciones de Lourdes y Fátima, cuyos santuarios son meta de numerosos peregrinos, en busca de consuelo y de esperanza.

JUAN PABLO II:
Rosarium Virginis Mariae

Los últimos cinco meses de la vida de Jesús

RAMÓN GELPÍ SABATER
www.christusregnat.com

LA vida pública de Jesús, desde el bautismo en el Jordán, hasta su muerte y Resurrección, duró aproximadamente unos tres años. Esto se sabe principalmente por los datos temporales que, con mucha precisión, aporta el evangelista san Juan. En efecto, es san Juan el que describe en su momento, los desplazamientos pascuales de Jesús acompañado por sus discípulos, y esto permite situar la narración evangélica en el tiempo. Naturalmente, en los evangelios no está «toda» la vida pública de Cristo, y por tanto lo que sabemos de ella, como ya hemos dicho, es lo que Dios ha querido que podamos conocer. Salta a la vista que de los tres años de predicación de Jesús, la narración de los dos primeros es bastante limitada, según se desprende del «espacio narrativo» entre la Pascua del primer año y la del segundo.

Así el primer año Jesús expulsa a los mercaderes, habla con Nicodemo y realiza un corto periplo por la Judea. El segundo año al acudir al Templo, cura a un paralítico en la piscina Probática, y es al tercer año cuando instituye la Eucaristía y es crucificado. Este último viaje a Jerusalén es narrado de forma más detallada, no sólo por la trascendencia de su finalidad, ya que se consuma la Redención, sino también porque se inicia cinco meses antes de la Pascua, con ocasión de la fiesta llamada de los Tabernáculos.

De esta fiesta, que marca el momento en el que Jesús abandona Galilea para evangelizar la Judea, y predicar en los atrios del Templo de Jerusalén, sólo habla san Juan. Lógicamente ello tiene su concordancia con los otros tres evangelistas, que no dicen cuando, pero sí indican que, en un momento dado abandona Galilea para dirigirse a Jerusalén.

(Lc 9, 51) «51 Cumpliéndose ya los días de su salida de este mundo, tomó Jesús la firme resolución de encaminarse a Jerusalén».

(Jn 7, 2) «2 Se acercaba la fiesta judía de los Tabernáculos;»

Esta fiesta se celebraba hacia finales de septiembre, coincidiendo con la vendimia y la recolección de las últimas cosechas.

Los galileos iban a Jerusalén normalmente por Pascua. De hecho, Jesús, que ya sabemos que iba con sus padres desde pequeño (Lc 2, 40), va también por dicha fiesta, acompañado por sus discípulos. Este viaje, que ya hemos descrito en otras ocasiones, debía durar unos cinco o seis días, y lógicamente los peregrinos se incorporaban a las caravanas habituales en la época. No obstante, no debía de ser extraño entre los galileos ir también a la fiesta de los Tabernáculos. Así se entiende en el texto, en el que los parientes de Jesús van, y le insisten para que vaya con ellos.

* * *

3 Sus hermanos –parientes– le rogaron: Sal de aquí y vete a Judea, para que también aquellos discípulos tuyos vean las obras que haces,

4 porque nadie que pretende darse a conocer realiza estas obras en privado. Puesto que haces tales cosas, date a conocer al mundo.

5 Ni sus hermanos creían en Él.

6 Díjoles Jesús: Mi hora aún no ha llegado; sin embargo, para vosotros siempre es tiempo propicio.

7 A vosotros no puede el mundo odiaros; a Mí sí me odia, porque Yo declaro de él que sus obras son malas.

8 Vosotros subís a la fiesta. Yo no subo a esta fiesta porque aún no ha llegado mi hora.

9 Y dicho esto, se quedó en Galilea.

10 Pero después que ascendieran sus hermanos, Él también se puso en camino para ir a la fiesta, no manifestamente sino oculto. (Jn 7, 3 - 10)

* * *

Como se ve, Jesús va, pero no con la «expedición» donde van sus parientes, irá más tarde con sus discípulos, de quienes había dicho: «... Estos

son mi madre y mis hermanos ...» (Mt 12, 48) y asistirá a la solemnidad del último día, para quedarse ya en Jerusalén.

Estos cinco meses desde la fiesta de los Tabernáculos hasta la Pascua, son narrados con mucho detalle por los cuatro evangelistas y constituyen el núcleo principal de la evangelización en Judea. Muchas de las enseñanzas de Jesús, ya conocidas por la predicación en Galilea, vuelven a aparecer. Es esto particularmente notable en san Lucas, pero no solamente en él. En la concordancia de los evangelios se observa que estos cinco meses suman un texto narrativo casi tan extenso como los otros dos años y medio de la vida pública de Jesús.

¿Y qué hace Jesús en Judea? No es fácil resumirlo en este espacio, pero podemos hacer una breve sinopsis:

– Jesús va a la fiesta de los Tabernáculos, hacia el final, y tiene una importante diatriba con escribas y fariseos. Luego se queda algún tiempo en Jerusalén, pernoctando en el monte de los Olivos (y alguna vez, sin duda, en Betania).

– Salva de morir apedreada a una mujer adúltera, arrepentida. Pretendían, los fariseos, poner en contraposición la Ley y la misericordia.

– Cura a un ciego en Jerusalén. Uno de los episodios más vívidos y sensibles de la narración de san Juan (Jn 9, 1 - 41)

– Predica por los alrededores de Jerusalén y repite, en cierto modo, el Sermón de la Montaña a los judíos que se van sumando a la multitud de sus discípulos, mientras recorren pueblos y aldeas.

– Entre finales de diciembre y primeros de enero (el mes judío de *casleu*) Jesús vuelve a Jerusalén, a la fiesta de la Dedicación del Templo. Será entonces, cuando en sus atrios dará a los judíos la expresión más clara de su divinidad: «... *el Padre y Yo somos Uno ...*» (Jn 10, 30)

– Luego se desplaza a Perea, al otro lado del Jordán, donde san Juan había estado bautizando. Estando allí intensifica sus enseñanzas, y explica las parábolas más importantes: la del «hijo pródigo» y la del «rico –Epulón– y el pobre Lázaro», y otras como «la oveja perdida» o «el mayordomo infiel».

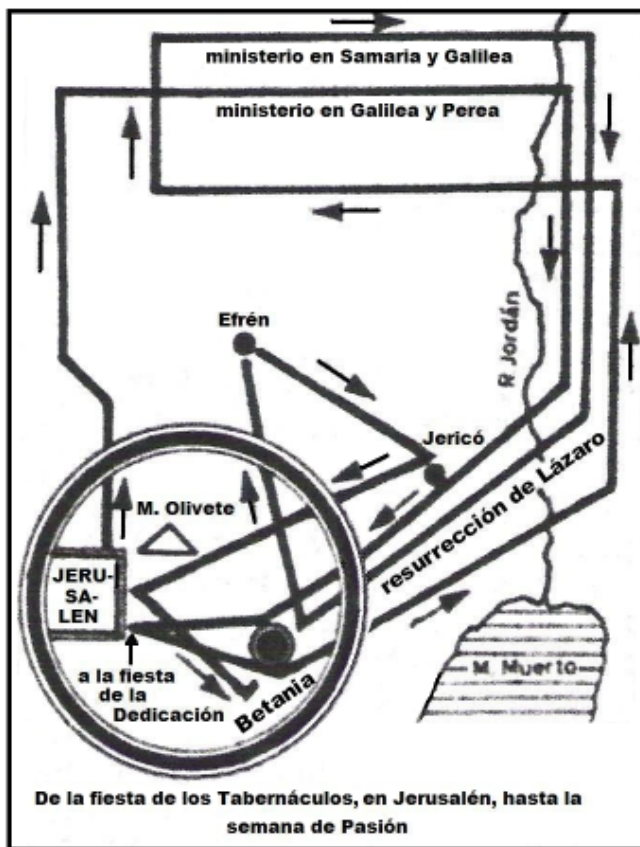
– Le mandan aviso de que Lázaro de Betania está enfermo, pero sigue algunos días más en Perea.

– Va a Betania, habiendo muerto Lázaro, y estando enterrado cuatro días. Le resucita ante gran número de personas.

– El sumo sacerdote Caifás, alarmado por el milagro, decreta la muerte de Jesús, que decide retirarse a Efrén, al norte de Judea.

– Acercándose la fiesta de la Pascua, vuelve Jesús a encaminarse a Jerusalén, descendiendo una vez más por el valle del Jordán, y sigue instruyendo a los cada vez más numerosos seguidores.

– Pasa por Jericó. Se convierte Zaqueo, que le sigue; y cura a dos ciegos (o tal vez tres, según la



concordancia) que le siguen también dando gracias a Dios.

– Al llegar a Betania celebran la resurrección de Lázaro con un banquete en casa de un tal «Simón el Leproso», estando las hermanas de Lázaro. María unge y perfuma a Jesús, como había hecho la mujer pecadora de Galilea, causando escándalo en Judas, que ya había decidido la traición.

– Después entra en Jerusalén de forma triunfal. Es el episodio conocido como el «Domingo de Ramos».

– Se inicia la semana de la Pasión, que culminará con la institución de la Eucaristía, y el prendimiento, crucifixión y muerte de nuestro Señor en el Gólgota, donde consuma nuestra Redención.

Estos son, en síntesis, los hechos principales de los últimos cinco meses de la vida de Jesús que relatan los evangelios. Naturalmente no podemos entrar en los detalles de la Pasión, cuya narración es aún más minuciosa, ni de los cuarenta días que transcurrieron entre la Resurrección y la Ascensión.

Hay que observar que no era la primera vez que Jesús llevaba a cabo su misión en Judea; de hecho, después de la entrevista con Nicodemo que tuvo lugar en la primera Pascua, se fue al norte de Jerusalén con sus discípulos, que bautizaban como lo hacía Juan. No se sabe cuanto tiempo duró esta predicación, pero se volvió a Galilea para no «competir» con el Bautista, que «preparaba los caminos del Señor», precisamente en Judea y Perea.

1 Pero cuando conoció Jesús que los fariseos habían sabido que Él reunía más discípulos, y bautizaba más que Juan,

2 aunque Jesús no bautizaba, sino sus discípulos,

3 dejó la Judea y partió nuevamente hacia Galilea. (Jn 4, 1-3)

Jesús quiso que fuera Juan, al menos hasta que fue encarcelado y posteriormente decapitado, el que se ocupara de Judea, mientras Él evangelizaba Galilea; y con ella la gentilidad del norte, por el camino de Damasco y, por la costa, hasta Tiro y Sidón. Es decir, la predicación de Jesús no era alternativa, sino complementaria de la misión de Juan.

Dios quiso que cuando Jesús aún vivía en Nazaret, trabajando en el taller de su padre, san Juan Bautista hubiera ya comenzado a promover el bautismo de penitencia y arrepentimiento. La misión de Juan duró seguramente bastante más que la predicación de Jesús, por esto Él llegó en el momento preciso, y dedicó la mayor parte de sus tres años de vida pública a la región de Galilea, dejando para el final, desaparecido ya el Bautista, la región de Judea en la que iba a dar su vida por todos los hombres, judíos y gentiles.

Si se mira con los ojos de la fe, y sin los prejuicios de que adolecen frecuentemente algunos escrituristas, la vida pública de Jesús tiene una lógica y una verosimilitud fuera de toda duda. Incluso si se analiza con criterios de eficacia, también es evidente que la misión evangelizadora de nuestro Señor transcurre de la mejor forma posible. ¡Cómo iba



«La resurrección de Lázaro» (tabla del coro de la catedral de Jaén).

a ser de otra manera, siendo Jesús el Hijo de Dios hecho hombre! Pero ahí está el quid de la cuestión: la verdad evangélica es la piedra de escándalo de los que relativizan la narración.

La familia que reza unida, permanece unida

El Santo Rosario, por antigua tradición, es una oración que se presta particularmente para reunir a la familia. Contemplando a Jesús, cada uno de sus miembros recupera también la capacidad de volverse a mirar a los ojos, para comunicar, solidarizarse, perdonarse recíprocamente y comenzar de nuevo con un pacto de amor renovado por el Espíritu de Dios.

Muchos problemas de las familias contemporáneas, especialmente en las sociedades económicamente más desarrolladas, derivan de una creciente dificultad para comunicarse. No se consigue estar juntos y a veces los raros momentos de reunión quedan

absorbidos por las imágenes de un televisor. Volver a rezar el Rosario en familia significa introducir en la vida cotidiana otras imágenes muy distintas, las del misterio que salva: la imagen del Redentor, la imagen de su Madre santísima. La familia que reza unida el Rosario reproduce un poco el clima de la casa de Nazaret: Jesús está en el centro, se comparten con Él alegrías y dolores, se ponen en sus manos las necesidades y proyectos, se obtienen de Él la esperanza y la fuerza para el camino.

JUAN PABLO II:
Rosarium Virginis Mariae



Pequeñas lecciones de historia

Hermano Gárate: «Que haciendo lo que a cada uno toca todo bien resulta»

GERARDO MANRESA

Los que tenemos ya una cierta edad, recordamos que, junto con la revista de *El Mensajero del Corazón de Jesús* se recibía una hojita titulada *Los favores del Hno. Gárate*.

Beatificado por Juan Pablo II en 1985, se celebra ahora el 150 aniversario de su nacimiento. En la revista *Jesuitas* de primavera de 2007 ha aparecido el resumen de su vida, redactada por él mismo.

«Me llamo Blas Francisco María Gárate Aranguren. JHS. Nací el día 3 de febrero de 1857, el segundo de siete hermanos, en el caserío de Errekarte muy cerca y a la sombra casi de la casa en la que nació S. Ignacio de Loyola.

»Así fue que me pusieron de nombre el del santo del día, que fue de S. Blas y, por más patronos, los de mis padres, Francisco y María; aunque en casa siempre me llamaron Praisku, para distinguirme de Patxi, como nombraban a mi padre. A leer y escribir y cuentas aprendí, primero, en el caserío mismo, como era de costumbre en el valle, con un pupilo al que se le daba, a cambio, hospedaje y comida; luego con un sacerdote de la vecindad y, desde los nueve a los catorce años con el maestro D. Leoncio, de la escuela municipal de Azpeitia, persona de mucho bien.

»Por la gracia de Dios, mis padres cristianos fueron de siempre muy de la Iglesia y piadosos, de los que aprendí buenas devociones, como el santo rosario que rezábamos cada día juntos en casa; el vía crucis en cuaresma y el mes de María, a más de las misas en Loyola y la Misa Mayor en la parroquia de Azpeitia, los domingos. Bien me acuerdo de que el día empezaba en mi familia con el *Ave María Purísima* y, a la noche, terminaba con la bendición de aita y ama, haciéndoles nosotros los hijos, la señal de la cruz en la mano y besándosela. Eran de mucho ejemplo en todo y de muchas caridades con los pobres, que para ellos tenían dispuesta una pieza de la casa, la *agure ataria* (portal de los viejos), para acomodar allí a los que venían pidiendo limosna y no tenían donde guarecerse en la noche.

»En Errekarte trabajando estuve con mis padres hasta los catorce años de edad, que muchas manos pedía el cuidar del rebaño de ovejas, las vacas, y las tierras de labrar, y así fue que todos, en todo ayudando estábamos, según adelantábamos en edad.

»En el año 1871 fui a servir al colegio de Orduña (Vizcaya), *criadito* ayudando en la enfermería, y aprendiendo muchas cosas con la buena compañía de los jesuitas y las instrucciones que nos daban. Allí, con el trato con los estudiantes, me iba soltando en castellano, venciendo la timidez que tenía de natural, pues que en otro lugar y con personas traté, de los que no sabía en mi valle. Y lo más señalado, que empecé a pensar en

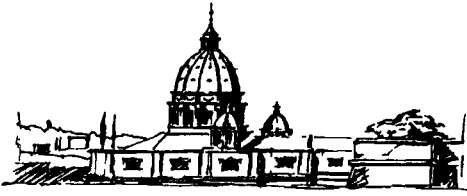
ser jesuita, por el deseo que tenía de servir a Nuestro Señor, y me lo pensé muy despacio durante este tiempo que estuve en Orduña, hasta que fui admitido en la Compañía el 2 de febrero de 1874, un día antes de cumplir los diez y siete años. Y tuvo que ser esto, por necesidad, en el noviciado de Poyanne de la Francia, por estar prohibidos los jesuitas por aquel tiempo en España, por las muchas revoluciones y banderías que hubo. Y fue así que hice mis votos primeros de jesuita el dos de febrero de 1876.

»Pasado un año después de que hice mis votos del Noviciado, que fueron un día antes de cumplir los diez y nueve años, fui destinado por la santa obediencia al colegio de La Guardia (Pontevedra), fundado para estudiantes de bachillerato, preparación de carreras especiales, y para seminario de seminaristas pobres, del que nacieron con el tiempo la Pontificia Universidad de Comillas y la de Deusto. De La Guardia lo que más me acuerdo es de la alegría, que bien me dura, de mis últimos votos de jesuita: *Yo, Francisco Gárate, prometo a Dios todopoderoso, en presencia de la Virgen María su Madre y de toda la Corte celestial... perpetua pobreza, castidad y obediencia...* Y esto fue el día de la Virgen de Agosto de 1887. En La Guardia casi once años estuve pues, y por juicio del Provincial de que, por mucho ajeteo en la enfermería, perdía carnes y salud, aunque en agilidad, me envió a la Universidad de Deusto, donde ya llevo en la portería y al cuidado de la sacristía cuarenta y un años. Muchos años ya son.

»En recordar el camino de mi vida de hermano jesuita, que es toda mi vida desde los diez y siete años hasta hoy, pues me habéis pedido que os la cuente, sin mucho detalle lo hice, porque es todo cada día muy ordinario y común, me viene mucho consuelo. Y le agradezco mucho a Nuestro Señor pues ha tenido a bien que le sirviese a Él en la Compañía, en cosas muy simples y muy conformes a mis pocas cualidades, pero que hacen falta a la Compañía, que haciendo lo que a cada uno le toca todo bien resulta. Todo mi intento y preocupación es siempre de hacerlas bien, porque es por Nuestro Señor y por el bien de los prójimos por quien las hago, y en eso me da mucha luz y consolación Nuestro Señor y ánimos. Quiera Él, que es buen Amo, no me falte su gracia para servirle con humildad y verdad, hasta el día en que por su misericordia, me llame a su compañía en el cielo. AMDG».

* * *

¡Te suplico que inclines tu divina mirada a un sinnúmero de almas pequeñitas, te suplico que te escojas en este mundo una legión de víctimas pequeñas dignas de tu amor! (Sta. Teresa del Niño Jesús)



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

X Asamblea de la Comisión Teológica Católico-Ortodoxa

SEGÚN informa la agencia Zénit, el pasado 8 de octubre dieron comienzo en Rávena las sesiones de trabajo de la X Asamblea plenaria de la Comisión internacional para el diálogo teológico entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa con la participación de 30 delegados católicos y 30 ortodoxos. Los presidentes de la Comisión son el cardenal Walter Kasper, presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos y Su Excelencia Ioannis, metropolitano de Pérgamo (del Patriarcado Ecuménico).

El encuentro, que comenzó con el rezo de las vísperas presididas por monseñor Verucchi, arzobispo de la ciudad, en la basílica de San Apolinar, tiene por objetivo analizar las consecuencias eclesiológicas y canónicas de la naturaleza sacramental de la Iglesia.

En esta asamblea, por tanto, se continúa el programa concordado en Patmos-Rodas en 1980, cuando tuvo lugar la primera sesión de esta Comisión. En aquella ocasión el tema propuesto quedó en el tintero por considerarse más urgente el afrontar cuestiones relativas a las relaciones de la Ortodoxia con las Iglesias orientales católicas tras la caída de los regímenes comunistas en Europa Oriental. Y tras la interrupción de las sesiones durante seis años a causa de divergencias sobre esta materia, el año pasado en Belgrado se pudo llegar a un entendimiento y continuar con el programa establecido en un principio.

Acontecimientos e iniciativas para el año de San Pablo

EL Año de San Pablo comenzará en Roma el 28 de junio de 2008 y concluirá el 29 de junio de 2009. Será como un pequeño Jubileo para recordar y celebrar el bimilenario del nacimiento del apóstol de las gentes, que los expertos estiman entre el año 5 y el 10, después de Cristo.

Como indicó Benedicto XVI, en las Vísperas de la basílica papal de San Pablo Extramuros, con motivo de la fiesta de san Pedro y san Pablo, el acontecimiento tendrá un carácter eminentemente ecuménico. Con este motivo, la Iglesia católica está preparando un programa de acontecimientos extraordi-

narios. El programa presenta cinco grandes líneas. La primera incluye el programa religioso general. La segunda parte del programa se dedicará al aspecto litúrgico y ecuménico. La tercera línea del programa abarca los aspectos cultural y artístico. Por último, el final del programa tiene que ver con los aspectos de comunicación y editoriales.

Para facilitar la organización de los viajes y difundir el conocimiento del programa paulino se preparan dos «sitios» en Internet. El primero, dentro del portal del Vaticano, semejante al que ya existe sobre la basílica de Santa María la Mayor; el segundo presentará la historia de la basílica de San Pablo Extramuros, la vida de san Pablo y todos los posibles contactos. En el «sitio» específico del Año Paulino, se podrá encontrar el programa general, descargar vídeos del Papa en la Basílica, hacer reservas, etc. Este segundo «sitio» estará conectado con la Obra Romana de Peregrinaciones en su parte técnica, es decir viajes, hoteles, etc., y debería estar en línea en este mes de octubre.

Japón se prepara para la próxima beatificación de 188 mártires

CON gran expectativa la Iglesia católica en Japón aguarda la próxima beatificación de 188 mártires (5 sacerdotes y 183 laicos asesinados en el siglo XVII) en una ceremonia que será presidida por el cardenal José Saraiva Martins, Prefecto de la Congregación para la Causa de los Santos, el 24 de noviembre en la ciudad de Nagasaki. Será la primera beatificación realizada en Japón y se espera que a ella acudan más de veinte mil personas.

Con ocasión de este acontecimiento los obispos del Japón han subrayado cómo el ejemplo de los mártires es de gran actualidad, en un tiempo donde con frecuencia se atenta contra la familia y el derecho a la libertad de religión se encuentra en peligro. Los mártires, recordaron los obispos, murieron en defensa del derecho de profesar libremente la religión cristiana oponiendo una resistencia no violenta a sus persecutores. «No eran activistas de los derechos humanos o militante políticos, que se manifestaban contra el régimen. Eran sólo personas de profunda y auténtica fe, que sacrificaron sus vidas por aquello en lo que creían. Ellos nos dan mucho que pensar».

Primera iglesia católica en Qatar

ESTÁN llegando a su fin los trabajos de construcción de la primera iglesia católica en Qatar, país de gran mayoría musulmana. Según informó la agencia Asia News, la iglesia construida en la ciudad de Doha, dedicada a Nuestra Señora del Rosario, servirá a los ciento cuarenta mil católicos, en su gran mayoría inmigrantes, que viven en el país. La apertura de la iglesia es esperada por los católicos locales desde el año 2001, cuando se dio finalmente el permiso después de varios años de negociaciones. Desde ese momento los católicos a través de la península arábiga, así como católicos de Filipinas y de la India, han contribuido a la financiación de la Iglesia. Sin embargo, la iglesia no podrá tener campanario ni cruces en la fachada, pues esto iría contra las severas normas musulmanas relativas a la presencia de otras religiones en el país. La iglesia será la primera en esta región desde hace 1300 años.

Miles de fieles rezan juntos el rosario en Sri Lanka

EN el día de la Virgen del Rosario más de seis mil personas, niños, jóvenes y adultos, se reunieron en la iglesia de Todos los Santos para participar de la oración que, iniciada por la tarde, concluyó cinco horas después. Durante la ceremonia se rezó el rosario y los católicos de Sri Lanka salieron a las calles de la capital, Colombo, en peregrinación para pedir por la paz en el país que desde hace veinte años se ve asolado por conflictos étnicos.

Asia News informaba también que en este país, tras cuatro años de trabajo, fue bendecido un nuevo santuario dedicado al Padre Pio, el primero dedicado al santo de Pietrelcina en el continente asiático. El santuario, que se encuentra a 28 kilómetros de la capital, fue bendecido e inaugurado por el arzobispo de Colombo, monseñor Oswald Gomiz, el pasado 23 de setiembre, y tiene capacidad para unas mil quinientas personas.

Excomulgado el Ejército de María

TRAS consultas entre los obispos de Canadá y la Congregación vaticana para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica, la Congregación vaticana para la Doctrina de la Fe ha emitido una declaración de excomuniación «*latae sententiae*» contra los miembros de la «Comunidad de la Señora de todos los Pueblos», más conocida como el «Ejército de María», por ha-

ber realizado ordenaciones prohibidas y no reconocidas por la Iglesia católica de diáconos y sacerdotes.

La declaración de excomuniación tiene lugar después de un largo proceso en el que han intervenido diferentes comisarios pontificios. En 2001, la Conferencia Episcopal de Canadá había publicado una nota doctrinal en la que se afirmaba que las enseñanzas del Ejército de María iban en contra de los fundamentos de la doctrina de la Iglesia católica. En marzo de 2007, el cardenal Ouellet declaraba, en un aviso público, que los responsables del Ejército de María estaban excluidos de la comunión, que las enseñanzas del movimiento eran falsas y que los católicos no podían participar en sus actividades ni apoyarlas.

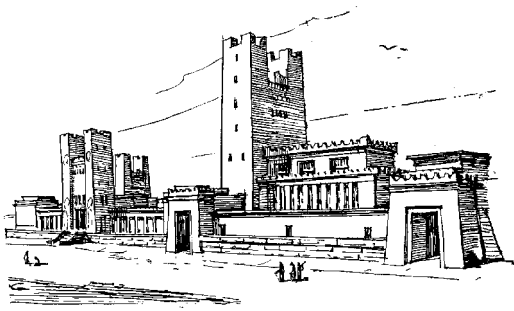
El uso de la liturgia de antes del Concilio, una invitación a la unidad

ENTRÓ en vigor el pasado 14 de septiembre el motu proprio de Benedicto XVI *Summorum Pontificum* sobre el uso de la liturgia romana anterior a la reforma de 1970.

El documento liberaliza el uso del misal romano de 1962, anterior al Concilio Vaticano II, que nunca fue abrogado. En particular, el documento emitido por Benedicto XVI establece que corresponde al párroco acoger las peticiones de los fieles ligados a la anterior tradición litúrgica de manera que los sacerdotes pueden decidir, sin permiso ni de la Santa Sede ni del obispo, la celebración de la misa según el rito antiguo.

El cardenal Castrillón Hoyos, presidente de la comisión pontificia «*Ecclesia Dei*», y durante muchos años prefecto de la Congregación para el Clero, recordó en «Radio Vaticano» que, dado que la Eucaristía es «lo más grande que tenemos, la manifestación más grande del amor», «nunca debe ser motivo de discordia: en ella, sólo debe haber amor». «Yo deseo –dijo– que este documento pueda ser un motivo de alegría para todos los que aman la tradición, un motivo de alegría para todas aquellas parroquias que ya no estarán divididas, sino que, por el contrario, tendrán una multiplicidad de santidad con un rito que ciertamente ha sido el factor y el instrumento de santificación durante más de mil años».

La pontificia comisión «*Ecclesia Dei*» fue instituida por Juan Pablo II el 2 de julio de 1988, tras el gesto cismático de las ordenaciones episcopales ilegítimas realizadas por el arzobispo Marcel Lefebvre, fundador de la Fraternidad de San Pío X. Entre sus funciones está la de propiciar la acogida en la comunión eclesial a las personas ligadas a la liturgia celebrada antes de la reforma del Concilio Vaticano II.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT
y SANTIAGO ALSINA

Ataque secreto israelí

LA moral israelí no andaba últimamente muy alta tras su enésimo fracaso en el Líbano y las continuas amenazas por parte del presidente iraní Ahmadineyad. Aunque también es cierto que la presión interior ha disminuido de modo muy intenso en los últimos meses: la guerra intestina en que se desangran las diferentes facciones árabes palestinas se ha traducido en una caída en picado de los ataques contra personas o intereses judíos y en el descrédito, al menos por el momento, de la idea de un estado palestino viable.

Es en este contexto en el que ha saltado a la luz pública, por etapas y sin que se haya llegado a confirmar en todos sus detalles, la incursión aérea protagonizada por la aviación israelí en suelo sirio el pasado 6 de septiembre. En un primer momento el general Eliezer Shkedi, comandante en jefe de la aviación de Israel (y al mando también de la división iraní del Tsahal, el organismo que se encargaría de dirigir una guerra contra Teherán si se le diera la orden), se negó a responder a las preguntas que le formulaban los periodistas. Pero los rumores crecían, no sólo en Israel, sino también en los Estados Unidos, donde el *New York Times* se hacía eco de los mismos, añadiendo que el objetivo era un silo nuclear en el norte de Siria, junto al Éufrates, camuflado bajo la apariencia de un centro de investigación agrícola.

A pesar de que persisten muchas incógnitas sobre el ataque, parece probado que existió y que los aviones israelíes sobrevolaron suelo turco para atacar Siria desde el norte. Una vez más Turquía aparece como el único aliado regional de Israel, algo que le ha valido el desprecio de muchos musulmanes pero el apoyo de los Estados Unidos en la mayor parte de sus pretensiones, incluida la de entrar a formar parte de la Unión Europea. También parece claro, según el *Washington Post*, que un barco norcoreano, que transportaba oficialmente un cargamento de cemento, arribó al puerto sirio de Tartús y allí descargó su cargamento. Entre el cemento habrían equipos para producir armamento nuclear, que habrían sido transportados por carretera hasta el supuesto centro de investigación. Otros

expertos ponen en cuestión esta versión y se inclinan porque el armamento producido fuera químico o biológico.

En cualquier caso, el mensaje lanzado por Israel es claro: somos todavía poderosos, los dueños del aire en Oriente Medio y tenemos capacidad y decisión para golpear siempre que consideramos que lo requiere nuestra seguridad; las pasadas derrotas en Líbano no han afectado nuestra moral de combate ni nuestra determinación. A lo que cabe añadir que Siria, actual aliada de Irán, ha sido golpeada por, al menos en la versión más difundida, desarrollar el arma nuclear: mensaje inequívoco a Irán que ya sabe que Israel está dispuesta a actuar sin el respaldo de ninguna resolución internacional. Una nueva guerra fría se abre en Oriente Medio.

Rebelión en Birmania

LA imagen de los monjes budistas, con sus túnicas naranjas, encabezando las manifestaciones de protesta de más de trescientas mil personas contra el régimen birmano primero, y siendo dispersados y golpeados (y en algunos casos asesinados) por el ejército después, han recorrido todo el mundo y han sido vistas por multitudes que asistían impertérritas a la posterior represión sobre todo opositor al régimen.

Pero revisemos el origen del régimen militar que gobierna el país desde hace 45 años y la situación en que se encuentra. Un régimen que es objeto de sanciones occidentales desde hace treinta años, sanciones que, de momento, no han servido para debilitarlo. Al contrario, Birmania mantiene un millar de presos políticos, soluciona los problemas de las levadas con el alistamiento en las fuerzas armadas de hasta setenta mil adolescentes de menos de 18 años, y su particular conflicto contra los grupos opositores armados ha generado un millón de refugiados y arrasado tres mil aldeas en los últimos diez años.

Estados Unidos, por su parte, mantiene las sanciones más duras contra Birmania, con una prohibición de inversiones desde 1997 y de todo comercio desde 2003. Aunque ningún país europeo ha llegado tan lejos, desde 1996, la Unión Europea ha venido

endureciendo anualmente su actitud hacia Birmania (actualmente mantiene un embargo de venta de armas, prohibición de cooperación en defensa, prohibición de visados para los miembros del gobierno y sus familiares, y toda una serie de impedimentos financieros y empresariales).

La política de sanciones, como ya se ha señalado antes, tiene en Asia un historial no muy brillante. En el caso de Birmania, además, la actitud tanto de China como de Rusia, nada proclives a aplicar sanciones de ninguna clase, ayuda a hacer éstas inoperantes. A las dos potencias mencionadas antes se han de sumar otros países importantes (Tailandia, India, Japón...), con lo que el aislamiento comercial y político de la Junta está muy lejos de ser completo. Desde el descubrimiento de fabulosos recursos energéticos en Birmania (10% de las reservas mundiales de gas, pesquerías intactas, 70% de la producción mundial de teca, piedras preciosas, una importante agricultura), la actitud de esos países se está haciendo cada vez más hostil a las sanciones.

Políticamente, ni las sanciones ni las protestas multitudinarias, reprimidas sin muchos miramientos antes la pasividad internacional, han servido para materializar las probablemente ilusorias expectativas de cambio de régimen de la oposición, la Liga Nacional para la Democracia (LND), el partido liderado por la opositora Suu Kyi. Y es que la fortaleza del régimen estriba en el control absoluto del Estado por parte de la junta militar, que llega a identificarse con la misma.

El drama militar de Birmania es resultado directo del colonialismo británico, que a finales del XIX desmanteló por completo las instituciones de la sociedad tradicional local, incluida su monarquía, en represalia a la orgullosa y tenaz resistencia birmana. Después de 1948, el ejército fue la única institución capaz de lidiar con el caos resultado de una descolonización dramática por sus circunstancias. Para añadir complejidad a la situación, Birmania es uno de los países étnicamente más diversos del mundo. Los birmanos (70% de la población) manifiestan hacia las minorías étnicas una insensibilidad muy parecida a la que ellos sufrieron del colonialismo británico. Se ven poseedores de una cultura más sofisticada y desprecian a muchas de ellas como «salvajes». Tras la independencia, el país fue un hervidero de conflictos armados, (étnicos, entre comunistas y anticomunistas...), en lo que fue la guerra civil más larga del siglo XX. La guerra se concluyó en los noventa, firmando 28 acuerdos de paz de diverso contenido que consolidaban en el poder a la junta militar.

Pero lo que casi nadie ha explicado es que esa junta militar que no duda en reprimir con dureza cualquier atisbo de protesta es comunista y filochina; no

se trata pues de militares «de derechas» como podría suponerse a partir de la información que cada día nos sirven los medios de comunicación. O, para ser precisos, postcomunista, pues con la caída del Muro de Berlín y el colapso del comunismo los militares comunistas decidieron transformarse al estilo chino, primando el mantenimiento del poder y un nacionalismo que les legitimaba en el mismo, en lo que han llamado una «vía birmana al socialismo» (una vía que ha llevado al que en su día fuera el mayor exportador mundial de arroz a una situación en la que la malnutrición infantil está muy extendida). Muestra de su estilo comunista y de su afán por crear una sociedad nueva es el nombre que la junta militar eligió para su país, Myanmar, en sustitución del contaminado por el imperio británico Birmania. O también la decisión, tomada ahora quince años, de trasladar la sede de la Junta militar de Rangún a Naypyidaw, que de paso alejó el gobierno de la presión de las calles y lo acercó a la frontera, por lo que pudiera ocurrir.

Otra de las cuestiones llamativas ligadas a la crisis birmana ha sido la falta de respuesta real por parte de la comunidad internacional y el enésimo fracaso de Naciones Unidas para prever, detener o paliar un conflicto. La ONU, paralizada en este caso por el derecho de veto que ostentan China y Rusia en el Consejo de Seguridad, ha vuelto a mostrar su peor rostro, dando la razón a quienes sostienen que no sirve para mucho más que para difundir el aborto en el mundo.

China: más de 280.000 suicidios en un año

El paraíso comunista no es un lugar tan magnífico para vivir, o al menos así lo piensan las 280.000 personas que, según las estadísticas oficiales, se suicidan cada año en China. Los expertos, no obstante, señalan que esta cifra está manipulada a la baja. Este sesgo a la baja se debería a la inexistencia de un registro de los suicidios similar a los que existen en los países occidentales, algo que el gobierno comunista chino tampoco está muy interesado en cambiar para no ponerse aún más en evidencia.

En cualquier caso, la estimación del Ministerio de Sanidad arroja un balance de 25 suicidios por cada cien mil personas, un número mayor que el de cualquier otro país del mundo, siendo la media del resto del mundo de 15 suicidios por cada cien mil personas. El suicidio en China está entre las principales causas de muerte en la franja de edades entre los 15 y los 34 años. Otro de los grandes focos de suicidios son las mujeres en el campo, que alcanzan niveles de suicidios de 30 mujeres por cada cien mil.



emos leído

ALDOBRANDO VALS

Coletazos de la Francia jacobina

Por mucho que intenten disimularlo y por muchas declaraciones que se hagan, el primer objetivo de los revolucionarios es erradicar la religión católica de los pueblos. Y para ello, ¿qué mejor medio que apartar a la Iglesia católica del ámbito de la educación? Los resultados, a la vista están, son catastróficos para el país, pero son todo un éxito si se miden por el termómetro descristianizador: aparecen masas aborregadas de semianalfabetos, sí, pero sonrientemente ajenos y como vacunados a todo lo religioso. La enésima embestida se ha producido en Francia y tiene como protagonista a la Universidad católica de Angers. Desde El Manifiesto nos lo explica, recurriendo a una interesante mirada por la historia, Rodolfo Vargas Rubio:

La autoridad académica francesa obliga a una universidad católica a abandonar el título de «universidad», por ser católica. La iniciativa ha partido del rectorado de la Academia de Nantes; la universidad afectada es la Católica del Oeste (sede en Angers, 11.500 estudiantes), y el argumento legal esgrimido es... ¡la ley Ferry de 1880! La *Catho* de Angers fue fundada en 1373, o sea cinco siglos antes de la ley que los laicistas de nueva generación pero de vieja estampa invocan. Es irónico: el anticlericalismo republicano se apodera de un nombre –el de «universidad», del latín *universitas studiorum*– acuñado por la Iglesia católica para designar una institu-

ción que debe precisamente a ella su existencia. Éstas son las claves históricas de la cuestión.

Ya nos suponíamos que Nicolas Sarkozy iba a tener una ímprobable labor que llevar a cabo en una Francia marcada profundamente por la herencia de la república jacobina. Ni el mariscal Pétain, ni el general De Gaulle –desde posiciones divergentes– pudieron borrar la impronta sectaria dejada por la Tercera República, masónica, rabiosamente anticlerical y dogmáticamente laicista.

La resistencia de la Iglesia en Francia

La Revolución de 1789 había abierto el camino, pero no se atrevió sino muy tardíamente a prescindir de la Religión católica, institución tan connatural al espíritu nacional francés que no puede entenderse Francia sin la necesaria referencia a la Iglesia, de la cual fue siempre considerada la «hija primogénita». Se pretendió en un primer momento infeudarla al Estado –fomentando el cisma de Roma– mediante la Constitución Civil del Clero de 1790 (condenada por el papa Pío VI al año siguiente), pero ésta acabó siendo un fracaso, debido a la gran proporción de obispos y sacerdotes refractarios. Se intentó bajo el Terror la completa descristianización del país, aboliendo el calendario gregoriano y las fiestas religiosas, mientras se masacraba a sacerdotes y religiosos. Robespierre procuró en vano hacer arraigar el culto teísta al Ser Supremo en 1794. Después de él y ya bajo el Directorio, se oficializó una nueva religión lla-

mada Teofilantropía para reemplazar al Catolicismo. Se trataba de una especie de religión natural cuyo principal precepto era un indefinido amor a Dios y a la humanidad. Bonaparte acabó con ella de un plumazo en 1801, al celebrar con el papa Pío VII un nuevo concordato, que devolvió a Francia la paz religiosa y a la Iglesia su lugar preeminente, de lo cual se siguió una extraordinaria floración de la religión a todo lo largo del siglo XIX. (Según una espiritosa anécdota, al ser instado Bonaparte a mantener en Francia la teofilantropía por uno de sus más entusiastas apóstoles, Lareveillère-Lépeaux, el Primer Cónsul zanjó de inmediato la cuestión con esta respuesta: «Estoy de acuerdo. Hagamos así: el viernes yo os haré fusilar. Si os las arregláis para resucitar el domingo temprano por la mañana, estad seguro de que no habrá otra religión en Francia que la vuestra»).

Hasta que llegó la Tercera República. Tras los avatares que en ochenta años la hicieron pasar por dos Imperios, una restauración, tres revoluciones, una usurpación del trono, una Segunda República, un Gobierno Provisional, varias coaliciones europeas en su contra y una guerra con Prusia, Francia se vio postrada moral, política e institucionalmente. Después de la capitulación de Sedan, hubo un punto decisivo de inflexión: o la monarquía tradicional (representada por el Conde de Chambord, heredero legítimo de los seculares derechos de los Capetos) o la república heredera del jacobinismo. Acabó venciendo la segunda, aunque a punto estuvo de restaurarse el trono de san Luis en su heredero directo, que

rehusó pactar con los principios revolucionarios.

El anticlericalismo de la III República

La Tercera República debutó con Patrice Mac Mahon como presidente. En realidad, este monárquico de corazón hubiera podido ser el Monck francés y llevar a su país hacia la reconciliación con su pasado de no haber sido por las intrigas de los republicanos radicales, que pretendían instaurar un régimen revolucionario y lo consiguieron en 1879, al dimitir el duque de Magenta y ser sucedido por el republicano a ultranza Jules Grévy, bajo cuyo mandato (y por instigación de las logias del Gran Oriente de Francia) se promulgaron leyes anticlericales y laicistas promovidas por el ministro francmasón Jules Ferry: la ley del 12 de marzo de 1880 (que retiraba a las instituciones de estudios superiores privadas la facultad de otorgar grados universitarios), la ley del 29 de marzo de 1880 (que disponía la dispersión de las congregaciones religiosas no autorizadas, especialmente las dedicadas a la enseñanza), la ley del 28 de marzo de 1882 (que establecía la obligatoriedad de la laicidad en la educación).

Las tensiones con los católicos se agudizaron de tal modo que el papa León XIII, gran diplomático y estratega, intentó apaciguar las cosas mediante la vía práctica (aunque no principista) del *ralliement*, que invocaba el acatamiento al poder público para evitar males mayores. No sirvió de nada: bajo la presidencia de Émile Loubet se llevó a cabo una abierta y sistemática política antirreligiosa, que se manifestó a

través de disposiciones como la Ley Waldeck-Rousseau de asociaciones de 1º de julio de 1901 (de cuyos beneficios se excluyó expresamente a las congregaciones religiosas, sometiendo a éstas a un régimen de excepción), el cierre de las escuelas dirigidas por religiosos en julio de 1902, la Ley Combes de 1904 (que prohibía totalmente la enseñanza a las congregaciones religiosas) y la Ley de Separación de la Iglesia y el Estado de 9 de diciembre de 1905, hecha votar por los esfuerzos de su relator el diputado socialista Aristide Briand.

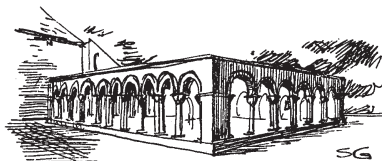
La exclusión de la Iglesia católica de la vida pública facilitó el adoctrinamiento de los franceses que quería llevar a cabo la Tercera República y que consiguió largamente, hasta el punto de que aún hace poco que los dogmas republicanos del jacobinismo eran intocables, al menos a nivel político y en todos los ambientes dominados por la *intelligentsia* «progresista». De hecho, aún hoy, a pesar de Sarkozy y de la sana reacción que la mayoría de franceses ha manifestado recientemente a través de las urnas contra una ideología ya rancia y desacreditada, hay rezagos de militantismo revolucionario. Y ése es el contexto de la ofensiva contra la *Catho* de Angers.

Universidad obligada a dejar de serlo

Resulta que el Rectorado de la Academia de Nantes en Bretaña ha enviado una carta a la Universidad Católica del Oeste (con sede en Angers y 11.500 estudiantes) urgiéndola a abandonar la denominación de «universidad» en nombre de... ¡la ley Ferry de

1880!, a la que nos hemos referido líneas atrás y que nadie increíblemente ha abrogado. La *Catho* de Angers, como se la conoce coloquialmente, fue fundada en 1373, habiendo sido sus estatutos aprobados por el papa Gregorio XI, o sea cinco siglos antes de la ley de marras que los laicistas de nueva generación pero de vieja estampa invocan. No deja de ser irónico que el anticlericalismo republicano se apoderara de un nombre –el de «universidad» (del latín: *universitas studiorum*)– acuñado por la Iglesia católica para designar una institución que debe precisamente a ella su existencia.

Christophe Béchu, presidente del Consejo General de Maine-et-Loire (en cuya jurisdicción se halla la universidad que los laicistas no quieren que sea universidad), ya ha anunciado que apelará al Gobierno para que el alma máter de Angers conserve su denominación tradicional. Pero los revolucionarios de 1789 ya pensaban en todo cuando substituyeron el derecho consuetudinario y el sistema jurisprudencial por el legalismo. En efecto, la ley es la ley y tiene vocación de perpetuidad, y la de 1880, no habiendo sido expresamente abrogada, sigue vigente: ninguna institución de estudios superiores privada puede llamarse universidad, bajo multa de treinta mil euros. Por supuesto, a nadie con algo de sensatez se le hubiera ocurrido desempolvar una ley obsoleta y contraria al tan careado espíritu contemporáneo de tolerancia, pero es la manera como los jacobinos (y todos los que están detrás de ellos, vestidos de mandil o no) expresan su rabietta por haber sido humillados este año en los comicios franceses. Esperemos que sean sus últimos coletazos.»



La santidad en la cátedra

El día 13 de abril de 1947, el papa Pío XII beatificaba a Contardo Ferrini, una beatificación promovida por la Universidad Católica del Sacro Cuore de Milán. Nacido en la misma Milán, en abril de 1859, en el seno de una familia profundamente cristiana, Contardo se reveló muy pronto como un superdotado.

Cuando en 1876 acudió a la Universidad de Pavía a estudiar Derecho ya había aprendido el hebreo y estudiado siríaco, sánscrito y copto. En la Universidad se interesó muy pronto por el estudio de las fuentes del Derecho y por la historia del derecho romano. En 1870, después de una brillantísima carrera, ya defendía su tesis doctoral –sobre la relación de Homero y Hesiodo con el derecho penal– y conseguía una beca para ampliar estudios en Berlín, donde entró en contacto con los grandes romanistas alemanes.

Vuelto a Italia, fue sucesivamente catedrático en Pavía, Mesina, Módena y de nuevo en Pavía, hasta su muerte en 1902, a los 43 años de edad. Este currículum, que se puede calificar de espectacular –se dijo de él que había sido el primer romanista de Italia, pero que en el campo del derecho romano-bizantino era el primer romanista del mundo–, no malogró su vocación a la santidad. El prestigio, la fama, no hicieron mella en él, como no lo habían hecho en sus años de formación el laicismo y el positivismo que imperaban en la escuela y en la Universidad italianas, o la asfixiante Kulturkampf de la Alemania bismarkiana. A los veintidós años hizo voto de castidad y toda su vida dio ejemplo de virtud, de piedad. Era hombre de oración, de amor a la Eucaristía, de meditación, de misa y rosario diarios, de contemplación. Y siempre cumpliendo escri-

pulosamente sus deberes profesionales, con ejemplar dedicación y atención a sus alumnos, haciendo de su cátedra una palestra de amor a la verdad.

No resulta extraño que CRISTIANDAD prestara hace sesenta años una atención especial a este nuevo beato, dedicándole más de la mitad de las páginas del número de 1 de octubre. Ni Schola Cordis Iesu es un foro de intelectuales, ni CRISTIANDAD es una revista científica, pero es notorio que el padre Orlandis estimuló la formación en el amor a la verdad, en el rigor, en la seriedad, para que, quienes tuvieran vocación y carisma, procuraran ser, en la cátedra o en la prensa, portavoces y sembradores de aquella verdad. Fruto de este estímulo es la escuela tomista de Barcelona, pero también lo es la presencia de discípulos, directos o indirectos, del padre Orlandis en campos no específicamente filosóficos, pero igualmente relacionados con el estudio, las ciencias, la cultura.

En este campo de la cultura, del estudio, Contardo Ferrini aparecía –y aparece– como un faro luminoso, como un ejemplo y un estímulo. CRISTIANDAD le dedicó el editorial, en el cual el redactor anónimo escribía que Ferrini representa la santidad en la cátedra, y afirmaba: «No hace falta conocer la obra científica de Contardo Ferrini para tener confianza en ella: su santidad es garantía objetiva suficiente. Podrá, ¿qué duda cabe? haber en ella elementos superables: no habrá estas fulguraciones a cuya llama tantos espíritus van a quemarse las alas. Creemos en la ciencia de Contardo Ferrini, y más aún creemos en su sabiduría, ya que la sabiduría, es decir, el hábito



intelectual que nos hace juzgar de las cosas según la mente de Dios, es compañera inseparable de la caridad, es algo connatural para el amigo de Dios, para quien está compenetrado con Él».

Incluía el número de CRISTIANDAD una extensa biografía del beato Contardo, una crónica del acto de beatificación –en el que se hallaban presentes muchos que habían sido sus alumnos o compañeros de estudios o de cátedra– y el discurso que el

Papa dirigió a los peregrinos que con tal motivo habían acudido a Roma. De este discurso reproducimos ahora los párrafos finales.

Con el recuerdo tan presente de José María Petit, que en la cátedra y con la pluma sirvió y amó a la verdad, nos resulta especialmente emotivo evocar hoy la figura del catedrático Contardo Ferrini, que hace sesenta años fue elevado a la gloria de los altares.

El estudioso y el santo

En Contardo Ferrini, como en todos los hombres verdaderamente grandes, el trabajo profesional y la vida íntima estaban unidos con indisoluble unidad; por eso su figura de estudioso resulta solamente visible en toda su plenitud a la luz del santo. Su conciencia profesional estaba iluminada y guiada hasta sus más profundas raíces por una fe pura y una decidida voluntad de servir a la verdad en todas sus manifestaciones, buscando a Dios en todas las cosas y dirigiendo todo al Creador y Señor, según su santísima y divina voluntad. Puede haber habido doctos que hayan superado a Ferrini en la genialidad de espíritu; otros habrán sido favorecidos por la suerte más que él en sus investigaciones. Pero en la perfección y en la noble pureza del tipo genuino de estudioso y de investigador hay que enumerarle entre los mejores. Hombre sin inquietud ni violencia; sereno en la armonía firme y estable de todas las fuerzas espirituales, como resultado de una vida de virtud y de oración. Todo en él era claridad diáfana, tranquilidad segura, serena alegría del espíritu, sincera consagración e inalterable amor a la verdad. Exteriormente sobrio y reservado como era, irradiaba en su actividad exterior la reprimida llama del hombre que ha dedicado su vida a la investigación de la verdad y bajo las nobles apariencias de cualquier ciencia terrenal busca siempre la eterna verdad de Dios.

Este amor a la verdad, genuino rasgo característico del estudioso y del docto, era el acicate y el impulso dominante en su trabajo; a ella estaba dedicado como a gran dama, con el afecto y la devoción de un siervo fiel. Por eso, en sus estudios, con gusto volvía de nuevo a las mismas fuentes, las examinaba y las escrutaba con sabio cuidado, para que los hechos históricos pudieran hablarle lo más posible libres de error.

A esto Ferrini unía una humildad sana, querríamos decir objetiva, ya que ante la santidad de la verdad se consideraba no como un vanidoso doctor, sino solamente como un modesto escolar. Él, que con su especial conocimiento de las fuentes y de la literatura, con su exactitud y fidelidad en la investiga-

ción, con su inteligencia pronta y aguda, había llegado a ser dueño y maestro en su materia. Su naturaleza íntima se refleja y manifiesta hoy todavía como en un espejo en su estilo virilmente claro y lúcido, tranquilo y objetivo, simple y puro, pero animado por la fuerza de atracción irresistible de un fervoroso buscador de la verdad y de un incansable trabajador.

Sí; nuestro beato fue un trabajador incansable. Para su cuerpo delicado no tenía ningún miramiento. No sabía de paradas ni de descanso. Nunca se aburría o desanimó por el trabajo pesado y minucioso del estudio sobre difíciles manuscritos. Más aún, entonces, precisamente se sujetaba a sí mismo con más rigurosa disciplina. ¡Qué maravilla que emanase de él a todos los que le rodeaban una potente fuerza moral, la fuerza de aquellos que son puros de corazón y que se sienten movidos, sostenidos y llevados por el espíritu de Dios, la fuerza que ellos reciben del Divino Redentor en la sagrada Eucaristía!

Efectivamente, Contardo Ferrini, y ésta es la cualidad esencial de su alma, era un santo. Santo no como muchas veces el mundo se lo figura, como un hombre extraño a la vida de la tierra, incapaz, inexperto, tímido, importuno. No; Ferrini era un santo de su tiempo, del siglo del trabajo vertiginoso, del siglo en que la mente y la mano del hombre tienden a subyugar, técnica y científicamente, la fuerza activa de todo el universo sensible.

Vida real y fe sobrenatural

Nuestro tiempo, que con gusto se da el nombre de tiempo de las realidades, cree que con eso tiene que renunciar a la piedad y a la profundidad del sentimiento religioso, que se querría excluir como un irreal, infundado y superfluo ornamento de la vida. Hay quien no puede comprender que un hombre pueda vivir en el mundo moderno, trabajar eficazmente y con acierto en favor de la sociedad y ser, al mismo tiempo, un santo. Otros piensan que la vida interior y la oración, «como hecho místico», están en patente contraste con la lucha dura por la vida, y

con el trabajo agobiador del hombre moderno, que no deja lugar para misterios, ni fe, ni temor de una vida futura. ¿Pueden acaso existir un mundo sobrenatural y los arcanos de la revelación para la fría y escrutadora razón de un sabio, para el espíritu de un técnico, que vence y domina las leyes de la naturaleza? Esa es la pregunta que no pocos se hacen a sí mismos.

Aquí nuestro beato se adelanta y responde con un claro y resuelto «sí». Él pronuncia plenamente y con fuerza este sí. Este sí, que es su firme profesión de fe en la vida sobrenatural, en la revelación, en la santa Iglesia, manteniendo, por otra parte, su confianza en los esfuerzos de la ciencia para alcanzar un conocimiento de la verdad cada vez más vasto. Es el hombre de la realidad moderna, pero es también el santo de la hora presente; el místico de la unión con Dios; donde vive sumergido; pero, al mismo tiempo, por decirlo así, el místico del hecho y de la acción, de aquella actividad que no se considera, ignorando el orden divino, como un fin en sí mismo, ni se eleva a una especie de substitutivo de la religión, sino que recibe estímulo y fuerza, virilidad y eficacia del Creador y Señor de toda verdad, y no conoce más que un fin altísimo: la gloria de Dios y el verdadero bien de la humanidad.

Derecho y Ley separados de Dios. «Vestigia terrent»

¡Dios y el bien de la humanidad! Para Ferrini, el Derecho, con su historia y con su desarrollo, no era el objeto aislado de una investigación científica, que se base en sí misma, sino más bien la aplicación de la ley eterna, de la ley moral divina a la realidad de la vida humana, como uno de los robustos pilares que, puestos por el mismo Dios, sirven para la edificación de la sociedad, para el bien universal de los pueblos.

No podría ser de otro modo para nuestro beato. Él no podía concebir que la legislación, la historia y la evolución y el Derecho fuesen tratados como esos frescos o esos mosaicos que se arrancan del altar que estaban adornando para enseñanza de los fieles, y van a perder, entre las profanas pinturas de un museo, su belleza, su luz y casi su mismo significado. Asimismo, el Derecho y la ley, separados de Dios, son como una cosa muerta, como rama seca arrancada del tronco vivo y vivificante, como tierra árida que no produce frutos. ¿Qué fecundidad, qué provecho para la verdadera felicidad de un pueblo podría hallarse en una legislación que no descansa sobre la fe en Dios, que finge ignorarla como intrascendente y superflua o hasta se avergüenza con sólo pronunciar el santo nombre de Dios?

Alejados de Dios, los cuerpos sociales y las ordenaciones jurídicas acaban, pronto o tarde, en el despotismo o en la tiranía. «Vestigia terrent!» «He aquí —exclama el salmista— que los que de Ti se alejan perecerán» (salmo 72-27). «¡Feliz, en cambio, aquel pueblo que tiene al Señor por su Dios!» (Salmo 143-15).

En un tiempo en que el mundo, separado de Dios, parece como que se hace impermeable a todo influjo divino; en un tiempo en que algunos sistemas filosóficos deliberadamente procuran edificar sobre la arena una moral y un derecho sin Dios, Nos sirve de gran consuelo que el Señor haya dado a la Iglesia un beato que fue un maestro, una eminencia en el campo del Derecho, pero que, al mismo tiempo, fue un hombre de Dios, un modelo admirable por la elevación sobrenatural de su espíritu y por la santidad de su vida.

La ciencia y la caridad de Cristo

Inclinad, pues, la cabeza, ilustres profesores y amados hijos, ante la imagen de Contardo Ferrini, elevado al honor de los altares. No hizo durante su vida milagros ni portentos. El portento y el milagro son él mismo, que brilla, como ejemplo de toda virtud, para veneración del pueblo. Inclinad la cabeza y medita. Medita cómo se hizo santo en un siglo donde la caridad de Cristo parecía desterrada de la sociedad humana, en un siglo donde la doctrina de Cristo y su Evangelio con frecuencia son despreciados y tenidos en poco en la práctica de la vida y de la familia; en un siglo donde, ciertamente, ha progresado la ciencia de la naturaleza y del mundo, pero también aquella ciencia que de la naturaleza y de las entrañas de la tierra saca y multiplica las armas y las invenciones para la lucha, para la destrucción, para la batalla.

Meditad que, a pesar de todo el progreso que acompaña al hombre a lo largo de su vida, éste no tiene aquí una habitación permanente, porque ha sido creado para otro mundo, para un mundo espiritual, al que todos están destinados y en el que la mayoría piensa bien poco. Los santos son los héroes que tienen los pies en la tierra y el alma en el cielo. Uno de éstos fue Contardo Ferrini desde su juventud. Aprended de él y de sus ejemplos a progresar en la ciencia que eleva desde la tierra hasta el cielo, hasta Dios, y que transforma los pasos de esta vida en un cúmulo de méritos para la otra, que viene después de la presente y que no tiene fin. No os ensoberbezca la ciencia profana; que os guíe hacia la altura el conocimiento de las verdades de la fe, profundamente estudiadas y practicadas; que os sublime en Cristo la ciencia de su caridad.»



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:



Suma contra los gentiles. I

Autor: Tomás de Aquino
Editorial: BAC
728 páginas
Precio: 27,50 €
La redacción de los cuatro libros que componen la obra fue debida a la petición de san Raimundo de Peñafort, para que sirviesen como manual de apologética a los frailes que se dedicaban en España a la evangelización de los infieles. Esta primera «Suma» es un tratado filosófico sobre Dios. De Dios en sí mismo, de Dios en cuanto creador y de cómo Dios es fin de todo. El cuarto y último libro es teológico, por-

que se basa en la revelación divina. Se vuelven a tratar las tres grandes cuestiones por la vía sobrenatural.



La última vidente de Fátima

Autor: Tarcisio Bertone; Giuseppe de Carli
Editorial: La esfera de los libros
248 páginas
Precio: 17,00 €
Una conversación entre sor Lucía, la última superviviente de los tres pastorcillos de Fátima, y el cardenal Bertone, que ha recogido, por expreso deseo del Papa Wojtyła, su testimonio definitivo. En este diálogo se desgrana la historia del acontecimiento milagroso que marcó el siglo xx: las apariciones; las profecías sobre la guerra y el destino de

Rusia; el enigma del «Tercer Secreto», revelado por Juan Pablo II; las teorías sobre el «Cuarto Secreto»...



La sangre del pelicano

Autor: Miguel Aranguren
Editorial: Libroslibres
480 páginas
Precio: 22,00 €
El sacerdote Albertino Guiotta y el comisario Luigi Monticone, una de las parejas literarias más sugerentes de los últimos tiempos, se enfrentan a unos horribles crímenes inexplicables. Un trepidante thriller apocalíptico en el que el suspense, los asesinatos y las persecuciones tienen lugar en cuatro países a la vez. Un gurú oriental, que se identifica con el Anticristo, dirige una organización que socava la autoridad espiritual que ostenta el Papa sobre mil millones de católicos.



Los 7 mitos de las madres trabajadoras

Autor: Suzanne Venker
Editorial: Ciudadela
192 páginas
Precio: 17,50 €
Las mujeres han ganado la libertad para incorporarse al mercado laboral. Pero, ¿nuestra sociedad valora adecuadamente el trabajo de las mujeres en casa? Un alegato liberador para las mujeres de hoy en día. La vida conlleva elecciones. Y si la maternidad estuviese justamente reconocida en nuestra sociedad y las mujeres fueran libres para elegir, muchas se librarían de esa tensión que la actual cultura dominante les impone.

CONTRAPORTADA

«Si el amor llegara a apagarse... los mártires se negarían a derramar su sangre»

Pero, sobre todo y por encima de todo, amado Salvador mío, quisiera derramar por ti hasta la última gota de mi sangre... ¡El martirio! ¡El sueño de mi juventud! Un sueño que ha ido creciendo conmigo en los claustros del Carmelo... Pero siento que también este sueño mío es una locura, pues no puedo limitarme a desear una sola clase de martirio... Para quedar satisfecha, tendría que sufrirlos todos...

Como tú, adorado Esposo mío, quisiera ser flagelada y crucificada... Quisiera morir desollada, como san Bartolomé... Quisiera ser sumergida, como san Juan, en aceite hirviendo... Quisiera sufrir todos los suplicios infligidos a los mártires... Con santa Inés y santa Cecilia, quisiera presentar mi cuello a la espada, y como Juana de Arco, mi hermana querida, quisiera susurrar tu nombre en la hoguera, Jesús...

Al pensar en los tormentos que serán el lote de los cristianos en tiempos del Anticristo, siento que mi corazón se estremece de alegría y quisiera que esos tormentos estuviesen reservados para mí... Jesús, Jesús, si quisiera poner por escrito todos mis deseos, necesitaría que me prestaras tu libro de la vida, donde están consignadas las hazañas de todos los santos, y todas esas hazañas quisiera realizarlas yo por ti... Jesús mío, ¿y tú qué responderás a todas mis locuras...? ¿Existe acaso un alma más pequeña y más impotente que la mía...? Sin embargo, Señor, precisamente a causa de mi debilidad, tú has querido colmar mis pequeños deseos infantiles, y hoy quieres colmar otros deseos míos más grandes que el universo...

Como estos mis deseos me hacían sufrir durante la oración un verdadero martirio, abrí las cartas de san Pablo con el fin de buscar una respuesta. Y mis ojos se encontraron con los capítulos 12 y 13 de la primera carta a los Corintios... Leí en el primero que no todos pueden ser apóstoles, o profetas, o doctores, etc.; que la Iglesia está compuesta de diferentes miembros, y que el ojo no puede ser al mismo tiempo mano. (...)

La respuesta estaba clara, pero no colmaba mis deseos ni me daba la paz... La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos ellos. Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba ardiendo de amor. Comprendí que sólo el amor podía hacer actuar a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegaba a apagarse, los apóstoles ya no anunciarían el Evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre...

SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS: *Historia de un alma*, cap 11